

PÄR LAGERKVIST

EL ENANO

Título original: Dvärgen

Traducción: Fausto de Tezanos Pinto

Fuente:
Emecé Editores
Buenos Aires
1963

MI ESTATURA es de 65 centímetros. Estoy bien conformado, con las proporciones correspondientes, aunque tengo la cabeza un poco grande. El pelo no es negro, como el de los demás, sino colorado y echado hacia atrás de las sienes, y de una frente que más impresiona por lo ancha que por lo alta. Soy lampiño, pero, fuera de eso, mi rostro es como el de cualquiera. Las cejas son espesas. Mi fuerza física es considerable, especialmente si me enfurezco. Cuando se dispuso la lucha entre yo y Josafat, a los veinte minutos lo puse con la espalda contra el suelo y lo estrangulé. Desde entonces, aquí no hay más enano que yo.

Casi todos los enanos son bufones. Tienen que decir chistes y hacer payasadas que hagan reír a sus amos y sus huéspedes. Yo no me he rebajado jamás hasta ese extremo. Tampoco me lo ha exigido nadie. Basta mi aspecto para impedir que se haga de mí semejante empleo. Mi cara no es de las que se prestan para divertir a nadie. Además, no me río nunca.

No soy un bufón. Soy un enano y nada más que un enano. Por otra parte, tengo una lengua mordaz que probablemente agrada a algunas personas que me rodean. Lo cual no es lo mismo que ser su bufón.

Ya he dicho que mi cara se parece a la de cualquier otro hombre. Lo cual no es absolutamente exacto porque está llena de arrugas. Para mí, eso no es un defecto. A mí me han hecho así, y no puedo evitar que a los demás no les suceda lo mismo. Me presento tal como soy, sin embellecerme ni afearme. Tal vez no sea lo común, pero estoy satisfecho de ser como soy.

Las arrugas hacen que parezca muy viejo, y no lo soy. Pero he oído decir que nosotros, los enanos, descendemos de una raza mucho más antigua que la que ahora puebla la tierra y que, por consiguiente, somos viejos desde que nacemos. No sé si será verdad, mas, si así fuera, seríamos los hombres primitivos. No tengo nada que decir

contra el hecho de pertenecer a otra raza que la actual y que eso sea visible en mi persona. Encuentro que las caras de los demás son completamente inexpresivas.

Mis amos sienten por mí una gran simpatía, particularmente el príncipe, que es un poderoso y grande hombre. Un hombre con vastos planes, y que sabe realizarlos. Es un hombre de acción, y, a la vez, un hombre muy culto, que sabe darse tiempo para todo lo posible, y a quien le place conversar sobre cuanto existe entre el cielo y la tierra, aunque oculta sus verdaderos propósitos hablando de otra cosa.

Puede parecer innecesario eso de interesarse por todo -si es que realmente es así- pero tal vez sea preciso, tal vez tenga que abarcarlo todo puesto que es príncipe. Da la impresión de comprenderlo y dominarlo todo, o por lo menos de aspirar a ello. Nadie puede negar que tiene una personalidad imponente. De todos los seres que he encontrado, es el único que no desprecio.

Pero es muy hipócrita.

Conozco bastante bien a mi señor, mas no por eso diré que lo conozco a fondo. Tiene una de esas naturalezas nada fáciles de comprender. Sería un error decir que es un escurridizo; no, pero en cierto sentido es inaccesible. Lo es hasta para mí mismo, y, a decir verdad, no sé por qué lo sigo con la fidelidad de un perro. Por otra parte, él tampoco me comprende.

A mí no me impresiona como a los demás, pero me agrada estar al servicio de un señor tan imponente. No he de negar que es un gran hombre. Aunque nadie es grande para su enano.

Lo sigo persistentemente, como una sombra.

La felicidad de la princesa Teodora depende mucho de mí. Yo llevo su secreto en mi corazón, pero nunca se me ha escapado una palabra. No revelaría nada aunque me sentaran sobre el potro, o me condenaran a los horrores de la cámara de torturas. ¿Por qué? No sé. La odio, quisiera verla muerta, quisiera verla arder en los fuegos

del infierno, con las piernas abiertas, y las llamas lamiéndole su vientre repugnante. Aborrezco la depravación de sus costumbres, las cartas lascivas que me hace llevar a sus amantes, sus palabras de amor que queman mi corazón. Pero no la traiciono. Y constantemente arriesgo mi vida por ella.

Cuando me llama a sus departamentos privados y me confía en voz baja su mensaje, escondo la carta de amor en mi jubón, y todo mi cuerpo se estremece mientras la sangre me sube a la cabeza. Pero ella no advierte nada, ni siquiera se le ocurre pensar que estoy exponiendo mi vida. ¡La suya no, la mía! Ella sólo sonríe con esa sonrisa casi imperceptible y distraída que le es propia, y me deja partir con mi peligrosa misión. Para ella, la parte que yo tomo en su vida secreta no cuenta para nada. Pero confía en mí.

Odio a sus amantes. Siempre he deseado arrojarme sobre ellos y hundirles mi puñal para ver correr su sangre. Odio particularmente a Don Ricardo, a quien conserva desde hace varios años, y de quien ni siquiera intenta desligarse. Lo detesto.

A veces me hace venir a su cámara, antes de levantarse, y se muestra ante mí con toda su impudicia. Ya no es joven, los senos le cuelgan cuando está en el lecho jugando con sus joyas, sacándolas una a una del cofre que le presenta una doncella. No entiendo cómo puede haber quien se enamore de ella. No tiene nada que para un hombre pueda considerarse tentador. Sólo se ve que todo en ella ha sido hermoso alguna vez.

Me consulta sobre las joyas que debe usar ese día. Le gusta hacerme esa pregunta. Las deja deslizarse entre sus finos dedos y se estira voluptuosamente bajo el pesado cubrecama de seda. Es una cortesana. Una cortesana en el lecho de un grande y magnífico príncipe. El amor llena toda su vida. Sonríe como en éxtasis al contacto de las joyas entre sus dedos.

En semejantes ocasiones suele ponerse triste, o finge estarlo. Con un lánguido movimiento de la mano pasa un collar alrededor de su cuello, y, mirando cómo brillan los gruesos rubíes sobre su todavía

hermoso pecho, me pregunta si me agradaría que se quedara con él. Alrededor de su lecho hay un olor que me produce náuseas. La aborrezco, y quisiera, verla arder en los fuegos del infierno. Le contesto que debe quedarse precisamente con ese collar y me dirige una mirada de agradecimiento como si, participando de su pena, le hubiera yo procurado un melancólico consuelo.

Suele llamarme su único amigo. Una vez me preguntó si estaba enamorado de ella.

¿Qué sospecha el príncipe? ¿Sospecha algo? ¿Tal vez todo?

Es como si la vida secreta de la princesa no existiera para él. Pero no es posible saberlo, nunca se puede estar seguro de saber algo de él. Su trato con ella parece sin sombras. Por otra parte, todo en él es claro como el día. Es extraño que un hombre así pueda resultarme incomprendible. Tal vez sea porque soy su enano. Y, como ya lo he dicho, ¡él tampoco me comprende! Conozco a la princesa mejor que a él. No es extraño, porque la odio. Es difícil comprender a un ser humano que no se odia; uno se halla ante él desarmado, sin nada para ponerlo al descubierto.

¿Cómo son sus relaciones con la princesa? ¿Es él también su amante? ¿Quizá su único amante verdadero? ¿Y será por eso que parece tan indiferente para lo que ella hace con los demás? Yo me siento turbado, pero él no.

No me explico la impasibilidad de este hombre. Su desprendimiento es algo que me irrita. Me produce un malestar del cual no puedo librarme. Quisiera que fuese como yo.

La corte bulle de gentes extrañas. De filósofos que se sientan con la cabeza entre las manos para buscar el sentido de la vida; de sabios que creen poder seguir el curso de las estrellas con sus gastados ojos lacrimosos, y hasta ver reflejarse en ellas el destino de los hombres. De ganapanes y aventureros que leen sus lánguidos versos a las damas de la corte, y al día siguiente se los encuentra echados por tierra y vomitando. En ese estado fue uno de ellos apuñaleado; y recuerdo que otro recibió los varazos por haber escrito un

panfleto contra el caballero Moroscelli. De artistas que llevan una vida licenciosa pero que llenan las iglesias con imágenes sagradas, de escultores y dibujantes que deben erigir el campanil de la nueva catedral, de soñadores y charlatanes de toda especie. Van y vienen como vagabundos que son, aunque algunos permanecen largo tiempo, como si formaran parte de la corte, y todos abusan por igual de la hospitalidad del príncipe.

Es incomprensible que él consienta en albergar aquí a tantos intrusos. Y más increíble todavía que pueda sentarse a escuchar sus estúpidas charlas. Acepto que pueda escuchar un momento a los poetas que recitan sus versos y a los que puede considerarse como bufones, tales como los que siempre han existido en las cortes. Ellos celebran la nobleza y la pureza del alma humana, cantan los grandes acontecimientos y las proezas de los héroes, y de esto nada hay que decir, especialmente si alaban al príncipe en sus poemas. El hombre necesita ser adulado, de lo contrario no llega a ser lo que debe ser, ni siquiera ante sus propios ojos. Y hay, tanto en el presente como en el pasado, muchas cosas nobles y hermosas que nunca habrían sido nobles y hermosas si no las hubieran cantado. Los poetas cantan sobre todo al amor, y en eso tienen razón, porque nada como el amor necesita ser transformado en otra cosa que lo que realmente es. Las damas, entonces, se ponen melancólicas y sus pechos se hinchan de suspiros, y los hombres adoptan un aire ausente y soñador, porque todos saben lo que realmente es el amor y por eso convienen en que un poema que lo disfrace tiene que ser una bella poesía.

También comprendo que sean necesarios los artistas para pintar o esculpir imágenes de santos, a fin de que las gentes puedan adorar a seres que no sean tan indignos y miserables como ellas. Mártires de rostros bellos y sobrenaturales que después del suplicio recibieron todos los honores, preciosas vestimentas y coronas de oro, tal como también serán recompensados los infelices después de sus vidas humildes. Imágenes que muestran a la plebe que aquí abajo no hay esperanza posible, puesto que su Dios ha sido crucificado

por haber tratado de hacer reinar un poco de justicia sobre la tierra. Esos simples artesanos son necesarios a un príncipe; lo único que no sé es qué vienen a hacer aquí. Ellos ayudan a vivir a los hombres dándoles una iglesia, cámara de tortura magníficamente adornada a la que van de vez en cuando para encontrar la paz. Y allí está su Dios, siempre clavado sobre su cruz.

Conozco todo eso porque yo también soy cristiano y he sido bautizado en la misma fe que ellos. Y ese bautismo es válido aunque sólo me haya sido impuesto como una farsa, en las bodas del duque de Gonzaga con doña Elena, cuando me llevaron a la capilla del castillo presentándome para regocijo de todos como el primer hijo que la novia acababa de dar a luz para sorpresa de todos. Muchas veces he oído contar ese episodio como algo que resultó muy cómico, y recuerdo que así fue, porque yo tenía dieciocho años cuando el príncipe me prestó para esa ceremonia.

Pero lo que yo no comprendo es que uno pueda sentarse a escuchar a los que hablan sobre el sentido de la vida. A los filósofos con sus profundas reflexiones sobre la vida y la muerte y otros temas eternos o sus complicadas disertaciones sobre la virtud, el honor y el espíritu caballeresco. Y a aquellos que se imaginan saber algo sobre los astros y que creen que existe una relación entre ellos y el destino de los hombres. Son blasfemos, aunque no sé qué es lo que profanan, cosa que no me importa. Son unos locos sin la menor sospecha de su locura, y los otros tampoco la sospechan; nadie se ríe de ellos, nadie se divierte con sus invenciones. Por qué han sido llamados a la corte es algo que nadie puede comprender. Pero el príncipe los escucha como si sus palabras fueran de gran importancia y se acaricia la barba mientras me hace llenar sus copas, que son de plata, como la suya. La única vez que se escucha una risa es cuando me levantan en sus rodillas para que pueda escanciarles el vino más fácilmente.

¿Quién sabe nada sobre los astros? ¿Quién puede descifrar sus secretos? ¿Acaso lo pueden ellos? Se les ocurre que pueden con-

versar con el universo y se regocijan cuando obtienen alguna respuesta razonable. Extienden sus cartas astrológicas y leen en el cielo como en un libro. Pero son ellos mismos quienes han escrito ese libro, y las estrellas, sin preocuparse de lo que allí se dice, prosiguen su misteriosa carrera.

Yo también leo en el libro de la noche. Pero no puedo interpretarlo. Mi sabiduría consiste en ver lo que está escrito y también en comprender que eso no puede descifrarse.

Con sus lentes y sus cuadrantes suben por la noche a su torre, al oeste del castillo, y creen entrar en comunicación con el universo. Y yo me instalo en la torre opuesta, donde está el antiguo departamento de los enanos, y donde vivo solo desde que estrangulé a Josafat, bajo los techos bajos que convienen a nuestra raza, y delante de las ventanas estrechas como troneras. Antaño vivían aquí muchos enanos, llegados de todos los puntos de la tierra, hasta del reino de los moros, regalos de príncipes, papas y cardenales, o mercadería de trueque, según la costumbre. Los enanos no tenemos patria, ni padre, ni madre; somos engendrados por extraños, sean los que fueren, y nacemos en secreto, entre los más miserables, para que nuestra raza no desaparezca. Y cuando esos padres adoptados advierten que han puesto en el mundo un ser de nuestro jaez, nos venden a los poderosos príncipes, que se divierten con nuestra deformidad y a quienes servimos de bufones. Así fui vendido por mi madre, que se apartó de mí horrorizada al ver qué ser había dado a luz, sin pensar que yo descendía de una raza muy antigua. Recibí por mí veinte escudos y con ellos compró tres medidas de género y un perro para sus ovejas.

Me siento a la ventana de los enanos y contemplo la noche, escudriñándola como ellos. No preciso ni anteojos ni telescopios porque mi vista es de por sí bastante penetrante. Yo también leo en el libro de la noche.

Hay una explicación muy simple del interés que inspiran al príncipe esos sabios, artistas, filósofos y astrólogos. Desea para su corte un

gran renombre y para sí mismo toda la celebridad y la gloria posibles. Ambiciona una fama que todos pueden apreciar y que, según veo, todos los hombres se esfuerzan por lograr.

Lo comprendo perfectamente y lo apruebo.

El condotiero Boccarossa ha llegado a la ciudad y se ha instalado con su gran séquito en el palacio Geraldí, que había permanecido deshabitado desde el destierro de dicha familia. Le ha hecho al príncipe una visita que duró varias horas. Nadie estuvo presente en ella. Es un grande y famoso condotiero.

Los trabajos del campanario han comenzado y hemos ido a ver hasta dónde han llegado. Se alzarán por encima de la cúpula de la catedral y cuando en él suenen las campanas parecerá como que suenan en el cielo. Es una bella idea, como debe serlo toda idea que se respeta. Serán las más elevadas de todas las campanas de Italia.

El príncipe se preocupa mucho por esa obra, lo que se explica. Ha examinado de nuevo los diseños en el lugar, y se ha entusiasmado con los bajorrelieves que representan las escenas de la Pasión y con los cuales se adornará la parte inferior del campanario. El trabajo no ha progresado mucho.

Quizá no se termine nunca. Muchas de las otras construcciones proyectadas por mi señor no se terminaron jamás. Allí están, a medio hacer, bellas como las ruinas de algo concebido en grande. Pero las ruinas también son los monumentos recordatorios de quienes las edificaron y yo no he negado nunca que él sea un gran príncipe. Cuando va por las calles no tengo inconveniente alguno en caminar a su lado. Todos lo miran, nadie me ve. Es natural. Lo saludan con todo respeto, como se saluda a un ser superior, pero es porque son un vil rebaño de aduladores, no porque lo amen o respeten, como él se lo figura. Si me paseo solo por la ciudad me notan en seguida y las injurias me persiguen: "¡Ahí va! ¡Ése es su enano! ¡Si a él le das

un puntapié, se lo das también a su señor!" No se atreven a hacerlo pero me arrojan ratas muertas y otras inmundicias que sacan de los cajones de basura. Cuando ya exasperado desenvaino mi espada se ríen de mí a carcajadas. "¡Qué poderoso señor tenemos!", gritan. No puedo defenderme porque no luchamos con las mismas armas.

Me veo obligado a huir con las ropas manchadas. Un enano siempre sabe de todo mucho más que su señor.

En realidad, no me importa soportar estos ultrajes por mi príncipe. Esto demuestra que soy una parte de él mismo y que en cierto modo represento su augusta persona. Es así como este ignorante populacho reconoce que el enano de un señor es el señor mismo, como lo es el castillo con sus torres y sus almenas, y la corte con todo su brillo, y el verdugo que hace rodar las cabezas en la plaza pública, y el tesorero con su incalculable riqueza, y el intendente del castillo que distribuye pan a los pobres en las épocas de miseria. Todo es Él. Todos advierten el poder que me acompaña. Y me llena de satisfacción el comprobar que soy odiado.

En lo posible me visto igual que el príncipe, con las mismas telas y los mismos cortes. (Eso se arregla aprovechando los retazos que sobran de los trajes que hacen para mi amo.) Además, también llevo siempre una espada, como él, aunque más corta. Y cualquiera que se pusiera a observar vería que mi porte es igualmente majestuoso.

Con todo eso mi parecido con el príncipe es inmenso, aunque soy más pequeño. Si me vieran a través de los cristales que esos locos de la torre del oeste levantan hacia las estrellas, podrían confundirme con él.

Existe una gran diferencia entre los enanos y los niños. Por lo general se cree que son iguales porque son del mismo tamaño, pero no hay tal cosa. A menudo se obliga a los enanos a jugar con los niños sin pensar que un enano es lo contrario de un niño, puesto que ha nacido viejo. Que yo sepa, los niños enanos no juegan nunca. ¿Para qué habrían de jugar? Lamentable espectáculo sería verlos jugando

con sus viejos rostros llenos de arrugas. Es para nosotros una verdadera tortura que nos utilicen para semejante oficio. Pero los hombres nos desconocen por completo.

Mis amos nunca me obligaron a jugar con Angélica. Pero ella, sí; no diré que lo haya hecho con maldad, mas cuando pienso en aquel tiempo, especialmente cuando era pequeña, siento como si me hubieran hecho víctima de una crueldad premeditada. Esa niña, con sus grandes ojos azules y su boquita caprichosa, que algunos encuentran extraordinaria, me ha hecho sufrir más que nadie en la corte. Apenas empezaba a caminar, todas las mañanas podía estar seguro de verla llegar al departamento de los enanos con su gatito en brazos. "Piccolino, ¿quieres jugar con nosotros?" Yo respondo: "De ninguna manera, tengo que pensar en cosas más importantes; hoy no estoy para juegos." "¿Qué vas a hacer?", insiste. "Nada que pueda explicarse a una niña", le contesto. "Pero de todos modos vas a salir y no vas a quedarte durmiendo todo el día. Yo me he levantado hace mucho, mucho, mucho." Y he aquí que tengo que salir con ella. No me atrevo a negarme por respeto a mis amos aunque por dentro me siento encolerizado. Me toma de la mano como si fuera su camarada, y me la retiene todo el tiempo; no hay nada que me fastidie tanto como las manos húmedas de los niños. Yo cierro el puño con rabia, pero entonces me toma por la muñeca y me lleva por todas partes parlotando sin cesar. Me conduce al lugar donde están sus muñecas, a las que hay que vestir y darles de comer; me lleva a ver los perritos recién nacidos que, medio ciegos todavía, juegan en su canasta; y luego tenemos que ir hasta la rosaeda donde debemos jugar con el gato. Tiene un interés aburridor por toda clase de animales, sobre todo por los chicos. Le gusta todo lo que es pequeño. Es capaz de pasarse el día entero jugando con el gatito y se imagina que a mí eso puede divertirme. Cree que yo también soy un niño que se alegra con todo, como ella. ¡Yo, que no encuentro placer en nada!

A veces sucede que un pensamiento razonable le cruza por la cabeza, y cuando se da cuenta de lo hastiado que me siento mira con asombro mi cara arrugada y me pregunta: "¿Acaso no te diviertes?"

Y como no recibe ninguna respuesta de mis labios apretados, ni de mis fríos ojos de enano, llenos de experiencia milenaria, una sombra pasajera nubla sus ojos recién estrenados, y permanece callada por un rato.

¿Qué es el juego? Una actividad sin sentido, nada más. Una curiosa manera de entretenerse tomando las cosas no por lo que son sino por lo que a uno se le ocurre que son, por lo que uno finge creer que son. Los astrólogos juegan con los astros, el príncipe juega con sus construcciones, sus iglesias, sus crucifixiones y sus campanarios, Angélica con sus muñecas. Todos juegan, todos fingen algo. Sólo yo me niego a fingir. Sólo yo.

Un día me escurrí hasta su lecho mientras dormía con su detestable gato al lado, y corté la cabeza del animalucho con mi espada. Luego lo arrojé a un montón de basuras que hay al pie de una de las ventanas del castillo. Me encontraba tan enfurecido que no sabía lo que hacía. O, más bien, lo sabía demasiado. Estaba llevando a cabo un proyecto que hacía tiempo se me había ocurrido mientras jugaba en la rosaleda. Cuando advirtió la desaparición del gato se puso inconsolable, y como todo el mundo le dijo que seguramente había muerto, cayó enferma con una fiebre desconocida que la retuvo en el lecho largo tiempo, de suerte que yo, Dios sea loado, me vi libre de ella durante esa temporada. Cuando al fin se recuperó, tuve que soportar sus dolientes relatos sobre la misteriosa muerte de su adorado. A nadie le importó nada sobre la forma como el gato había desaparecido, pero toda la corte quedó impresionada por una inexplicable gota de sangre que descubrieron en el cuello de la niña y que se juzgó que debía interpretarse como de mal augurio. Todo lo que pueda considerarse un presagio les interesa extraordinariamente.

Prácticamente, nunca me dejó libre durante toda su infancia, aunque después los juegos fueron diferentes. Me perseguía siempre, y quería tenerme de confidente pese a que yo no quería saber nada con sus confidencias. A veces me pregunto si el afecto con que me importunaba no era de la misma naturaleza que el que le profesaba a los gatos, los perros y los patos. Quizá no se encontraba a gusto en el mundo de los grandes, quizá lo temía. ¡Eso no era culpa mía! Si se sentía aislada y sola, yo no podía evitarlo. Pero era siempre a mí a quien buscaba, aun después de haber dejado de ser una criatura. Su madre sólo se ocupó de ella mientras pudo considerarla una muñeca, porque también jugaba, también fingía. Todos los seres humanos fingen. Su padre tenía, naturalmente, otras cosas en que pensar. O puede ser que no se interesara por ella por alguna razón de la que prefiero no hablar.

Cuando cumplió los diez o los doce años comenzó a mostrarse callada y taciturna, y yo aproveché para escapármele. Desde entonces, gracias a Dios, me ha dejado tranquilo y se entretiene sola. Pero todavía me indigno cuando recuerdo todo lo que tuve que soportarla.

Ahora empieza a desarrollarse, ha cumplido quince años, y pronto será considerada una dama. Sin embargo, continúa actuando como una chiquilla y no como una dama de alto rango. Quién es su padre, es imposible saberlo. Bien puede ser hija del príncipe, como bastarda, y entonces mal puede ser tratada como corresponde a una hija de príncipe. Algunos dicen que es bonita. Yo no encuentro nada bonito en esa cara infantil, con la boca entreabierta, y esos ojos enormes que parecen ajenos a toda posibilidad de comprensión.

El amor es algo que muere. Y cuando muere se pudre, pero puede servir de humus para un nuevo amor. De modo que aquel amor ya muerto continúa viviendo una vida secreta en el nuevo amor, y así nos hallamos con que el amor es inmortal.

Ésta es, me parece, la experiencia que ha hecho la princesa y sobre la cual ha fundado su felicidad. A su manera ella también irradia felicidad. Por el momento don Ricardo es dichoso.

Tal vez el príncipe también lo sea, porque el sentimiento que otrora despertó en ella, está siempre vivo. En todo caso, finge creerlo así. Ambos fingen creerlo así.

Una vez la princesa tuvo un amante al que dejó torturar porque la había engañado. Hizo que el príncipe lo condenara por un delito que no había cometido. Yo fui el único que supo lo que había pasado. Y debí asistir a las torturas para poder describirle después la forma como las había soportado. Su actitud no fue precisamente la de un héroe.

Quizás él sea el padre de la niña. ¡Qué sé yo!

Pero también puede serlo el príncipe. En todo caso, la princesa supo convencerlo por los medios más agradables, y el amor de ambos vivió entonces una nueva primavera. Abrazaba todas las noches a su esposo y le ofrecía su cuerpo engañador mientras suspiraba por el amante perdido. Acariciaba a su príncipe como se acaricia a alguien a quien se quiere torturar. Y el príncipe le devolvía sus caricias con el ardor de sus primeras noches de amor. El amor muerto continuaba viviendo su vida secreta en el nuevo amor.

El confesor de la princesa viene los sábados por la mañana a hora fija. Hace largo rato que ella se ha levantado, se ha vestido, y ha pasado un par de horas en oración ante su crucifijo. Está bien preparada para la confesión.

No tiene nada de qué confesarse, y esto no por hipocresía o por engaño. Al contrario, ella muestra abiertamente lo que sucede en su corazón. Es que no tiene idea alguna del pecado. No sospecha siquiera que pueda haber hecho nada malo. A lo sumo, se ha impacientado con su camarera porque ésta estuvo algo torpe al peinarla.

Es una página blanca sobre la cual el confesor se inclina sonriendo como sobre una castísima doncella.

Sus ojos son claros y destellan una luz interior después de la oración, tras haber permanecido durante horas sumida en el reino del crucificado. Al sufrir por ella, el hombre de la cruz ha borrado de su alma hasta el recuerdo del pecado. Se siente fuerte y como rejuvenecida, pero al mismo tiempo en un estado de fervoroso recogimiento que armoniza con su rostro sin cosméticos y su traje negro sin adornos. Se sienta y le escribe una carta a su amante, una carta serena y amistosa en la que no se encuentra una palabra de amor ni se habla de citas. En ese estado espiritual no admite la menor frivolidad. Yo tengo que llevar esa carta al amante.

Imposible dudar de que es ardientemente religiosa. Para ella la religión es algo esencial, algo absolutamente real. La necesita y la utiliza. Es una parte de su alma y de su corazón.

¿Es también religioso el príncipe? Esto es más difícil de afirmar. Lo es a su manera, porque es todo cuanto se puede ser. Lo abarca todo. Pero ¿puede decirse que eso sea ser religioso?

A él le agrada que exista algo así como la religión, le gusta oír hablar de ello, escuchar bellas y agudas discusiones sobre ese tema. ¿Cómo algo humano podría serle ajeno? Ama los cuadros de los altares, las madonne de maestros famosos, y las bellas iglesias, especialmente las que él ha hecho edificar. Yo no sé si eso es religión. Todo puede suceder y por cierto que es tan religioso como es príncipe. Desde ese punto de vista, lo es tanto como la princesa. Comprende que las necesidades religiosas del pueblo deben ser satisfechas y su puerta está siempre abierta para quienes se ocupan de satisfacerlas. Los curas y otros semejantes de toda clase entran y salen a su antojo como hijos de la casa. Pero ¿será para sí mismo, como ella, verdaderamente religioso? Ésa es otra cuestión... y de la cual no pienso hablar. Que ella es ardientemente religiosa, está fuera de duda.

Tal vez ambos sean religiosos; cada cual a su manera.

¿Qué es la religión? Mucho he reflexionado sobre esto, pero en vano.

Reflexioné sobre ello especialmente cuando fui obligado a oficiar como arzobispo, con todos los ornamentos sacerdotales, en una fiesta de carnaval, hace unos años, y a dar la santa comunión a los enanos de la corte de Mantua que su príncipe había traído para esa ocasión. Nos reunieron ante un pequeño altar que se levantó en una sala del castillo, y alrededor de nosotros tomaron asiento, burlándose, todos los invitados, caballeros y nobles, entre los cuales figuraban algunos jóvenes fatuos ridículamente ataviados. Yo alcé el crucifijo y todos los enanos se pusieron de rodillas. "He aquí a vuestro salvador", declaré con firme voz Y los ojos inflamados de pasión. "He aquí al salvador de todos los enanos, un enano él mismo, que sufrió bajo el gran príncipe Poncio Pilato, y fue suspendido sobre su pequeña cruz de juguete para gozo y alivio de todos los hombres de la tierra." Tomé el cáliz y se lo presenté: "He aquí su sangre de enano, con la que todos los grandes pecados quedan lavados, y todas las almas manchadas, blancas como la nieve." Y tomé la hostia y se la enseñé, y comulgué ante ellos bajo las dos especies, según la costumbre, explicándoles el sentido del misterio sagrado: "Yo como su cuerpo que era deforme como el vuestro. Es amargo como la hiel porque está lleno de odio. ¡Ojalá comierais de él todos vosotros! Yo bebo su sangre, y ella quema como un fuego que nada puede apagar. Es como si bebiera mi propia sangre. ¡Salvador de los enanos, pueda tu fuego consumir el mundo entero!"

Y arrojé el vino sobre los asistentes que contemplaban con estupor y pálido semblante nuestra siniestra ceremonia.

No soy un profanador. Quienes estaban cometiendo una profanación eran ellos, no yo. Pero el príncipe me hizo engrillar durante varios días, porque se trataba de divertir a los huéspedes, y yo había perturbado, casi amedrentado. Como los grillos eran demasiado grandes para mí, el herrero observó que no valía la pena hacer unos

especiales para tan corto tiempo, pero el príncipe respondió que también podían servir para el futuro. Me puso en libertad antes de que se cumpliera el plazo de la pena, tan pronto como los huéspedes se fueron, y tengo la impresión de que me castigó más por ellos que por otra cosa. Durante los primeros días siguientes me miraba con desconfianza y no quería quedarse a solas conmigo: se hubiera dicho que lo atemorizaba un poco.

Naturalmente, los enanos no comprendieron nada. Se diseminaron como gallinas asustadas; cacareando con sus vocecitas de castrados. No sé de dónde sacan esas voces ridículas; la mía es baja y profunda. Pero ellos están dominados y castrados hasta el alma, y la mayoría son bufones que constituyen la vergüenza de nuestra raza por las bromas groseras que hacen sobre su propio cuerpo.

Son una especie despreciable. Por eso induje al príncipe a venderlos a todos, uno después de otro, para no verlos más. Estoy contento de haberlos visto partir y de poder sentarme a meditar completamente solo por la noche, en el departamento ahora desierto de los enanos; Estoy contento de que Josafat también esté lejos, así me libro de ver su apergaminada cara de viejo y de oír su voz de falsete. Estoy contento de estar solo.

Es mi sino odiar a mi propia raza. Mi propio linaje me es execrable. Pero también me odio a mí mismo. Devoro mi propia carne impregnada de hiel. Bebo mi propia sangre envenenada. Sombrío arzobispo de mi pueblo, cumplo cada día mi rito solitario.

La princesa se mostró extremadamente rara después de ese incidente que causó tanto escándalo. Me hizo llamar la misma mañana que me quitaron los grillos y cuando entré en su aposento me miró con una mirada escrutadora y pensativa. Yo esperaba su reproche y hasta un nuevo castigo, pero cuando al fin habló fue para confesar que mi misa la había impresionado profundamente, pues había encontrado en ella algo terrible y sombrío que despertaba un eco en su

propia naturaleza interior. ¿Cómo había podido yo penetrar hasta el fondo de su alma en forma tan directa?

No sé, pero aproveché para bromear ligeramente mientras ella descansaba allí, en su lecho, dejando vagar por el espacio una mirada ausente.

Me preguntó qué era, según mi opinión, lo que debía sentirse al ser crucificado. ¿Qué es lo que debía sentirse al ser flagelado, martirizado y muerto? Y agregó que comprendía que Cristo debía odiarla. Que debía estar lleno de odio mientras sufría por su culpa.

Como no me tomé el trabajo de contestarle, ella tampoco continuó la conversación, y permaneció largo tiempo acostada, con una mirada soñadora.

Luego hizo un ligero movimiento con su linda mano, significando que era cuanto quería decirme, y ordenó a su doncella que le llevara su traje granate, porque iba a levantarse.

Aún hoy sigo sin saber qué le había pasado aquella mañana.

He notado que a veces inspiro temor. Pero lo que cada uno teme es a sí mismo. Creen que yo soy la causa de sus preocupaciones, mas lo que en realidad los asusta es el enano que llevan dentro, la caricatura humana de rostro simiesco que suele asomar la cabeza desde las profundidades del alma. Se asustan porque ignoran que llevan otro ser dentro de ellos mismos. Les espanta ver surgir a la superficie ese desconocido que les parece no tener nada de común con su verdadera vida: Cuando nada aparece por encima de esos bajos fondos, entonces ni se asustan ni se inquietan por lo que pueda suceder. Andan con la cabeza levantada, impasibles, con sus rostros inexpresivos. Pero hay siempre en ellos alguna otra cosa que fingen ignorar; viven, sin saberlo, muchas vidas a la vez. Son singularmente recelosos e incoherentes.

Y son deformes, aun cuando esto no sea visible.

Solamente yo vivo mi vida de enano. No ando con la cabeza erguida ni el rostro estirado. Yo soy siempre yo mismo, siempre igual; no vivo más que una vida. No llevo ningún desconocido dentro de mí. Y reconozco todo lo que de mí procede, nada surge de los bajos fondos de mi ser, nada se esconde allí a la sombra. Por consiguiente, tampoco siento ese temor que asusta a los demás, el temor de algo extraño, desconocido y misterioso. Nada semejante existe en mí. En mí no existe ningún otro.

¿El miedo? ¿Qué es eso? ¿Es miedo lo que siento cuando por la noche estoy solo, acostado en el departamento de los enanos y veo que se acerca a mi lecho la sombra de Josafat, la cara lívida, con las marcas azules en el cuello y la boca completamente abierta?

No conozco ni la angustia ni el remordimiento, nada que pueda impresionarme especialmente. Cuando lo veo, pienso que está muerto y que desde entonces yo estoy solo.

Yo quiero estar solo, no quiero que nada exista a mi lado. Y veo claramente que Josafat está muerto; Aquello no es más que su fantasma y me encuentro completamente solo en la oscuridad, como lo he estado desde el día en que lo estrangulé.

Nada hay en esto que cause espanto.

Un hombre de gran estatura, al que el príncipe trata con consideración extraordinaria, casi con respeto, ha llegado a la corte. Ha sido invitado especialmente, y el príncipe dice que lo ha esperado mucho tiempo y que se siente feliz de tener al fin el honor de su visita. Se conduce con su huésped como si fuera uno de sus pares.

En la corte no todos encuentran esto ridículo, y algunos sostienen que el visitante es realmente un gran hombre y tan gran señor como el príncipe. Pero no lleva un traje principesco sino uno muy sencillo. Hasta ahora no he podido descubrir qué es lo que tiene de maravilloso. Posiblemente lo dejará ver más adelante. Se dice que permanecerá aquí largo tiempo.

No he de negar que hay algo en él que inspira respeto y que posee una dignidad más natural que el resto de la gente. Tiene la frente alta, de esas que es costumbre llamar pensativas, y el rostro, con su barba grisácea, es noble y verdaderamente hermoso, Distinción y armonía son las características de su persona, y su porte muestra el sereno dominio de sí mismo,

Estoy pensando qué deformidad es la que esconde.

El notable huésped tiene su cubierto en la misma mesa del príncipe. Hablan interminablemente sobre los más diversos temas, y mientras sirvo a mi señor, que siempre quiere ser atendido por mí, puedo comprobar que es un hombre culto. Su saber abarca todos los dominios posibles y parece interesarse por todo. Trata de explicarlo todo, pero contrariamente a lo que sucede con los demás, nunca se muestra seguro de la exactitud de sus explicaciones. Cuando ha terminado de exponer una de sus largas y minuciosas teorías suele quedarse silencioso, con aire meditativo, y termina murmurando: "pero tal vez no sea así".

No sé qué debo pensar de esta actitud. Puede decirse que eso es prudencia, pero también es posible llegar a la conclusión de que no sabe nada con exactitud y que todas sus construcciones mentales carecen de fundamento. Por la experiencia que hasta aquí he adquirido del género humano, me inclino hacia la segunda hipótesis. Por lo general la gente ignora las razones que existen para ser modestos. Es probable, que él las conozca.

El príncipe no se plantea tantos problemas y lo escucha como quien está sentado a orillas de un claro manantial de ciencia y de sabiduría. Está pendiente de sus palabras, como pudiera estado un escolar ante su profesor, si bien es cierto que conserva la dignidad que corresponde a su condición de príncipe. A veces lo llama "el gran maestro". Entonces me pregunto las causas de tanta modestia. Mi señor no obra nunca sin algún motivo. Frecuentemente el sabio finge no haber oído tan halagadora denominación. Quizá sea un hombre verdaderamente exento de vanidad. A veces, sin embargo,

se expresa con tanta seguridad y sostiene sus opiniones con tanta firmeza que pone de manifiesto una inteligencia penetrante y ágil. No siempre duda de sus creencias.

Habla siempre con calma, con voz agradable y muy clara. Conmigo se muestra benévolo y hasta parece interesado. No sé por qué. Suele tener la impresión de que se parece un poco al príncipe aunque no sé bien en qué.

No es hipócrita.

El notable extranjero ha comenzado un trabajo en el convento franciscano de Santa Croce, un cuadro sobre el muro lateral del refectorio. Es, como tantos otros de por aquí, un fabricante de imágenes sagradas. ¡Ésa era su "notabilidad"!

No quiero decir con esto que no pueda ser superior a sus simples colegas. Tiene una personalidad más imponente y es lógico que el príncipe le dedique una atención particular. Pero lo que me resulta inexplicable es que siempre lo escuche como a un oráculo y le permita sentarse a su misma mesa. Después de todo, sólo tiene un oficio manual: lo que hace lo hace con las manos, y si su inteligencia y su cultura abarcan tanto quién sabe si domina todo lo que abarca. Ignoro cómo trabajan sus manos, pero puesto que el príncipe lo ha contratado espero que conozca bien su oficio. Con respecto a su inteligencia él mismo confiesa que alienta proyectos muy vastos. Debe ser un fantaseador. A pesar de la lucidez y la riqueza de sus ideas, su imaginación lo arrastra por terrenos poco firmes, y puede suceder que el mundo que pretende crear sea irrealizable.

En realidad, estoy sorprendido de no poder formarme sobre él un juicio definitivo. ¿Por qué será? Por lo general, siempre tengo una opinión definitiva sobre todos los seres con quienes me enfrento. Es posible que su personalidad, como su estatura, esté por encima de lo común. Pero ignoro en qué consiste su superioridad, si es que la tiene. Estoy por creer que debe de ser como todos.

En todo caso estoy convencido de que el príncipe sobreestima su importancia.

Se llama Bernardo, un nombre completamente vulgar.

La princesa no se interesa por él. Es un anciano. Y las conversaciones masculinas la dejan indiferente. Cuando asiste a esos grandes cambios de ideas, permanece callada y como ausente. Me parece que ni siquiera oye lo que dice el hombre extraordinario.

En cambio, él se muestra muy interesado por ella. He visto que cuando nadie lo mira la observa disimuladamente. Escruta su cara como buscando algo en ella y entonces su mirada se hace cada vez más pensativa. ¿Qué puede haber en ella capaz de atraerlo tanto?

Su rostro carece de interés. Es fácil advertir que es una cortesana por más que lo disimule con una apariencia de engañadora pureza. No hay que contemplarla mucho para caer en la cuenta de que es así. ¿Qué puede hallarse en esa cara lasciva? ¿Qué puede encontrarse de seductor?

Pero él se interesa por todo. Lo he visto recoger una piedra y examinarla con una atención extraordinaria, dándole vueltas y vueltas entre las manos, para terminar guardándosela en el bolsillo como si fuera una joya. Todo lo cautiva. ¿Será un loco?

¡Un loco envidiable! Un hombre para quien una simple piedra tiene tanto valor, debe sentirse rodeado de tesoros en todas partes.

Es de una increíble curiosidad. Mete la nariz en todas partes, quiere saberlo todo, y hace preguntas sin cesar. A los artesanos los interroga sobre sus herramientas y sus métodos de trabajo, y los aconseja. Cuando regresa de sus paseos por las afueras de la ciudad, trae siempre flores a las que les arranca luego los pétalos para mirar su interior. Y puede pasarse horas enteras contemplando el vuelo de los pájaros, como si eso fuera algo extraordinario. Su atención es solicitada hasta por las cabezas de los asesinos y los ladrones empalados ante las puertas del castillo, por más que sean tan viejas que nadie tenga el coraje de mirarlas. Él se detiene y las analiza con

aspecto meditabundo, como si esperara resolver un misterioso enigma, y después las dibuja con un lápiz de plata. Y cuando, hace unos días, Francesco fue colgado en la plaza pública, él se encontraba entre los espectadores, en la primera fila de los niños. Por la noche contempla las estrellas. Su curiosidad lo abarca todo.

¿Qué interés puede haber en todo esto?

A mí no me importan sus preocupaciones. Pero si vuelve a tocarme he de hundirle mi puñal. Estoy decidido, cueste lo que cueste.

Esta noche, al servirle el vino, me tomó de la mano. La retiré enfurecido, pero el príncipe me miró sonriendo y me dijo que debía enseñársela al maestro. Entonces se puso a estudiarla detenidamente, con una impudicia indecible, observando las articulaciones y los pliegues de la muñeca y recogiendo la manga para verme el brazo. Yo retiré mi mano por segunda vez, completamente encolerizado, pero los dos echáronse a reír mientras yo arrojaba llama por los ojos.

Si vuelve a tocarme, yo he de ver su sangre.

No puedo admitir que nadie tenga contacto con mi cuerpo.

Circula la extraña versión de que el príncipe le habría permitido apoderarse del cadáver de Francesco para abrirlo y ver cómo es por dentro un cuerpo humano. No puede ser verdad. Es demasiado increíble. Y no es posible que se permita sacar un cuerpo que, según la sentencia, debe permanecer públicamente expuesto para edificación del pueblo y vergüenza del malhechor. Además, ¿por qué no habría de ser devorado por los cuervos, como los otros? Yo conocía a Francesco y bien sé que merecía ser castigado con el máximo rigor: siempre que me encontraba en la calle me insultaba. Si se lo descuelga, su castigo no será el mismo que para los demás ahorcados. .

Esta noche oí hablar de eso por primera vez. Ahora está muy oscuro y no puedo ver si el cadáver continúa colgado allí.

No puedo creer que sea verdad, ni que el príncipe haya consentido semejante cosa.

¡Es verdad! Ese miserable no cuelga más del patíbulo. Y sé adónde lo han llevado. He sorprendido al viejo sabio en su vergonzosa tarea.

Ayer ya había notado que debía pasar algo insólito por el lado de los subterráneos porque se hizo abrir una puerta que, por lo general, permanece cerrada, pero no presté mayor atención. Hoy fui a ver lo que pasaba y hallé la puerta entreabierta. Me introduje por un corredor largo y sombrío y llegué hasta una segunda puerta, que tampoco estaba cerrada. La atravesé cautelosamente, y allí, en una habitación enorme, ¡el anciano se encontraba inclinado sobre el cadáver ya abierto de Francesco! Al principio no podía creer lo que mis ojos veían, pero allí estaba el cuerpo, abierto en dos, con las entrañas al desnudo lo mismo que el corazón y los pulmones; era como un animal. Jamás he visto espectáculo más repugnante, no, ni hubiera podido imaginar que el interior de un cuerpo humano pudiese ser tan repulsivo. Pero el anciano estaba inclinado sobre él, contemplándolo con un interés apasionado, y cuidadosamente trataba de separar el corazón con un cuchillo muy pequeño. Tan absorbido estaba en su tarea que no advirtió mi presencia. Para él parecía no existir nada más que esa repelente ocupación. Finalmente alzó la cabeza y en sus ojos brillaba una luz de íntima satisfacción. Estaba absorto, como si acabara de cumplir un rito solemne. Pude observarlo tranquilamente porque se encontraba a la luz mientras que yo me hallaba a la sombra. Estaba en éxtasis, como un profeta que habla con Dios. Era realmente indigno.

¡Igual al príncipe! ¡Un príncipe que se ocupa en resolver los problemas que le presentan las entrañas de un delincuente y hurga en los cadáveres!

Esta noche estuvieron juntos hasta pasada la media noche, y hablaron y hablaron como nunca lo hicieron antes. Su conversación los embelesaba. Hablaron de la naturaleza y su infinita grandeza; ¡Una completa armonía, una sola maravilla! Las venas hacen circular la sangre por el cuerpo como las vertientes reparten el agua por la tierra; los pulmones respiran como respiran los océanos con su flujo y su reflujo; el esqueleto sostiene el cuerpo como las rocas sostienen a la tierra, que es su carne. El fuego que arde en el interior de la tierra es como el calor del alma que, como ella, proviene del sol, el sagrado sol cuyo culto celebrábase antaño, el sol del que emanan todas las almas, fuente de toda vida y de la luz que ilumina a todos los astros del universo. Porque nuestro mundo es sólo una de las innumerables estrellas que pueblan los universos.

Estaban como poseídos. Y yo debía escucharlos, y aceptar lo que decían, sin poder contestarles. Cada vez me convenzo más y más de que el viejo está loco y de que le está contagiando al príncipe su locura. Es inconcebible lo blando y débil que mi señor se muestra entre sus manos.

¿Cómo puede uno tomar en serio semejante fantasía? ¿Cómo puede uno aceptar esa divina armonía del todo, como suele decir refiriéndose al universo? ¿Cómo puede uno emplear esas grandes y bellas palabras sin sentido? ¡Las maravillas de la naturaleza! Me acordé de las entrañas de Francesco y me dieron náuseas.

"¡Qué felicidad -exclamaban entusiasmados- poder contemplar el admirable reino de la naturaleza! ¡Qué vasto campo para nuestras investigaciones! ¡Qué poderoso y rico será el hombre que descubra esas fuerzas ocultas y aprenda a servirse de ellas! Los elementos se rendirán a su voluntad, el fuego lo servirá humildemente no obstante su ferocidad; la tierra multiplicará su fruto cuando se hayan descubierto las leyes de la vegetación; los ríos se convertirán en esclavos sumisos; los océanos llevarán los barcos alrededor del ancho mundo, de ese mundo que vaga en el espacio como una estrella maravillosa. Sí, el hombre conseguirá someter al aire mismo, aprenderá a

volar como los pájaros, y, emancipado de las reyes de la gravedad, volará como ellos y como las estrellas hacia un fin que ni el pensamiento humano puede aún conjeturar ni suponer. ¡Ah! ¡Qué bello es vivir! ¡Qué infinita grandeza la de la vida humana!"

Su júbilo carecía de límites. Eran como niños soñando con juguetes, con tantos juguetes, que no saben qué hacer con ellos. Yo los observaba con mis ojos de enano sin que mi cara arrugada cambiara de expresión. Los enanos no son como los niños. Ni juegan nunca. Me levantaba para llenarles las copas cada vez que las vaciaban durante su charla incontenible.

¿Cómo saben que la vida es grande? Eso no es más que una manera de hablar, agradable para cualquiera. Lo mismo podría sostenerse que es pequeña, que es insignificante, completamente desprovista de sentido: un insecto que puede aplastarse con la uña. Y que se puede aplastar con la uña sin que conciba siquiera la idea de protestar. ¿Por qué no habría de ser así? ¿Por qué defendería su existencia o cualquier otra cosa? ¿Por qué no habría de ser indiferente a todo?

¡Penetrar hasta el seno de la naturaleza! ¿Qué placer puede haber en ello? Si eso fuera verdaderamente posible, semejante espectáculo los llenaría de espanto. Los hombres se imaginan que la naturaleza se ha hecho para ellos, para su bienestar, para su dicha, para que su vida sea grande y hermosa. ¿Qué saben? ¿Cómo saben que la naturaleza ha de preocuparse por ellos o por sus pueriles y caprichosos deseos? Pretenden leer en el libro de la naturaleza, creen que lo tienen completamente abierto delante de sí y que van a interpretar lo que dice, ahí mismo donde no hay nada escrito, donde no hay más que páginas en blanco. ¡Locos fatuos! No hay fronteras para su desvergonzada suficiencia.

¿Quién puede adivinar lo que la naturaleza lleva en sus entrañas ni cuál será su escondido fruto? ¿Sabe acaso una madre lo que engendra y va a dar a luz? Espera que le llegue la hora y sólo enton-

ces sabrá lo que ha nacido. Un enano puede hablar de esto mejor que nadie.

¡Modesto! ¿Él? Me equivocaba por completo cuando lo creía. Es, por el contrario, el ser más orgulloso que haya encontrado nunca. Es orgulloso en cuerpo y alma. Y la presunción de su inteligencia es tal que quisiera reinar como un príncipe sobre un mundo que no le pertenece.

Puede producir la impresión de la modestia porque en el curso de sus investigaciones sobre todos los dominios posibles suele decir que no está seguro de esto o de aquello y que está buscando una aclaración. ¡Pero pretende conocer el conjunto, la finalidad y el sentido del universo! Su humildad se reduce a las pequeñeces. ¡Curiosa modestia!

Es posible que todo tenga un sentido, cuanto sucede y cuanto preocupa a los hombres. Pero la vida ni tiene ni puede tener sentido alguno. Por consiguiente, es imposible descubrirselo.

Tal es mi opinión.

¡Qué vergüenza! ¡Qué deshonra! Jamás había sufrido ofensa igual a la que hoy se me ha infligido.

Trataré de escribir lo que ha pasado, aunque preferiría olvidarlo.

El príncipe me había ordenado que fuera a buscar a maese Bernardo, que estaba trabajando en el refectorio de Santa Croce, pues el artista me necesitaba. Allá me dirigí, aunque me sentía vejado por verme tratado como un servidor de ese hombre tan altanero. Me recibió con extremada amabilidad y me contó que los enanos siempre le habían interesado mucho. Yo pensé que todo tenía que interesarle a quien deseaba estar informado al mismo tiempo sobre las vísceras de Francesco y sobre los astros del firmamento. Pero sobre mí, el enano, no sabe nada, me dije para mí mismo. Después de otras frases tan amables como vacías, me dijo que quería hacer

mi retrato. Al principio supuse que el príncipe se lo había encomendado y no podía dejar de sentirme halagado, pero, de todos modos, contesté que no quería posar.

-¿Por qué no? -me preguntó.

-Mi rostro me pertenece -le respondí con naturalidad.

La respuesta no le pareció rara, rió un poco, pero reconoció que no era absurda.

-Aunque no haga el retrato -dijo-, un rostro pertenece a cualquiera que lo mire, es decir, a mucha gente.

Se trataba, simplemente, de un dibujo que mostraría cómo eran mis formas. Debía quitarme las ropas para que hiciera un estudio de mi cuerpo. Me sentí palidecer. No sé si estaba más enfurecido que atemorizado o más atemorizado que enfurecido, o si sentía ambas cosas a la vez, cólera y temor, y todo mi ser temblaba poseído por ambas emociones.

Él notó el intenso efecto que me producía su ofensa. Se puso a explicarme que no era una vergüenza ser enano ni el hecho de mostrarse tal como se es. Sentía siempre un profundo respeto ante la naturaleza, aun cuando ésta creara algo extraño y fuera de lo común. No, nada hay de humillante en mostrarse a los demás tal cual se es y nadie tiene la propiedad exclusiva de su yo.

-¡Yo sí! -grité loco de rabia-. ¡Usted no será dueño de sí mismo, pero yo sí!

Tomó mi reacción con mucha calma, y siguió observándome con una curiosidad tan intensa, que mi exasperación aumentó. Luego dijo que tenía que empezar, y se me aproximó.

-¡No soportaré ningún abuso con mi cuerpo! -grité fuera de mí.

Pero él no se incomodó, y, comprendiendo que no me quitaría las ropas de buen grado, hizo además de desvestirme él mismo. Conseguí sacar mi puñal de la vaina y pareció sorprendido al verlo brillar en mi mano. Me lo quitó y lo puso prudentemente a cierta distancia.

-Creo que eres peligroso -dijo, mirándome con aire intrigado, mientras me sentía objeto de esa burla.

En seguida comenzó a quitarme las ropas, descubriendo desvergonzadamente mi cuerpo. Yo me resistía y luchaba encarnizadamente, pero todo en vano porque era más fuerte que yo. Cuando hubo terminado su innoble tarea me colocó sobre una especie de estrado que se encontraba en medio de la pieza.

Allí permanecí desnudo, desarmado, enloquecido de rabia. Y, a pocos pasos de mí, estaba él en tren de estudiarme y de observar mi deformidad con una despiadada frialdad. Yo estaba completamente librado al cinismo de su mirada que se apoderaba de mi indefensa persona como si le perteneciera. Estar así expuesto a los ojos de otro hombre me pareció un rebajamiento tan profundo que aún siento la vergüenza de haberlo soportado. Recuerdo siempre el ruido de su lápiz de plata sobre el papel; quizá fuera el mismo con que habría dibujado las cabezas de los criminales colgados ante las puertas del castillo, y tantas otras cosas abominables. Su mirada se había transformado, era penetrante como la punta de un cuchillo, se diría que me traspasaba. Jamás he odiado tanto a los hombres como durante esa hora espantosa. Mi odio era tan intenso que temía desmayarme y a ratos todo se ensombrecía ante mis ojos. ¿Hay algo más vil que seres como ése, ni más dignos de ser odiados?

Justamente frente a mí, sobre el muro lateral, veía su gran cuadro del que se afirma que será su obra maestra. Estaba apenas comenzado, pero me parecía que representaba la Cena, el convite de amor de Cristo en medio de sus discípulos. Yo miraba como un loco esa gente de rostros puros y solemnes que se creían en el séptimo cielo porque rodeaban a su Señor, el hombre de la aureola sobrenatural. Con alegría pensaba que muy pronto éste iba a ser prendido, que Judas, agazapado, en un rincón, no tardaría en traicionarlo. ¡Él todavía es amado y honrado, pensaba, todavía se sienta a su mesa de amor... mientras que yo permanezco en mi vergüenza! ¡Pero su hora vendrá! Pronto dejará de estar sentado entre los suyos y será

clavado sobre la cruz, solitario, traicionado por ellos. Y estará allí tan desnudo como yo, igualmente escarnecido. Expuesto a las miradas de todos, burlado e injuriado. ¿Por qué no? ¿Por qué no habría de ser tratado lo mismo que yo? Siempre ha estado rodeado de amor, alimentado de amor..., mientras que yo me alimentaba de odio. El odio ha sido mi alimento desde mi primer instante; he absorbido su savia amarga; he descansado sobre un seno materno lleno de hiel, mientras que a él lo alimentaba la dulce madonna, la más dulce, la más tierna de todas las mujeres, y bebía la leche más deliciosa que haya gustado jamás un ser humano. Allí está, sentado, inocente y bondadoso, sin imaginar que haya quien lo odie o quiera hacerle daño. ¿Por qué no? ¿Por qué a él no? Se cree amado por todos los hombres de la tierra por haber sido engendrado por su padre celestial. ¡Qué ingenuidad! ¡Qué infantil ignorancia! Por eso, precisamente, no lo aman. A la humanidad no le agrada ser dominada por Dios.

Yo lo miraba todavía cuando, librado de mi posición espantosamente ultrajante, me detuve un instante junto a la puerta de esa habitación infernal en la que había sido víctima de la más profunda humillación. "¡Pronto serás vendido por algunos escudos a las nobles y sublimes gente -pensé-, lo mismo que yo!"

Y lleno de rabia, di un portazo sobre él y sobre su gran maestro Bernardo que, absorto en la contemplación de su obra tan apreciada, parecía haberse olvidado ya de mi existencia después de haberme hecho sufrir tan crueles tormentos.

Prefiero no acordarme de mi visita a Santa Croce, pero hay algo que no puedo olvidar. Mientras me vestía no pude dejar de ver algunos dibujos, diseminados por todas partes, que representaban los seres más extraños; monstruos que nadie ha visto y que tampoco pueden existir. Eran algo entre hombre y bestia, mujeres con grandes alas de murciélago extendidas entre sus dedos largos y velludos; hombres con rostro de lagarto y piernas y cuerpo de sapo; otros con cabeza de buitre y con garras en vez de manos, que saltaban como

demonios; algunos que no eran ni hombres ni mujeres y parecían monstruos marinos con ondulantes tentáculos y ojos fríos y perversos como los de los hombres. Me sentía fascinado por esas imágenes espantosas cuyo recuerdo me persigue todavía. ¿Cómo puede su imaginación ocuparse de semejantes monstruos? ¿Por qué evoca esas repelentes figuras de pesadilla? ¿Responderá eso a una necesidad interior que le hace sentirse atraído por lo que justamente no existe en la naturaleza? No sé.

¿Cómo un ser bien equilibrado puede concebir cosas tan horribles y complacerse en ellas?

Cuando se mira su rostro altanero, del que puede decirse que es a un mismo tiempo digno y refinado, no es posible pensar que sea el autor de esas imágenes, Y, sin embargo, así es. Semejante contraste inclina a la reflexión. Como todas las cosas que ha creado, esos seres siniestros también deben estar dentro de él.

Tampoco puedo olvidar la expresión que tenía mientras hacía mi retrato. Parecía transformado en otro ser distinto, con una mirada hiriente y helada, y una cara cruel que le daba un aire demoníaco.

No es, pues, tal como quisiera parecer. En eso se asemeja a los demás hombres.

Es inconcebible que pueda ser el mismo individuo que ha pintado el Cristo que allí está sentado, tan luminoso y puro, presidiendo esa cena de amor.

Esta noche, cuando Angélica cruzaba la galería, el príncipe le pidió que se sentara un momento con su trabajo de encaje que había venido a buscar. Obedeció con desagrado aunque sin atreverse a manifestar su contrariedad. Angélica huye de la vida de la corte de tal modo que no se diría que es hija de príncipe. Además, quién sabe si lo es. Bien podría no ser más que una bastarda. Pero maese Bernardo lo ignora. Mientras estaba allí sentada delante de él, con los ojos bajos y la boca estúpidamente abierta, la contemplaba como

si fuera algo notable: para él todo es notable. ¿Tal vez la juzga un prodigio de la naturaleza, como yo, o como a una de esas piedras que le parecen tan preciosas que las recoge para admirarlas mejor? Permaneció silencioso y parecía verdaderamente emocionado. Esta pausa en la conversación hacía casi penosa.

No veo qué pudo impresionarlo. Tal vez se compadecía de Angélica porque no es bonita, ya que él sabe lo que es y lo que significa la belleza. Tal vez por eso había algo de piadoso en su mirada. No lo sé, y tampoco me importa.

Por cierto que la joven sólo quería retirarse lo antes posible, y tan pronto como el príncipe le concedió el permiso para hacerlo, se levantó tímidamente y echó a andar con esos movimientos desgarbados que le son habituales. Camina siempre como un niño. Es inaudito hasta qué punto carece de gracia.

Angélica estaba vestida tan simplemente como de costumbre, casi pobremente. A ella no le importa cómo viste, y a los demás tampoco.

El gran maestro Bernardo no debe gozar de ninguna tranquilidad interior cuando trabaja. Más de una vez comienza una obra pero no la termina. ¿A qué se debe eso? Debería entregarse por completo a esa Cena, para acabarla alguna vez, pero no lo hace. Quizá se ha cansado. Ahora comienza a pintar a la princesa.

Ella hubiera preferido no posar. Es el príncipe quien lo ha deseado. No es difícil comprenderla. Uno puede contemplarse en un espejo, es verdad, pero a condición de que la imagen se desvanezca cuando uno se aleja, para que ningún extraño pueda captarla.

¡Uno no se pertenece a sí mismo! ¡Qué espantoso pensamiento! ¡Nadie se pertenece a sí mismo! Todo pertenece a los demás. ¿No es uno dueño de su propio rostro? ¿Es de cualquiera que lo mire? ¿Y el cuerpo? ¿Pueden los demás apropiarse de nuestro propio cuerpo? No puedo aceptar una idea semejante.

Yo quiero ser el único propietario de todo lo que es mío. Nadie tiene el derecho de apoderarse de eso. Lo que es mío no puede ser más que mío. Y debe serlo hasta después de mi muerte. Nadie tiene por qué investigar en mis órganos, aunque sean menos repugnantes que los de Francesco.

Maese Bernardo, que todo lo escudriña con una curiosidad apasionada, me resulta execrable. ¿Para qué sirve eso? ¿Qué propósito razonable puede haber en ello? La idea de que este hombre guarda en su memoria una imagen mía me es intolerable, es como si le hubiera pertenecido; es como si ya no fuera el único dueño de mí mismo, como si algo mío hubiera quedado en Santa Croce, en medio de sus monstruos repugnantes.

He aquí que la princesa también debe prestarse para que le hagan su retrato. ¿Por qué no habría de sufrir ella también la misma afrenta que he sufrido yo? La idea de que ella también estará expuesta a la impúdica mirada del artista es algo que me regocija.

Pero, ¿qué interés puede despertar esta cortesana? Yo, que la conozco mejor que nadie, jamás he descubierto en ella nada interesante.

Veremos adónde llega. Eso no me preocupa.

No creo que sea un verdadero conocedor de la naturaleza humana.

Maese Bernardo me ha sorprendido, y tanto, que he pasado la noche reflexionando.

El príncipe y él han conversado anoche, como de costumbre, abordando temas que les son familiares. Pero es fácil advertir que el maestro estaba de humor un tanto sombrío. Acariciándose la gran barba con la mano, parecía sumido en pensamientos que no le proporcionaban satisfacción alguna. Sin embargo, hablaba con pasión, con fuego, aunque ese fuego estuviera cubierto de cenizas. No tenía su semblante habitual. Se hubiera podido creer que escuchábamos a un hombre distinto.

Después de todo -decía-, el pensamiento humano tiene un dominio muy reducido. Sus alas son fuertes, pero el destino que nos las ha dado es aun más fuerte. No nos deja escapar ni llegar más allá de lo que su voluntad permite. Nuestro recorrido está determinado, y tras un corto vuelo que nos llena de esperanza y de alegría somos rechazados hacia abajo, lo mismo que el halcón tirado por la cuerda del halconero. ¿Cuándo alcanzaremos la libertad? ¿Cuándo se cortará la cuerda para que pueda el halcón volar a las alturas?

"¿Cuándo? ¿Sucederá esto alguna vez? ¿O será el secreto de nuestro destino estar siempre ligados a la mano del halconero? Si algún cambio se produjera, escaparíamos a la condición humana, y nuestro destino no sería un destino humano.

"Sin embargo, estamos hechos de tal manera que siempre sentimos la atracción del espacio, creyéndonos capaces de movernos en él. Y él se abre perpetuamente ante nosotros como algo completamente real. Y es verdaderamente tan real como nuestro cautiverio.

"¿Por qué, pues, existe este infinito si nosotros no podemos alcanzarlo? ¿Cuál es el sentido de esta ilimitada grandeza que existe en torno de nosotros, en torno de la vida, si somos como prisioneros impotentes, si la vida permanece confinada en sí? ¿Por qué lo inconmensurable? ¿Por qué estas inmensidades rodean nuestro pequeño esquiife, nuestro minúsculo destino? ¿Somos, por eso, más felices? No lo diría. Parece, más bien, como si fuéramos aun más desgraciados", concluyó.

Yo observaba de cerca su expresión melancólica y el raro cansancio de su mirada envejecida.

"¿Nos hace más felices la búsqueda de la verdad? -prosiguió-. No lo sé. La busco y la he buscado sin tregua, toda mi vida; he creído alcanzarla alguna vez; he creído percibir un poco de su limpio cielo; pero ese cielo jamás se ha abierto realmente para mí; ni mis ojos pudieron nunca medir ese espacio infinito sin cuyo conocimiento no puede comprenderse nada. Eso no nos está permitido; por consiguiente, todos mis esfuerzos han sido vanos. Todo lo que he inten-

tado se ha realizado a medias, solamente, Pienso en mis obras con dolor, y los demás deben consideradas con melancolía, como se contempla una estatua que no es más que un torso. Todo lo que he creado permanece incompleto. No dejaré tras de mí más que lo inacabado.

"¿Es esto sorprendente?"

"Es el destino de la humanidad. La inevitable suerte de los esfuerzos y los trabajos humanos, ¿Es esto algo más que un esfuerzo, un esfuerzo hacia algo que no puede alcanzarse, que no nos está permitido alcanzar? Toda nuestra cultura no es más que una tentativa hacia algo inaccesible que sobrepasa infinitamente nuestras posibilidades de realización. Ahí está, tronchada, trágica como un torso. ¿No será nuestro propio espíritu algo así como un torso?"

"¿Para qué sirven nuestras alas si nunca podemos volar? Se convierten en una carga en vez de servir para la liberación. Nos pesan. Las arrastramos, y acabamos por detestadas.

"Y sentimos una especie de alivio cuando el halconero, fatigado de su juego cruel, nos cubre la cabeza con un capuchón, y entonces ya no vemos nada más,"

Maese Bernardo permanecía abatido y sombrío, con una expresión de amargura, y en sus ojos brillaba un fuego inquietante. Yo estaba extremadamente asombrado. ¿Era éste el mismo hombre que, no hacía mucho, entusiasmado por la ilimitada grandeza de la humanidad, predecía que ella reinaría un día como soberana todopoderosa de su magnífico reino, y la describía casi como igual a los dioses?

No lo entiendo. No lo entiendo nada.

El príncipe escuchaba como fascinado por las palabras de su gran maestro, aun cuando fueran tan diferentes de aquellas que otrora salieron de su misma boca. Pensaba en todo como Bernardo. Podía decirse que era un alumno dócil.

¿Cómo conciliar esto con aquello? ¿Cómo podían conciliar tales contradicciones y hablar de todo con la misma profunda convicción? Para mí, que no cambio jamás, esto es incomprensible.

Pasé la noche tratando de comprender a esos dos hombres, pero fue en vano. Ni siquiera he sacado conclusión alguna de todo esto.

¿Es grande y maravilloso el ser hombre, y hay que regocijarse por ello? ¿O es algo despojado de esperanza y desprovisto de sentido?

¿Cómo responder?

Ha dejado de trabajar en el retrato de la princesa. Dice que no puede terminarlo, que hay en ella algo que no alcanza a comprender. Esta obra quedará también inacabada. Como la Cena, como todo lo que emprende.

Un día tuve la suerte de ver el cuadro en el salón de la princesa y no le encuentro ningún defecto. Me parece notable. La ha pintado tal como es: una cortesana de edad madura. Es de un parecido diabólico. Ha puesto todo: la cara sensual, los pesados párpados, la sonrisa lasciva y un tanto indecisa. En esa tela está terriblemente desmascarada el alma entera de la princesa.

Después de todo, maese Bernardo es un gran conocedor del ser humano.

¿Qué le falta a ese retrato? Él dice que le falta algo. ¿Qué? ¿Algo esencial, con lo que no sería verdaderamente la misma? ¿Qué podrá ser? No entiendo.

Pero si afirma que el cuadro está incompleto, así debe ser. Ya ha manifestado que todo lo suyo quedará sin terminar; que todas las cosas son apenas una tentativa hacia algo que nunca se puede alcanzar; que toda la cultura humana es sólo un anhelo hacia algo irrealizable. Y que, por consiguiente, todo carece de sentido.

Así es, indudablemente. ¿Qué aspecto presentaría la vida si no careciera de sentido? La falta de sentido es la base sobre la cual descansa. ¿Qué otra podría sostenerla sin vacilar? Una gran idea puede ser minada por otra gran idea y, después, volatilizada, aniquilada.

Pero la falta de sentido permanece inaccesible, indestructible, inamovible. Es una verdadera base, por eso ha sido elegida. ¡Que haya sido necesario razonar tanto para comprenderlo!

Todo eso lo sé yo por instinto. Es un conocimiento que forma parte de mi ser.

Algo pasa aquí, aunque no puedo decir qué. Siento como una inquietud en el aire. No es que esté realmente sucediendo algo, no, pero es como si algo pudiera acontecer.

Aparentemente todo está en calma. La vida de palacio sigue su curso normal. Es hasta más tranquila que de costumbre porque hay pocos huéspedes, y porque las recepciones habituales de la temporada no se realizan. Pero no sé..., tengo la impresión de que algo raro se prepara.

Por más que permanezco atento a todo, y que observo todo, no logro descubrir nada especial. En la ciudad tampoco se advierte nada insólito. Todo es como siempre. Y, sin embargo, algo hay; estoy seguro.

Será mejor que espere pacientemente lo que tiene que suceder.

El condotiero Boccarossa ha partido y el palacio Geraldini ha quedado desocupado. Nadie sabe adónde ha ido. Se diría que se lo ha tragado la tierra. Podría suponerse que el príncipe y él se han disgustado. Para muchos ha sido inexplicable que mi amo, con su gran cultura, haya podido buscar la compañía de un individuo tan torpe. Yo no comparto esa opinión porque, si bien es cierto que Boccarossa es brutal y el príncipe refinado, mi señor también descende de una familia de condotieros, aunque todo el mundo parece haberlo olvidado. Y no hace mucho que sus antepasados eran condotieros; apenas unas cuantas generaciones. ¿Qué significan unas cuantas generaciones?

Yo no diría que pueda serles muy difícil entenderse.

No pasa nada, pero la atmósfera está pesada. Lo siento y no me puedo engañar. Aquí tiene que suceder algo.

El príncipe parece estar afiebradamente ocupado. Pero, ¿en qué? Recibe a muchos visitantes, y con algunos mantiene largos conciliábulos secretos sin que se produzca ninguna indiscreción. ¿Qué puede tenerlos tan agitados?

También llegan mensajeros que, con toda clase de precauciones, se deslizan por la noche en el palacio. Es enorme la cantidad de gentes que van y vienen y cuya misión ignoro: gobernadores, ministros, coroneles, jefes de antiguos clanes -esas viejas familias guerreras que los antepasados del príncipe sometieron un día-. Ya no puede decirse que la calma reine en palacio.

Maese Bernardo parece no tener nada que ver con lo que está pasando. Es una clase de hombres completamente distinta la que goza de la confianza del príncipe. En todo caso, el anciano sabio ya no desempeña el mismo papel.

No puedo menos que aprobar esto porque estaba ocupando demasiado lugar en la corte.

Mi presentimiento de que algo raro se estaba preparando ha quedado demostrado. Ya no hay dudas al respecto.

Una cantidad de cosas que no es posible ignorar lo comprueban. Los astrólogos han sido convocados por el príncipe y se han quedado largo tiempo: Nicodemus, el astrólogo de la corte, y los otros charlatanes de largas barbas que aquí viven de parásitos. Es un signo sobre el cual no es posible equivocarse. Además, el príncipe ha mantenido conversaciones con los enviados de los Médicis, con los delegados de la república veneciana de mercaderes, y con el arzobispo representante del Papa. Hay, asimismo, otras cosas que han llamado mi atención estos últimos días y todas parecen orientarse en el mismo sentido.

Debe existir algún plan de guerra. Y es probable que se haya consultado a los astrólogos para saber si los astros serían favorables a la empresa. Ésta es una precaución elemental que ningún soberano descuida. Esos infelices habían sido alejados de la corte durante el período en que el príncipe estaba siempre con maese Bernardo, quien, por cierto, cree también en el poder de las estrellas, pero parece tener sobre el particular un punto de vista que los señores barbudos consideran como diabólicas herejías. Por el momento, es evidente que el príncipe juzga más conveniente inclinarse hacia los ortodoxos. Éstos vuelven, pues, a pavonearse delante de nosotros, hinchados con el sentimiento de su importancia. Y las negociaciones que se efectúan con los representantes tienden a asegurarnos la solidaridad o, por lo menos, la benevolencia de los otros estados.

A mi parecer, la actitud del Santo Padre es la más importante: ninguna empresa humana puede llevarse a cabo sin la bendición divina.

Espero que la haya concedido, pues deseo ardientemente que la guerra estalle, por fin, de nuevo.

¡La guerra! Mi olfato, que ya antes ha conocido su olor, vuelve a sentirlo ahora por todas partes, en la tensión de los espíritus, en el misterio que rodea los preparativos, en la fisonomía de las gentes, hasta en el aire que se respira. Hay algo excitante que reconozco bien. Uno revive después de este período aplastante en el que nada acontecía y en el que sólo había una locuacidad interminable. Satisface ver que la gente pueda hacer otra cosa que hablar.

En el fondo, todos los hombres quieren la guerra, pues ella trae consigo una especie de simplificación que constituye un alivio para el espíritu. Todos los hombres encuentran que la vida es demasiado complicada. Sus formas de vida lo son, ciertamente, pero la vida, en sí misma, no sólo no es complicada, sino que, al contrario, se distingue por su gran simplicidad. Por desgracia no lo entienden así, ni comprenden que mejor sería dejarla tranquila en vez de tratar de

utilizarla para mil propósitos extravagantes. De todos modos, sienten que el solo hecho de vivir ya es algo maravilloso.

Por fin el príncipe ha salido de su letargo. Su rostro está lleno de energía, con su barba recortada en abanico, sus mejillas pálidas y flacas, y su mirada sagaz como la de un ave de rapiña que todo lo percibe en torno de él. Está sin duda al acecho de su presa favorita: el enemigo tradicional de su clan.

Hoy lo miraba subir apresuradamente las escaleras del palacio, seguido de cerca por el capitán de la guardia. Creo que estaban en tren de inspeccionar ciertos preparativos militares. Llegados a la entrada, arrojó su capa al servidor que se precipitó a su encuentro, y allí se detuvo, con su jubón rojo, firme y elástico como la hoja de una espada, y una sonrisa altanera sobre sus finos labios. Tenía el aspecto de alguien que se quita un disfraz. Todo en él denotaba una indomable energía. Todo en él revelaba al hombre de acción.

Yo siempre supe que lo era.

Los astrólogos han declarado que el momento era propicio para la guerra y que no podía ser mejor elegido. Descifrando el horóscopo del príncipe han comprobado que había nacido bajo el signo del León. Lo que no es ninguna novedad puesto que ese dato se conocía desde su nacimiento. Considerado como un buen augurio esto ha excitado la imaginación de cuantos lo rodean y ha provocado la admiración, como también la angustia, entre sus súbditos. De allá viene que el príncipe se llame León. Ahora bien, Marte y León han entrado en conjunción en el momento actual, y pronto la estrella roja del dios de la guerra alcanzará a la poderosa constelación de mi señor. Otros fenómenos celestes que también ejercen una influencia sobre el destino del príncipe le son igualmente favorables. Los astrólogos pueden, por consiguiente, garantizar con una certeza absoluta el éxito de la empresa militar. Sería casi imperdonable no aprovechar esta ocasión excepcional.

A mí no me sorprenden tales predicciones puesto que ellas siempre concuerdan con los deseos del príncipe, particularmente desde que el padre de mi señor hizo apalear a uno de sus intérpretes celestes por haber afirmado que un desastre amenazaba la dinastía porque sus cálculos le permitieron descubrir que una mala estrella, arrojando fuego a su paso, habíase mostrado en el cielo en el momento mismo en que el primer antepasado subía las ensangrentadas gradas del trono, predicción que parece haberse realizado en la dinastía de mi señor tanto como en cualquier otra.

Los astrólogos no me asombran, ya lo he dicho, y por esta vez estoy contento con ellos. Aparentemente son versados en su ciencia y al fin sirven para algo. Porque es importante que el príncipe, los soldados y el pueblo entero crean que las estrellas simpatizan con su empresa y se interesan por ella. Ahora las estrellas han hablado y todo el mundo se regocija por lo que han dicho.

Yo no converso jamás con las estrellas, pero los hombres sí.

Estoy otra vez muy sorprendido con maese Bernardo. Anoche el príncipe y él han reanudado aquellas conversaciones íntimas de antes que suelen prolongarse hasta mucho después de medianoche, lo que ha venido a demostrarme que el sabio, contrariamente a lo que yo suponía, no ha perdido su influencia, así como sus profundas meditaciones no lo han apartado del presente ni del complicado mundo de la realidad. Nada de eso. Yo estaba muy equivocado.

Es una equivocación que me irrita porque nadie conoce ni penetra los hombres mejor que yo.

Cuando me llamaron para atenderlos y servirles el vino, como de costumbre, ambos estaban inclinados sobre unos dibujos rarísimos cuyo significado al principio no pude descubrir. Después tuve ocasión de verlos mejor, así como de escuchar la explicación de los mismos en el curso de la velada. Representaban unas terribles máquinas de guerra destinadas a sembrar el terror y la muerte en las filas enemigas; carros de combate armados de cuchillas que llena-

rían la tierra de miembros humanos, y otros inventos diabólicos, también colocados sobre ruedas, que penetrarían en los cuadros enemigos, arrastrados por caballos lanzados a la carrera, y que ni el mayor coraje podría detener; vehículos blindados que utilizarían los tiradores, perfectamente protegidos, y que, según las explicaciones de su inventor, podrían quebrar el frente más sólido y abrir una brecha para que la infantería cumpliera luego su misión. Había allí unos aparatos mortíferos tan espantosos que no comprendo cómo fue posible siquiera imaginarlos, y cuyo sistema de funcionamiento no captaba muy bien dado que nunca pude consagrarme al arte de la guerra. También figuraban morteros, bombardas y culebrinas que arrojaban fuego, piedras y bolas de hierro para arrancar las cabezas y los brazos de los soldados, y todo eso estaba descrito tan minuciosamente y con tanto realismo que su simple representación despertaba un extraño interés. El sabio explicó detalladamente la obra destructora que podían efectuar esas máquinas, y lo hizo con la misma calma con que acostumbra hablar de cualquier otra cosa. Se veía que le hubiera gustado observar cómo funcionarían en la realidad, lo que bien se comprende puesto que es el inventor.

Todo eso lo había hecho maese Bernardo al mismo tiempo que se ocupaba de muchas otras cosas, como, por ejemplo, de investigar los secretos de la creación arrancando los pétalos de las flores; contemplando las piedras maravillosas; hurgando en el cuerpo de Francesco al que una noche, durante la conversación, calificó de obra maestra y misterio insondable de la naturaleza; pintando la Cena de Santa Croce con el Cristo supraterráneo rodeado por sus discípulos, presidiendo la cena de amor en común, y con Judas, el que debía traicionarlo, agazapado en un rincón.

Y todo lo había cautivado y absorbido por igual. ¿Por qué no habría de entusiasmarse tanto por sus excepcionales máquinas como por lo demás? Es posible que el cuerpo humano sea una construcción muy ingeniosa, aunque a mí no me parezca, pero una máquina también lo es, y, sobre todo, es una creación personal.

Más que, por las siniestras máquinas mortíferas, que a mi parecer serían las más eficaces puesto que su sola presencia pondría en fuga a todo un ejército, el príncipe se interesaba especialmente por aquellas que, sin poner en evidencia una imaginación tan poderosa y macabra, ejercerían, según él, una acción decisiva.

"Las otras -expresó- pertenecen al porvenir." Lo práctico era limitarse a las que pudieran ser utilizadas desde ahora: aparatos para escalar fortalezas, nuevos procedimientos para hacer saltar por el aire los bastiones, ingeniosos perfeccionamientos, aún desconocidos por el enemigo, de las catapultas y de la artillería de sitio; y todas esas cosas de las que antes hablaron tanto y que, en parte, ya habían hecho fabricar.

Todo ese material imponente, esa increíble riqueza de ideas, esa imaginación tan fecunda e ilimitada, provocaron la admiración del príncipe, que elogió con entusiasmo el inmenso genio del sabio. Efectivamente, éste nunca había mostrado mejor la capacidad de su pensamiento y de su espíritu creador. Pasaron la noche sumergidos en ese mundo de la fantasía, entregados a un inflamado intercambio de ideas, lo mismo que en otras provechosas veladas anteriores. Y yo los escuchaba con placer porque por una vez mi alma también estaba llena de entusiasmo y de admiración.

Ahora comprendo perfectamente por qué el príncipe hizo venir a Bernardo, y por qué se conduce con él como lo hace, tratándolo de igual a igual, y dándole muestras de su gran deferencia y de su halagadora atención. Comprendo también su vivo interés por todos los sabios esfuerzos de Bernardo, sus investigaciones de la naturaleza, el fabuloso bagaje de sus conocimientos, tanto útiles como superfluos, y el delicado juicio sobre su arte, sobre la Cena de Santa Croce, y las demás obras que ocupan a este hombre omnisciente. ¡Lo comprendo perfectamente!

¡Es un gran príncipe!

Anoche tuve un sueño desagradable. Me pareció ver a maese Bernardo de pie en la cima de una alta montaña, enorme e imponente, con sus cabellos grises y su extraordinaria frente de pensador, mientras alrededor de él revoloteaban innumerables monstruos con alas de vampiros, todas esas deformes criaturas que había visto en sus dibujos de Santa Croce. Describían círculos en torno de él, como demonios, y era como si él los condujera. Sus rostros fantasmagóricos veíanse como de lagartos y de sapos, mientras que el suyo permanecía grave, austero y noble como siempre. Conservaba su aspecto habitual. Pero poco a poco fue transformándose su cuerpo, fue volviéndose achaparrado y deforme, y le crecieron a los costados unas alas rugosas unidas a unas piernas pequeñas, como las de los murciélagos. Con la misma expresión altanera fijada sobre su rostro, empezó a batir las alas y junto con los otros monstruos horribles voló, como pudo, hacia las tinieblas.

A mí no me preocupan los sueños. No significan nada y me dejan completamente indiferente. Lo único que significa algo es la realidad.

Es indudable que este hombre debe tener alguna deformidad: hace tiempo que lo he adivinado.

¡El condotiero Boccarossa ha cruzado la frontera a la cabeza de cuatro mil hombres! ¡Ya ha penetrado dos leguas en el interior del país enemigo sin que Il Toro, completamente derrotado por la invasión, haya podido hacer nada para defenderse!

Ésta es la noticia inaudita que hoy ha caído sobre la ciudad como un rayo, el insólito acontecimiento que ocupa todas las mentes. Con el más absoluto secreto ha reclutado el célebre condotiero sus tropas de mercenarios en las inaccesibles regiones de la frontera sur, y con diabólica astucia ha preparado el ataque que con tanto éxito ha realizado. Nadie sospechaba nada, ni siquiera nosotros, excepción hecha del príncipe, que es el auténtico inspirador de este genial plan

de ataque. Todo esto resulta casi inconcebible. Cuesta creer que la noticia sea verdadera.

Ahora la casa de los Montanza tiene contados sus días, y el despreciable Ludovico, que según se dice es tan odiado por su propio pueblo como por nosotros, será el último de su infame dinastía tan pronto como le rompan su cabeza toruna.

Él y todos sus pillastres estaban completamente ajenos a lo que les esperaba. Por cierto que algo debió sospechar de los proyectos del príncipe, pero al ver que entre nosotros no se organizaba ningún ejército, ha continuado dejándose mecer por la ilusión de su seguridad. Además, todo podía esperarlo menos un ataque por ese lado del país, donde el terreno parece inaccesible, y tanto que ni siquiera había pensado en fortificarlo.

¡Es el fin de Il Toro! ¡La hora de ajustarle las cuentas se aproxima!

En la ciudad reina una atmósfera indescriptible. La gente se agrupa en las calles, gesticula, hace comentarios inusitados, o bien asiste silenciosamente al desfile de las tropas. Las del príncipe empiezan a reunirse sin que nadie sepa de dónde salen: es como si brotaran de la tierra. Se comprueba que todo ha sido preparado con la mayor cautela. Las campanas han sido echadas a vuelo. Las iglesias están tan llenas de fieles que es difícil entrar en ellas. Los sacerdotes elevan al cielo fervientes plegarias por la guerra poniéndose en evidencia que esta empresa cuenta con la bendición de la Iglesia. No podía ser de otra manera puesto que va a coronarse de gloria.

Todo el pueblo se regocija. Especialmente en la corte, el entusiasmo y la admiración por el príncipe no conocen límites.

Nuestras tropas franquearán la frontera por el ancho valle fluvial del este, el camino clásico de las invasiones. Basta con un día de marcha para ganar la llanura, donde el terreno, empapado ya de sangre gloriosa, permite una campaña regular. Allí se reunirán con el ejército del condotiero. Tal es el plan. ¡Lo he adivinado!

En realidad, no estoy seguro de que ése sea el plan, pero, cazando al vuelo las palabras, una por aquí, otra por allá, he llegado a esta conclusión. No me ocupo más que de averiguarlo todo: escucho detrás de las puertas, me escondo en los muebles y detrás de los cortinados para informarme tanto como sea posible sobre los grandes acontecimientos que se aproximan.

¡Qué plan de ataque! Su éxito está absolutamente asegurado. Cierto es que hay fortificaciones por aquel lado de la frontera, pero caerán. Es posible que al ver que toda resistencia es inútil, sus defensores no vacilen en rendirse. Y si es preciso tomarlas por asalto, ellas no podrán detenernos. Nada podrá detenernos porque nuestro ataque sorpresivo ha sido demasiado imprevisto.

¡Qué magnífico general es el príncipe! ¡Qué zorro listo! ¡Qué astucia! ¡Qué previsión! ¡Y qué grandiosidad en todo ese plan de campaña!

¡Me siento lleno de orgullo de ser el enano de semejante príncipe!

Todos mis pensamientos giran en torno de una sola y única preocupación: ¿cómo podría yo ir a la guerra? Es imprescindible que vaya. Pero ¿cómo podría realizar dicho sueño? Carezco en absoluto de preparación militar en el sentido habitual del término. Nada sé de lo que se le exige a un oficial y ni siquiera a un simple soldado; a pesar de lo cual bien puedo portar armas y manejar la espada como un hombre. La mía es tan buena como la de cualquiera, quizá no tan larga, pero las espadas cortas no son las menos peligrosas. ¡Ya lo verá el enemigo!

Me enferma la obsesionante idea de que puedan dejarme en casa con las mujeres y los niños y no estar presente cuando al fin pase algo. Y quizá la más grande matanza ha comenzado ya.

¡Tengo una sed de sangre que me quema!

¡Iré! ¡Iré!

Esta mañana reuní todo mi coraje y le confié al príncipe mi ardiente deseo de tomar parte en la campaña. Le expresé mi súplica con tanto fervor que pude observar la impresión que le ocasionaba. Tuve

además la suerte de caer en un momento en que se encontraba en favorable disposición de ánimo. Se pasó la mano por el cabello, como suele hacerlo cuando está de buen humor, y sus negros ojos relucieron al mirarme.

-Por cierto que iré a la guerra -me dijo. Está resuelto a tomar parte en ella, y, naturalmente, me llevará-. ¿Puede un príncipe pasarse sin su enano? ¿Quién le serviría su copa de vino? -añadió dirigiéndome una sonrisa juguetona.

¡Iré! ¡Iré!

Ocupo una tienda en la cima de una colina rodeada de algunos pinos y desde donde se tiene una excelente vista del enemigo acampado en la planicie. La tela de la tienda, que ostenta los colores del príncipe en anchas franjas rojas y doradas, cruje al viento con un ruido excitante como una marcha militar. Visto una armadura completamente igual a la del príncipe, coraza y casco y, del lado derecho, llevo mi espada suspendida a un cinturón de plata. La puesta del sol se aproxima y por un instante me encuentro solo. A través de las aberturas de la tienda oigo las voces de los jefes exponiendo el plan de ataque de mañana así como, más lejos, el canto intrépido y melodioso de los soldados. Allá abajo, sobre la planicie, diviso la tienda blanca y negra de Il Toro. A tal distancia sus hombres parecen tan pequeños que dan la impresión de ser inofensivos. Más lejos, al oeste, caballeros sin armaduras, el torso desnudo, abrevan sus caballos en el río.

Nosotros estamos en campaña desde hace más de una semana. Grandes acontecimientos han marcado este período. Las operaciones se han desarrollado como yo las había previsto. Hemos tomado por asalto las fortalezas de la frontera después de haberlas bombardeado con las maravillosas culebrinas de maese Bernardo, cuya eficacia hasta ahora nadie había podido comprobar. Ante este terrible cañoneo los sitiados se han rendido, espantados. Las insuficientes fuerzas que Il Toro había enviado apresuradamente contra noso-

tros, y que tuvo que restar de las que estaban destinadas a impedir el avance de Boccarossa, las atacamos repetidas veces, obteniendo la victoria en todas esas acciones. El enemigo nos era muy inferior en número. Entretanto, el ejército de Boccarossa, que halló ante sí una resistencia cada vez más débil, se abrió camino hasta la llanura, incendiando, pillando y arrasándolo todo a su paso, y siguió luego hacia el norte para unirse con nosotros. Ayer a mediodía se realizó este contacto tan deseado y de importancia capital para la prosecución de las operaciones. Ahora estamos reunidos sobre la colina, entre la planicie y la montaña, y formamos en conjunto un ejército de más de quince mil hombres, de los cuales dos mil son de caballería. Yo estuve presente durante el encuentro del príncipe con su condottiero. Ésa fue una hora histórica absolutamente inolvidable. El príncipe, que en estos tiempos se ha rejuvenecido en tal forma que todos están maravillados, llevaba una magnífica armadura, con coraza y bandas de plata dorada. Dos plumas, una amarilla y otra roja, se balanceaban sobre su casco, mientras rodeado de sus principales jefes saludaba cortésmente a su célebre hermano de armas. Su semblante pálido y aristocrático mostraba, por excepción, un ligero tinte rosado, y en sus delgados labios descansaba una sonrisa franca y cordial aunque, como siempre, un poco reticente.

Enfrente del príncipe se erguía Boccarossa, vigoroso y macizo, como un gigante. Tuve la extraña impresión de no haberlo visto nunca antes. Volvía del combate. Llevaba una armadura de acero que resultaba sencilla en comparación con la del príncipe y cuyo único ornamento era una cabeza de bronce sobre su coraza, una cara de león, cuya lengua salía de las enormes fauces abiertas. El casco, sin cimera ni adorno alguno, se ajustaba apretadamente a la cabeza, y esta cabeza me parecía la más temible que hubiera contemplado jamás. La mandíbula de ese tosco rostro marcado de viruela era suficiente para inspirar temor. Los gruesos labios de color rojo oscuro apretábanse en una boca que se diría imposible de abrir; y la expresión que se ocultaba en el fondo de sus ojos debía someter al adversario sin necesitar siquiera manifestarse más. Sólo mirarlo

intimidaba. Pero de cuantos hombres he encontrado, ninguno como él me ha causado la impresión de ser todo un hombre. Debo confesar que nunca se me borrará la impresión que me produjo. Fue para mí como una revelación, aunque no sé de qué. Tal vez de la humanidad cuando es realmente capaz de algo. Yo lo observaba, fascinado, con mi vieja mirada que ya lo ha visto todo, la de mis ojos de enano en los que yace una experiencia milenaria. Se mostraba taciturno. No decía casi nada. Eran los otros los que hablaban. Una vez, por casualidad, sonrió a una frase del príncipe. No sé por qué digo que sonrió, pero era eso que en los demás se llama sonrisa.

Me pregunto si, como yo, es incapaz de reír.

No tiene el rostro liso como los otros. No es un recién nacido; es vieja su estirpe, aunque no tanto como la mía.

Encuentro que, a su lado, el príncipe resulta insignificante. Lo digo a pesar de que mi admiración por mi señor, que tantas veces he proclamado últimamente, es en realidad profunda.

Anhelo ver a Boccarossa en el combate.

Mañana temprano tendrá lugar la gran batalla. Era de suponer que el ataque debería efectuarse tan pronto como los dos ejércitos se encontraran frente a frente, y antes de que Ludovico pudiera cobrar ánimo y reunir sus fuerzas dispersas tal como lo está haciendo. Así se lo indiqué al príncipe, pero me respondió que primeramente las tropas debían descansar un poco. "Además -agregó- hay que mostrarse caballeresco con el adversario y darle tiempo para colocarse en orden de batalla antes de entablar un combate tan importante." Yo le expuse mis inmensas dudas sobre la prudencia y la oportunidad de semejante estrategia. "Sea prudente o no -me respondió- soy un caballero y debo actuar como tal. Tú no entiendes de esto." Nunca es posible conocer a fondo a este hombre extraño. Estoy pensando cuál será la opinión de Boccarossa sobre este punto.

No quedan dudas de que Il Toro ha aprovechado bien el tiempo. Lo hemos podido observar todo el día desde nuestra posición. Se ha procurado refuerzos de todas partes.

Pero de todos modos el triunfo será nuestro, eso es seguro. Y hasta quizá sea mejor que reúna mucha gente, pues así abatiremos más. Mientras mayor es el número de los enemigos, mayor es también la victoria. Debería comprender que va a ser derrotado y que más le convendría tener menos soldados, pero es orgulloso y un incurable empecinado.

Sin embargo, sería un grave error no considerarlo peligroso. Es un gran general, astuto, inescrupuloso y lleno de recursos. Habría sido un enemigo temible si la guerra no lo hubiera sorprendido en forma tan imprevista. Cada vez es más visible la importancia que ha tenido lo repentino de nuestro ataque.

Conozco en detalle el plan de acción preparado para mañana. Nuestro ejército, es decir, el del príncipe, atacará por el centro, y Boccarossa por el flanco izquierdo. Así formaremos no uno, sino dos frentes, dado que contamos con dos ejércitos a nuestra disposición. Por consiguiente, el enemigo también se verá obligado a batirse en dos frentes, lo que representará para él dificultades que no existen para nosotros. No es posible dudar sobre los resultados, pero, naturalmente, tendremos también algunas pérdidas. Creo que va a ser una acción muy sangrienta, pero nada se obtiene sin sacrificio. Y esta batalla tendrá una importancia enorme porque probablemente decidirá el futuro curso de la guerra. En parecidas circunstancias bien vale la pena un gran sacrificio.

Los secretos del arte militar, que me estuvieron vedados hasta ahora, me interesan cada vez más. Lo imprevisto y las fatigas de la vida de campaña tienen para mí una atracción muy grande. ¡Es una existencia maravillosa! ¡Qué liberación para el cuerpo y para el alma se logra tomando parte en una guerra! Uno se hace otro hombre. Nunca me he encontrado mejor. ¡Respiro tan bien! ¡Me muevo con tanta facilidad! Es como si mi cuerpo fuera inmaterial.

Jamás he sido tan feliz. Sí, tengo la impresión de que antes nunca fui feliz.

¡Mañana, pues! ¡Mañana!

Me alegro como un chico con esta perspectiva.

Con gran prisa escribo algunas líneas.

¡Hemos obtenido la victoria, una magnífica victoria! El enemigo se retira en completo desorden, intentando en vano reunir sus deshechas tropas. ¡Lo perseguimos! El camino a la ciudad de los Montanza, que nunca hasta aquí fue conquistada, ha quedado completamente abierto ante nosotros.

Tan pronto como los acontecimientos me lo permitan haré una detallada descripción de esta maravillosa batalla.

Los acontecimientos hablan por sí mismos. Las palabras han perdido su significado. Yo he cambiado la pluma por la espada.

Al fin tengo un poco de tranquilidad para poder escribir. No hemos dejado de pelear ni de avanzar durante varios días, y era imposible pensar en otra cosa. A veces ni siquiera teníamos tiempo para levantar nuestra tienda y debíamos pasar la noche bajo las estrellas, en medio de las viñas y de los olivares, envueltos en nuestras capas y la cabeza apoyada sobre una piedra. ¡Qué vida estupenda! Pero ahora, como he dicho, tenemos un poco más de calma. El príncipe asegura que necesitamos un respiro... Quizá tenga razón. A la larga, hasta los continuos éxitos desgastan.

Ahora estamos a sólo media legua de la ciudad y la vemos extenderse ante nosotros, con sus torres y sus almenas, sus iglesias y sus campaniles, y con el viejo castillo de los Montanza asentado sobre una colina, circundado de casas, y el conjunto cercado por una alta muralla: un verdadero nido de bandidos. Ya podemos oír las campanas de las iglesias rogando a Dios, sin duda, para que los salve. Ya nos arreglaremos para que sus ruegos no sean escuchados. El Toro ha reunido el resto de sus tropas entre la ciudad y nosotros. Ha movilizado a todos los soldados que ha podido conseguir, pero eso no le bastará porque ya está demasiado castigado. Su

derrota es segura también esta vez. Un jefe tan extraordinario como él debiera darse cuenta cuando su situación no ofrece esperanza alguna. Sin duda piensa hacer cuanto está a su alcance y reunir sus últimas fuerzas para evitar su destino. Es su postrer intento para salvar la ciudad.

Tentativa completamente inútil. La suerte de los Montanza ha sido decidida hace casi una semana, en una mañana histórica, y pronto todo va a terminar por completo.

Ahora ensayaré hacer una descripción verídica y detallada de la grande e incomparable batalla.

Al comienzo, nuestros dos ejércitos atacaron al mismo tiempo, como yo lo había previsto. Desde lo alto de la colina fue un espectáculo magnífico, una fiesta para los ojos y para todos los sentidos. Se oía la música militar, el estandarte se desplegaba, las banderas ondeaban sobre las bien ordenadas filas de uniformes multicolores. Mientras sonaba el cuerno de plata en medio de un paisaje sobre el que acababa de levantarse el sol, las tropas de infantería avanzaron a lo largo de la colina. El enemigo las esperó a pie firme, en apretadas filas, y tan pronto como los adversarios, armados hasta los dientes, se encontraron, prodújose una sangrienta lucha cuerpo a cuerpo. Los hombres caían de ambos lados. Los heridos eran ultimados cuando intentaban escapar arrastrándose. Oíanse los gritos y los gemidos habituales. El combate pasaba por diferentes fases: en algunos sectores nuestros soldados llevaban ventaja, en otros era mejor la posición del adversario. Al principio, Boccarossa simuló luchar en el mismo frente que nosotros, pero poco a poco sus tropas describieron un gran círculo y cayeron sobre el ala del enemigo. Éste quedó desconcertado por esta amenazadora maniobra y le costó gran esfuerzo defenderse. La victoria parecía cercana, por lo menos tuve esa impresión. Habían transcurrido varias horas y el sol estaba ya en lo alto del firmamento.

De pronto sucedió algo terrible. Las tropas nuestras que actuaban cerca del río empezaron a retroceder. Rechazados por el ala dere-

cha de Il Toro, nuestros hombres tuvieron que ceder a esa presión tras algunas débiles y torpes tentativas de resistencia. Parecían haber perdido todo ardor combativo, y no hacían más que retroceder sin detenerse, dispuestos a cualquier cosa antes que a morir. No podía creer lo que veía. No podía comprender lo que allí pasaba, tanto más cuanto que nosotros éramos superiores en número, casi el doble que los otros. Mi sangre hervía de vergüenza ante esta inconcebible cobardía. Presa de furor, aullaba y pateaba alzando los puños contra nuestros soldados, gritándoles mi cólera y mi desprecio. ¿Para qué servía esto? Claro está que ellos no me oían y continuaban retrocediendo. Creí perder la razón. ¡Y nadie venía a contenerlos! Nadie parecía preocuparse por lo difícil de su situación. ¡No merecían otra cosa!

De repente vi que el príncipe, que conducía el centro, hacía una seña a algunos destacamentos que se mantenían a retaguardia. Éstos se pusieron en movimiento, avanzando en línea oblicua hacia el río, y sus fuerzas frescas empezaron a quebrar el frente del enemigo. Lucharon irresistiblemente y paso a paso hasta el momento en que, habiendo alcanzado las orillas del río, lanzaron un salvaje alarido de júbilo. ¡Toda retirada era imposible! De quinientos a setecientos soldados enemigos estaban totalmente cercados sin otra perspectiva que la de ser exterminados.

Quedé completamente atónito. Nunca hubiera sospechado semejante ardid que había tomado por cobardía. Mi corazón latía fuertemente; mi pecho se ensanchaba de alegría. Pasada la espantosa tensión, experimentaba un alivio incomparable.

Después siguió un espectáculo extraordinario. Nuestras tropas pressionaban al enemigo por todos lados, encerrándolo en un espacio que iba estrechándose rápidamente entre nuestras líneas y el río. Finalmente le fue casi imposible moverse y procedimos a su destrucción. Fue una matanza como nunca vi otra igual. Y no sólo una matanza, porque los soldados de Il Toro, empujados hacia el río, caían en él ahogándose como gatos. Se debatían en medio de la

espumosa corriente agitando los brazos y clamando socorro desesperadamente, comportándose de una manera apenas imaginable en los soldados. Casi ninguno sabía nadar y era como si nunca hubieran visto el agua. Los que lograban ganar la ribera no tardaban en ser ultimados, y aquellos que intentaban llegar a la costa opuesta eran arrastrados por el enfurecido torrente. Prácticamente, ninguno tuvo la suerte de salvarse.

¡El deshonor se convirtió en una gloriosa victoria!

Los acontecimientos se desarrollaron luego con una rapidez vertiginosa. Seguido de nuestra ala izquierda, nuestro centro se desencadenó sobre el enemigo mientras, por la derecha, las tropas de Boccarossa lo atacaban con renovado empeño, y, desde lo alto de las colinas, descendieron entonces frescos escuadrones de caballería que con sus lanzas cargaron en plena contienda acabando de desmoralizar al vacilante ejército de Il Toro. La desesperada defensa no tardó en convertirse en una tremenda derrota. Con la caballería a la cabeza continuamos persiguiendo a los vencidos, resueltos a aprovechar hasta el extremo esta victoria sin par. El príncipe quiso sacar partido de todas las posibilidades que se le ofrecían. De pronto, una parte del ejército, infantería Y caballería, se separó del resto y descendió por uno de los valles laterales con el evidente propósito de rodear al enemigo. Y no pudimos ver lo que aconteció después porque las montañas nos lo impedían, pues todo desapareció para nosotros tras las alturas plantadas de viñas del lado opuesto de la planicie donde se estaba desarrollando la batalla.

Hubo entonces animación y entusiasmo en nuestro campo. Se enganchaba los caballos, se amontonaba armas y bagajes sobre los furgones, se corría por todas partes, los carruajes poníanse en marcha. Yo me senté en la parte posterior de un carro sobre el que habían colocado la tienda del príncipe. Se dio la señal de partida y descendimos la pendiente que conducía al campo de batalla. Ahora aquello era un silencioso desierto. No quedaban más que muertos y heridos, y tan apretados unos contra otros que no podíamos avanzar

sin pasar sobre ellos. Los muertos eran muchos más que los heridos, y éstos no cesaban de gemir. Nuestros propios soldados clamaban para que los lleváramos con nosotros, pero eso era imposible pues teníamos que apresurarnos para reunimos con el ejército. En la guerra uno se endurece y se acostumbra a todo, pero nunca había visto nada similar. Gran número de caballos yacían igualmente entre los demás cadáveres, y pasamos al lado de uno que tenía el vientre abierto y las entrañas dispersas por tierra. Tanto me descompuse al verlo que estuve a punto de vomitar. Le grité al conductor que se apurara; él hizo chasquear el látigo y nos alejamos a la carrera.

Es curioso, mas he observado que a veces soy singularmente, sensible. Hay cosas cuyo espectáculo no resisto. Es lo que me pasa cuando me acuerdo de las entrañas de Francesco. Son repugnantes por naturales que sean.

El día llegaba a su fin. ¡Hasta un día como ése tenía que terminar! El sol, que aún se divisaba sobre las alturas de occidente, dejaba caer sus últimos destellos sobre el campo de batalla que había sido testigo de tanto heroísmo, de tanta gloria y de tanta derrota. El crepúsculo se abrió sobre el paisaje mientras yo lo miraba desde mi tambaleante carreta.

Todo el cuadro se hundió en las sombras; y el sangriento drama que allí habíase desarrollado ya pertenecía a la historia.

Inesperadamente me encuentro con mucho tiempo para escribir porque llueve sin cesar, como si se hubiera abierto el cielo. Es un diluvio incontenible.

Naturalmente, resulta cansador. El campo está sucio y fangoso. Los pasajes entre las tiendas no son más que un pantano en los que uno se hunde hasta las rodillas y se ven flotar excrementos de hombres y bestias.

Todo cuanto se toca ensucia desagradablemente los dedos. Y si uno sale un instante queda traspasado hasta los huesos. El agua atraviesa los techos de las tiendas y el interior de éstas parece un

lodazal. Todo eso ejerce una acción funesta sobre el ánimo. Por la noche se alienta la esperanza de que el tiempo será hermoso a partir del próximo amanecer, pero desde que uno despierta, vuelve a oírse el ininterrumpido caer del agua sobre las tiendas.

No sé para qué puede servir esta eterna lluvia que impide toda acción guerrera. Y justamente ahora, cuando íbamos a recoger los frutos de nuestros grandes éxitos. ¿Por qué llueve, pues?

Los soldados han perdido el entusiasmo. Se acuestan y duermen, o juegan a los dados. Y, claro, el gusto por la lucha ha desaparecido. Entre tanto, podemos estar seguros de que Il Toro refuerza sus tropas mientras no pasa lo mismo con las nuestras. Eso no me preocupa, pero, de todos modos, me molesta.

Nada es tan desastroso para la moral de un ejército como la lluvia. Todo el aspecto esplendoroso y estimulante de una campaña militar se apaga. ¡Adiós cegadora refulgencia de las acciones guerreras! Pero es preciso reaccionar contra la idea de que la guerra es sólo una fiesta. La guerra no es una diversión, es un hecho sangriento. Es muerte, derrota, destrucción. No es una justa divertida contra un enemigo tal vez inferior. Es indispensable habituarse a soportarlo todo, a penar duramente, y a sufrir privaciones y dolores de toda clase. Es completamente necesario.

Si este estado de depresión se extiende entre las tropas puede resultar peligroso. Todavía tenemos mucho que hacer antes de lograr la victoria final. El enemigo no ha sido completamente batido, y es necesario reconocer que después de su terrible derrota a orillas del río, ha llevado a cabo una retirada bastante hábil, impidiéndonos capturarlo. Al presente, como he dicho, debe de estar juntando nuevas fuerzas. Necesitamos todo nuestro antiguo espíritu guerrero para poder aniquilarlo.

Sin embargo, el príncipe no parece deprimido. Es de los que realmente aman la guerra en todas sus formas. Sereno, tranquilo y lleno de energías, su actitud conserva su elegancia habitual. Y siempre

está lleno de coraje y seguro de la victoria. ¡Qué magnífico soldado! En campaña él y yo nos parecemos extraordinariamente.

Lo único que le reprocho constantemente y que no le perdonaré jamás es no haberme permitido tomar parte en el combate. ¡No sé por qué! Se lo suplico, se lo imploro antes de cada batalla. Una vez se lo rogué de rodillas, abrazándome a sus piernas, con abundantes lágrimas. Pero simula no oírme, o se contenta con reír, diciendo algo así como que mi vida le es demasiado preciosa, o que puede sucederme algo. ¡Sucedarme algo! ¡Si es lo que más deseo! No comprende lo que eso significa para mí. Ansío pelear, con todas las fuerzas de mi alma, más que ninguno de sus hombres, con un apasionamiento más intenso y ardiente que los otros. Para mí la guerra no es una diversión, sino una realidad sangrienta. Quiero luchar, quiero matar! No por hacerme famoso, sino por el placer de la acción. ¡Quiero ver cómo se desploman los hombres, quiero ver a mi alrededor la muerte y la destrucción! ¡No se imagina quién soy! Y sólo me deja servirle, y escanciarle su vino, y me prohíbe abandonar la tienda y participar en la lid. Debo resignarme a ver cómo los otros realizan las acciones que yo sueño. ¡Qué insoportable humillación! ¡Hasta ahora no he matado un solo hombre! No tiene idea alguna del sufrimiento que me inflige.

No digo, pues, la verdad cuando afirmo que soy feliz.

Aparte del príncipe, muchos son los que han notado mi temperamento belicoso, pero no saben, como él, hasta qué punto está seriamente arraigado en mí. Sólo ven que me paseo armado de pies a cabeza, y eso les sorprende, pero nada me importa la opinión que puedan formarse sobre mí y sobre mi participación en la campaña.

Por cierto que hay aquí muchos a quienes conozco perfectamente. Cortesanos, y, como se ve siempre en las cortes, soldados ilustres, descendientes de familias célebres a través de los siglos por sus hechos de armas, y grandes señores que, gracias a su rango, ocupan puestos de comando. Sí, conozco muy bien a los jefes superiores y por cierto que ellos también me conocen. Son ellos quienes,

con el príncipe, dirigen las operaciones, y es sabido que mi señor ha sabido rodearse de un selecto grupo de la vieja nobleza militar.

Lo que me irrita es que don Ricardo participa en el combate. En todas partes hace gala de su fanfarronería, especialmente delante del príncipe, y con sus bromas groseras provoca la risa estúpida de sus compañeros. Con su tez de paisano, demasiado colorada, y sus grandes dientes blancos que muestra constantemente porque se ríe de todo, tiene el aire de un tonto. Su manera de echar la cabeza hacia atrás y de jugar con su barba negra me es odiosa, No comprendo cómo el príncipe puede soportar su presencia.

Menos aún puedo comprender la atracción que inspira a la princesa este individuo tan torpemente vulgar, pese a su antigua nobleza. Pero no hay para qué ocuparse de esto que a nadie le imparta y a mí tampoco.

Cuando se dice que él puede ser valiente es sencillamente porque no se sabe lo que eso quiere decir. Por lo menos, yo no lo entiendo. Se encontraba al borde del río, entre los combatientes, pero no me parece que se haya distinguido por ningún modo especial. Yo no lo he visto nunca. Es indudable que nadie más que él mismo es quien ha contado lo que dice haber hecho. Y como todos lo escuchan desde que abre la boca; poco le ha costado ser creído. Por mi parte, no puedo creer ni por un instante en su bravura. Es un fanfarrón insoportable: eso es lo que es.

¿Bravo, él? El sólo pensarlo resulta ridículo.

No, el que es valiente es el príncipe. A él puede vérselo en lo más encarnizado de la pelea. Su blanco corcel y su cimera son fácilmente reconocibles en medio de la batalla. Y el enemigo, si quiere verlos; también debe notarlo porque se expone sin cesar al peligro. Fácil es observar que prefiere la lucha cuerpo a cuerpo y que se complace en ello. Boccarossa también es valiente. Es decir, si uno lo contempla no se sabe si la palabra valiente es la que corresponde. Para el caso resulta una palabra demasiado pobre, y no da una idea exacta de su aspecto en el combate. Me han contado que se

presenta de una manera que basta por sí sola para aterrorizar a los más endurecidos guerreros. Y lo que es más terrible es que no parece enfurecerse ni excitarse por la pelea, sino que, al contrario, apretando los labios, lleva a cabo metódicamente su obra mortífera con la más completa frialdad. A menudo combate a pie, para estar más cerca de sus víctimas. Se diría que se complace en la sangre y la muerte de los hombres. La forma de combatir del príncipe y de los otros es diferente, tanto que, a su lado, diríase un juego de niños. Hablo por lo que me han contado, pues yo siempre me he encontrado demasiado lejos para verlo por mí mismo. Cuán profundamente deploro haber perdido espectáculo semejante, es algo que no puedo expresar.

Hombres como el príncipe y él son valientes, cada cual a su manera. ¡Pero don Ricardo! Es sencillamente ridículo nombrarlo al lado de ellos.

A Boccarossa y a sus tropas les gusta arrasar los países que atraviesan, saqueándolos y quemándolos, ciertamente más de lo que el príncipe considera conveniente, a pesar de que él también cree que el pillaje es necesario. Nada queda con vida allí por donde los ejércitos han pasado. Sin embargo, el príncipe y su condotiero difieren sobre el particular. Yo debo confesar que prefiero el sistema de Boccarossa. Los enemigos son los enemigos, y hay que tratados como tales. Es la ley de la guerra. Esto puede parecer cruel, pero la guerra y la crueldad van juntas, no hay nada que hacerle. Se debe exterminar el pueblo contra el cual se combate y devastar su país para impedir que pueda levantarse otra vez. Sería muy peligroso dejar enemigos tras de sí; uno debe tener las espaldas aseguradas. Estoy convencido de que Boccarossa tiene razón.

A veces el príncipe parece olvidar que se encuentra entre enemigos. Trata a la población de un modo que es imposible aprobar. Por ejemplo, cuando se detuvo en un miserable pueblecito de la montaña para asistir a una fiesta popular y escuchar a los flautistas, como si estuviera convencido de que valía la pena detenerse a escuchar

música semejante. No entiendo qué placer podía encontrar en eso, ni cómo pudo perder su tiempo hablando con aquellos palurdos. Todo eso me resulta simplemente incomprensible. Tan incomprensible como lo que hacían los paisanos, quienes, según decían, celebraban una especie de fiesta de la cosecha. Una mujer encinta volcó vino y aceite de oliva en una parte del campo, y en seguida todos se sentaron en torno de ella mientras hacían circular pan, vino y quesos de cabra; y todos comieron y bebieron. El príncipe también se sentó y comió con ellos, ponderando sus aceitunas y su queso, que tenía un aspecto terriblemente seco; y cuando la vieja y sucia vasija de vino llegó a sus manos él se la llevó a los labios y bebió como los otros. Fue algo penoso de ver. Nunca lo había visto obrar de tal manera y jamás lo hubiera creído capaz. Nunca termina de sorprenderme en una u otra forma.

Cuando les preguntó el significado de lo que había hecho la mujer adoptaron un aire misterioso y molesto, y no quisieron responder, limitándose a reírse estúpidamente con sus inexpresivas caras campesinas. Al fin nos dejaron adivinar que la ceremonia tenía por objeto lograr que la tierra les proveyera de vino y de aceite el año próximo. Realmente cómico, Como si la tierra pudiera saber que le derramaban vino y aceite, ni qué querían significar con eso, "Siempre hacemos esto hacia esta época del año", dijeron. Y un viejo de larga barba enmarañada y salpicada de vino se aproximó al príncipe, e inclinando la cabeza al par que mirándolo con confianza en los ojos, añadió: "Nuestros padres lo hacían y nosotros seguimos haciéndolo".

Luego se levantaron y empezó la danza. Bailaban todos, pesada, rústicamente, jóvenes y ancianos, hasta el mismo pobre viejo que tenía ya un pie en la sepultura, Los flautistas soplaban en sus instrumentos fabricados por ellos mismos, cuyas notas se repetían sin cesar. No comprendo cómo el príncipe pudo sentir deseos de escuchar una música completamente ajena al arte. Pero ambos, él y don Ricardo -que naturalmente estaba presente, porque siempre tiene que estar presente-, parecían olvidar que estaban en guerra y que

se encontraban rodeados de enemigos. Y cuando los paisanos empezaron a entonar sus aires melancólicos y monótonos, ya no les fue posible abandonar el lugar. Allí permanecieron hasta el anocheecer, cuando se hacía difícil el regreso. Tal vez finalmente comprendieron que podía ser peligroso quedarse en la montaña en medio de la naciente oscuridad.

"¡Qué linda noche!", decíanse el uno al otro, mientras volvíamos a nuestro campo. Y don Ricardo, que siempre ha de manifestar su sentimentalismo cuando encuentra la ocasión, se explayaba en ampulosos discursos sobre la belleza del paisaje, que en realidad nada ofrecía de particularmente lindo, y tenía que detenerse a cada rato para escuchar a la distancia las flautas y los cantos de ese pueblo de viejas casuchas sucias colgadas de la montaña.

Esa misma noche llegó a la tienda del príncipe con dos cortesanas de la ciudad que de algún modo incomprensible habían conseguido cruzar las líneas para deslizarse en el campo, sin duda con la esperanza de ser mejor pagadas allí donde su especie era más rara. "Además -decían- para una mujer es más conveniente acostarse con un enemigo." Al principio, el príncipe pareció contrariado y yo estaba seguro de que iba a despedirlas y castigar severamente a don Ricardo por su inconcebible desvergüenza, mas, con gran sorpresa mía, lanzó una sonora carcajada y, sentando a una de ellas sobre sus rodillas, ordenó que se sirviera su vino más costoso. Aún no me he repuesto de las sorpresas que aquella noche me fue forzoso presenciar. No sé qué no daría por no haber sido testigo de aquellas escenas y poder verme libre de sus infames recuerdos. ¡Si pudiera saber cómo llegaron hasta aquí! Pero las mujeres, y en particular las mujeres de su especie, son como las ratas, no conocen vallas y roen todos los obstáculos. Yo estaba ya listo para retirarme y acostarme en la tienda de la servidumbre, pero tuve que quedarme y servir no sólo a mi señor y a don Ricardo, sino también a esas pelanduscas pintarrajeadas que olían a pomadas venecianas y a carnes femeninas gordas y acaloradas por el largo viaje. Para mí era algo excesivamente intolerable.

Don Ricardo se extendió largamente sobre la belleza de ambas, refiriéndose especialmente a una de ellas, a la que no acababa de admirar, extasiándose sobre sus ojos, y sus cabellos, y sus piernas, que enseñó al príncipe a pesar de que ella trataba de ocultarlas; pero en seguida se volvió hacia la otra y la alabó en parecidos términos a fin de que no pudiera sentirse por ningún modo disminuía.

-¡Todas las mujeres son hermosas! -exclamó-. Todos los placeres de la vida provienen de ellas. Pero la más encantadora de todas es la cortesana, que es la que consagra toda su vida al amor y nunca le es infiel.

Se condujo en una forma estúpida y con tan absoluta falta de tacto, que yo, que siempre lo consideré como el más vulgar y tonto de los hombres, nunca lo hubiera imaginado tan ridículamente grotesco ni tan bufón.

Bebieron vino en abundancia, lo que los excitó bastante, y don Ricardo se puso sentimental y empezó a hablar del amor y a declamar una cantidad de poemas pesados, sobre todo algunos sonetos dedicados a una mujer llamada Laura, que llenaron de lágrimas los ojos de las meretrices. Él reía con la cabeza apoyada en las rodillas de una, mientras el príncipe recostaba la suya en las faldas de la otra, y ellas les acariciaban suavemente los cabellos y dejaban escapar débiles suspiros escuchando aquellas tonterías. Él estaba con la más hermosa, mas no pude dejar de notar la extraña forma en que el príncipe lo miraba cuando aquellas estúpidas mujeres parecían más fascinadas por cuanto hacía y decía. Las mujeres siempre prefieren a los hombres simples e insignificantes porque son los que más se les parecen.

Pero de repente el príncipe se levantó y dijo que ya era demasiada sensiblería y que había llegado la hora de beber y de regocijarse, y en seguida comenzó una verdadera orgía de copas, de bromas y de carcajadas, de gestos indecentes y de anécdotas de tal crudeza que me sería imposible repetir. En el momento culminante de las libaciones el príncipe levantó su copa y bebió a su salud, diciendo:

-¡Tú llevarás mañana mi estandarte en la batalla!

Don Ricardo quedó encantado con esta inesperada distinción y le brillaron los ojos.

-¡Espero que haya algún peligro en ello! -gritó; y empezó a pavonearse delante de las mujeres para hacer notar su bravura.

-Eso nunca se sabe, pero bien puede suceder -repuso el príncipe.

Y don Ricardo le tomó la mano y se la besó humilde y agradecidamente, como un vasallo a su señor.

-¡Mi querido príncipe, recordad la promesa que acabáis de hacerme en el delirio de nuestra alegría!

-Puedes estar tranquilo, no lo olvidaré.

Las cortesanas advirtieron claramente que se trataba de algo muy emotivo y siguieron la escena con interés, pero sus ojos buscaban preferentemente al que debía conducir el estandarte en la batalla.

Después de este paréntesis continuaron como antes su repugnante orgía, y su conducta se hizo cada vez más desvergonzada y escandalosa, al punto que yo, obligado como estaba a presenciarlo todo, me sentí lleno de vergüenza y de asco. Se abrazaban y se besaban, con los rostros enrojecidos, groseramente excitados de placer, anhelantes y vulgares. Aquello era indescriptiblemente nauseabundo. Tras una fingida resistencia, las mujeres se quitaron sus ropas dejando al descubierto sus senos desnudos, y la más bella tenía un lunar sobre uno de ellos, no muy grande, pero lo suficiente para que fuera completamente imposible que pasara inadvertido. El olor de su cuerpo, cuando me acerqué para servirla, me revolvió el estómago. Olía como la princesa cuando aún está en su lecho por la mañana, pero a ella nunca me he aproximado tanto. Cuando don Ricardo le tomó los senos sentí un disgusto y un odio tales por ese depravado, que de buena gana lo hubiera estrangulado con mis manos, o lo hubiera muerto con mi puñal para hacer correr su sangre corrompida, y para que nunca más pudiera abrazar a otra mujer. Con asco y repugnancia me quedé pensando que los hombres son unos seres

repelentes. ¡Si pudieran todos ellos arder alguna vez en las llamas del infierno!

Don Ricardo, muy absorbido por la más hermosa, que no quería dejarlo tranquilo, tuvo al fin una de sus ideas idiotas, sugiriendo jugar a los dados para determinar quién quedaría con ella, si el príncipe o él. Todo el mundo aprobó, hasta el mismo príncipe, y la mujer de quien se trataba rió a carcajadas echándose hacia atrás con su torso desnudo, encantada de ser el premio de semejante duelo. A mí me parecía repugnante y no comprendía cómo podían encontrarla hermosa y deseable ni cómo podían competir por algo tan despreciable. Era rubia, de tez clara, con grandes ojos azules y con las axilas llenas de vellos. Me asqueaba. Nunca he podido comprender por qué los seres humanos tienen ahí esos pelos cuya vista me causa un intenso malestar, sobre todo si están empapados de sudor. A nosotros los enanos, que no los tenemos, esos pelos nos resultan sucios e indecentes. Si yo tuviera pelos allí o en cualquiera otra parte de mi cuerpo que no fuera mi cabeza, que es la destinada a tenerlos, sentiría una indecible vergüenza.

Yo debí traer los dados. El príncipe jugó primero y echó un seis y un as. El que hiciera primero cincuenta puntos se quedaría con ella. Continuaron el juego turnándose, y las suripantas se inclinaban sobre ellos, vivamente interesadas por el resultado, y comentando las fluctuaciones de la partida con observaciones indecentes, exclamaciones y carcajadas. El príncipe ganó, y todos se levantaron entre gritos y risotadas.

Inmediatamente después se arrojaron sobre las mujeres, cada cual sobre la suya, les arrancaron las ropas, y empezaron a comportarse con ellas de una manera tan increíblemente repugnante que tuve que salir apresuradamente de la tienda para arrojar cuanto tenía en el estómago. Estaba completamente helado y tenía la piel como la de una gallina recién desplumada. Tiritando fui a acostarme al pajar, entre el cocinero y el abominable palafrenero que huele a caballeriza y que todas las mañanas me da de puntapiés cuando se levanta

para cepillar los caballos, sin que yo sepa por qué. Según él, porque es entonces cuando le gusta pegarme.

El amor que se prodigan los seres humanos es algo que no puedo comprender. Sólo me produce asco. Todo cuanto he visto aquella noche no me ha producido más que asco.

Tal vez sea porque yo pertenezco a una especie de seres más finos, más impresionables, más sensibles, y por consiguiente reacciono ante cosas que a los demás dejan indiferentes. No sé. Nunca he hecho la experiencia de eso que ellos llaman amor, ni tengo el menor deseo de hacerla. Una vez me ofrecieron una enana, una linda mujer de pequeños ojos sagaces como los míos, cara arrugada y cuerpo como de viejo pergamino, o sea que era tal como debe ser un ser humano. Pero no despertó en mí ningún sentimiento, aunque podía ver que no había nada desagradable en su belleza, muy distinta a la de las otras. Tal vez mi actitud se debió al hecho de ser la princesa quien me la ofreció, queriendo juntarnos con la esperanza de que tuviéramos un enanito para ella, cosa que mucho deseaba por aquel entonces. Eso fue antes del nacimiento de Angélica, pues quería tener alguien con quien jugar. Debía ser muy divertido tener un enanito, decía. Pero no quise servirle de instrumento para eso, ni rebajar mi raza para tan vergonzoso propósito.

Además, se equivocaba al pensar que podíamos darle un hijo. Nosotros los enanos no engendramos hijos, pues somos estériles. No nos ocupamos en perpetuar la vida, y tampoco lo deseamos. Y no necesitamos ser fecundos porque la misma especie humana produce sus enanos; no hay, pues, que preocuparse por eso. Dejamos que nos engendren esas orgullosas criaturas, y que tengan los dolores del parto, que son los mismos para todos. Nuestra raza se perpetúa constantemente a través de las otras y es así y no de otro modo como venimos a este mundo: Tal es la razón profunda de nuestra esterilidad. Por consiguiente, pertenecemos y no pertenecemos a nuestra raza. Somos huéspedes de visita. Antiguos hués-

pedes llenos de arrugas cuya visita se prolonga desde hace miles de años.

Pero mis pensamientos se alejan demasiado de lo que iba a contar. No es sobre este tema que voy a escribir.

En la mañana del siguiente día, don Ricardo se hizo cargo del estandarte del príncipe. Mucho se ha dicho de los incidentes y de las circunstancias de la batalla vinculadas a ese hecho, pero yo tengo, naturalmente, mi propia opinión al respecto así como sobre lo que probablemente se oculta detrás de él. Se dice que una curiosa orden del príncipe expuso inexplicablemente la vida de don Ricardo, y que en cierto momento su muerte se consideró inevitable, puesto que con su escasísima tropa de caballería había sido obligado a ocupar una posición muy peligrosa.

Se afirma, asimismo, que se batió con extraordinario coraje, cosa que no puedo creer de ningún modo, y que habiendo reunido alrededor del estandarte los pocos hombres que le quedaban lo defendió contra fuerzas enemigas superiores. Pero cuando la contienda llegó a su punto culminante el príncipe se habría precipitado en su ayuda, ya fuera porque no podía resistir la atracción de un juego tan peligroso o bien por algún otro motivo. Seguido por algunos caballeros se lanzó sobre los enemigos que cercaban a don Ricardo como para llegar en su ayuda. Pero de repente su caballo recibió un lanzazo en el pecho y se desplomó. El príncipe fue arrojado a tierra en medio de sus enemigos. Eso habría infundido a don Ricardo un "coraje" tal que, arrastrando sus hombres, habría conseguido abrir una brecha en el círculo enemigo, y, estimulado por la desesperación y con la ayuda de los caballeros sobrevivientes de mi señor, él habría tenido en jaque al adversario hasta la llegada de refuerzos. Don Ricardo habría sido, pues, cubierto de heridas. Esto hace pensar que había comprendido que el príncipe deseaba su muerte, pero que, no obstante, actuó de modo que pudo salvar la vida de su señor.

Son versiones que yo no acepto. Me parecen inverosímiles por muchas razones. Las repito sólo porque así he oído relatar los dramáticos acontecimientos de aquella mañana. Mi punto de vista sobre la cuestión difiere por completo y se basa en un conocimiento profundo del carácter de don Ricardo. Conozco a don Ricardo mejor que nadie. No es hombre capaz de eso.

La exposición de los hechos está evidentemente influida por la opinión general que sobre don Ricardo existe y por la que él mismo ha inventado. Se ha forjado una especie de leyenda, una leyenda que nadie se toma el trabajo de examinar a fondo, según la cual él es el coraje mismo, y todo cuanto hace es noble, amable y magnánimo. La única razón que para eso existe es su incomparable capacidad para hacerse valer y para atraer sobre sí la atención de los demás por cualquier medio. Su ridícula vanidad se manifiesta en sus acciones guerreras como en todo lo que hace. Y la temeridad que en él se aplaude sólo proviene de su tontería. Es su estúpido empecinamiento lo que se confunde con el coraje.

Si es en realidad tan tremendamente valiente, si se expone a todos los peligros posibles, como dice, ¿por qué no lo matan? Bien puede uno preguntarse esto. Nadie lo lamentaría: yo, por lo menos, no.

En esta ocasión habría recibido numerosas heridas. No se sabe si eso es verdad: por mi parte me permito dudar. No será nada grave, en todo caso. Apenas unos rasguños, diría yo. Pero de todos modos, no lo he visto.

Por otra parte, parece que ha tenido el descaro de pelear con los colores de la princesa, colores que ella le había elegido antes de nuestra partida. Llevándolos en su casco esta mañana, combatía, a la vista de todos, por la dama de su corazón. Cuando tan heroicamente defendía el estandarte del príncipe, estaba también peleando por su amada. Y cuando salvaba la vida del príncipe, es evidente que luchaba también por ella. ¡Y acababa de estar en los brazos de otra mujer! Probablemente dejó aquellos brazos para dirigirse a la batalla adornándose con los colores de su grande y ardiente amor.

Su verdadero amor lucía como una flor de magnífica belleza sobre su visera caballerescamente levantada, mientras su cuerpo conservaba aún el calor de su lujuria infiel. El amor humano es algo demasiado misterioso. No es de sorprenderse que no sea fácil comprenderlo.

Misteriosas también son las relaciones entre esos dos hombres ligados a una misma mujer. ¿Existirá entre ellos algún acuerdo secreto sobre esto? Así parece a veces. ¿Don Ricardo habrá salvado verdaderamente la vida del príncipe, tal como se pretende? No lo creo. Pero puede suceder que lo haya hecho y, en ese caso, por pura vanidad, para vengarse en forma caballeresca de las intenciones del príncipe deseándole la muerte y poder mostrar a todo el mundo su singular nobleza y magnanimidad. Eso sería muy de él. Y cuando el príncipe se lanzó en su auxilio, ¿fue verdaderamente, según se quiere hacer creer, con la intención de salvarlo cuando acababa de desearle la muerte? No sé. Es algo que no comprendo bien. ¿Es posible amar y odiar a una misma persona?

Recuerdo que su mirada, en cierto momento de la noche, presagiaba la muerte. Pero también recuerdo sus húmedos ojos soñadores mientras escuchaba las declamaciones de don Ricardo sobre el amor, el grande e invencible amor cuyo fuego invade a tal punto nuestro ser que todo en él se consume. ¿Acaso el amor es sólo un bello poema que nada contiene, al menos nada definido, pero que a todos agrada escuchar cuando está bella y apasionadamente recitado? No sé, pero no es del todo imposible. ¡Esos hombres son unos falsificadores tan hábiles!

Lo que también me asombra es la conducta del príncipe con la cortesana durante aquella noche. Siempre creí que estaba muy por encima de semejantes cosas. Pero eso es algo que no me concierne y, por añadidura, estoy habituado a verlo mostrarse repentinamente distinto a como lo había imaginado. Al día siguiente yo relataba discretamente los hechos a un miembro de la corte, expresándole mi asombro por lo sucedido, pero él no compartió mi sorpresa. El prín-

cipe siempre había tenido amantes, me dijo, damas de la corte o de la ciudad, y a veces también cortesanas famosas. Su actual favorita era una dama de honor de la princesa, llamada Fiammetta. La variación le agrada mucho, me explicó, riéndose abiertamente de mi ignorancia.

Lo que me asombra es que esto haya podido escapar a mi sagacidad. Mi incondicional admiración por mi señor debe haberme cegado.

No me importa que engañe a la princesa. La detesto y nada deseo tanto como saberla burlada. Y, desde luego, es a don Ricardo a quien ama. Es a él a quien escribe esos ardientes billetes de amor que yo debo llevar sobre mi corazón. Aliento la más viva esperanza de que lo maten.

Por fin ha cesado la lluvia.

Hoy, cuando abandonamos nuestra tienda, el sol brillaba sobre todo el paisaje, y la montaña se destacaba netamente aun cuando estaba mojada todavía, y por todas partes se oía el murmullo de los frescos hilos de agua, inexistentes antes. Era una mañana muy reconfortante. El cielo estaba puro, y ante nosotros se mostraba la vieja ciudad de los bribones de Montanza, cuyo aspecto habíamos casi olvidado, pero que ahora podíamos distinguir casa por casa en el interior de sus murallas, con las troneras de la antigua fortaleza, y aquí y allá las pequeñas cruces doradas sobre las iglesias y los campanarios.

Todo era más claro después de la lluvia. Ahora no tardará en ser tomada y borrada de la superficie de la tierra:

Todos están contentos de poder salir y pasearse al aire fresco, de sentirse reanimados por el hermoso tiempo, nuevamente llenos de ardor guerrero. El abatimiento ha sido como barrido por el viento. Nadie anhela otra cosa que la pelea. Me he equivocado completamente al creer que la lluvia podía destruir la moral de un ejército. Su efecto deprimente sólo dura lo que la lluvia misma. En los callejones

que separan las tiendas todo es vida y animación. Los soldados pulen sus armas entre risas y chanzas; los asistentes de los caballeros frotan las armaduras de sus señores hasta que relumbran; los caballos son vendados y conducidos a beber a los alegres riachos que corren por todas partes sobre las pendientes cubiertas de olivos; todo el mundo se prepara para la batalla. El campo ha vuelto a ser lo que era y la guerra ha recuperado el esplendor y el aire de fiesta que innegablemente le sientan tan bien. Todo brilla y resplandece bajo el sol: los soberbios uniformes de los soldados, las armaduras de los caballeros, los suntuosos arneses de plata de las calbagaduras.

He observado largamente la ciudad objeto de nuestra expedición militar. Con sus muros y sus fortalezas parece inexpugnable. Pero la tomaremos gracias a la inapreciable ayuda de maese Bernardo. He visto los nuevos morteros y las catapultas que ha inventado, sus escalas de guerra y su incomparable artillería de sitio. No hay fortaleza en el mundo que pueda resistirles. Nosotros sabremos abrirnos un camino a través de todos los obstáculos, hacerlas saltar y reducirlos a polvo; y hasta puede que horademos un pasaje bajo sus muros, como nos lo dijo aquella noche. Lucharemos con todos los medios imaginables, con todo lo que su maravilloso ingenio ha producido, y caeremos sobre la ciudad como el huracán, sembrando la muerte y la destrucción a nuestro paso. La ciudad será incendiada, devastada, borrada de la superficie de la tierra. No quedará en ella piedra sobre piedra. Al fin será castigada su población de ladrones y de bandidos. Sus habitantes serán exterminados o hechos prisioneros. Del poderoso pasado de los Montanza no subsistirá otro recuerdo que el de las humeantes ruinas. Estoy convencido de que el príncipe tratará con mano dura a su enemigo tradicional. Y lo que harán las tropas de Boccarossa no me atrevo a pensarlo siquiera. Éste será nuestro triunfo final y decisivo.

Pero antes es necesario reducir las tropas que se encuentran entre la ciudad y nosotros. Fácil es como probar que éstas han aumentado mucho, tal como yo lo había previsto. Algunos dicen que es un

ejército poderoso, casi tan importante como el nuestro y el de Bocarossa juntos. Eso es exagerado. Ciertamente es que se extiende sobre un espacio mucho mayor que antes, pero de ahí a decir que es inmenso, me parece que es dejarse impresionar demasiado por el enemigo. El príncipe estuvo algo preocupado la primera vez que lo vio, pero no tardó en sonreír y en mostrarse más bien entusiasmado ante la idea de que el ajuste de cuentas no tardaría y que tendría la ocasión de una magnífica contienda. ¡Así es un verdadero soldado! No duda un instante de que la victoria será nuestra; y ninguno de nuestros generales tampoco, al menos entre los que yo conozco.

Debe ser divertido tomar parte en el asalto de una ciudad. Hasta ahora nunca se me ha presentado la ocasión.

Estoy sentado en el lugar donde acostumbro escribir, en el departamento de los enanos. Allí, ante el pupitre que forma parte del mobiliario, y que, adaptado a mi estatura, me es cómodo para mis anotaciones, voy a continuar el relato de los acontecimientos extraordinarios y fatídicos a los cuales he estado mezclado. Tal vez provoquen asombro, pero una simple explicación ha de aclararlos.

Habíamos ganado la batalla. Lo sabíamos por anticipado, así como que también habría de costarnos algunas pérdidas sensibles. Por ambas partes hubo un número considerable de bajas, aunque indudablemente mayor del otro lado. A ellos la resistencia les fue muy difícil. Mas, como dije, entre nosotros se derramó mucha sangre, especialmente el segundo día. Pero ¿para qué se tienen soldados si no ha de ser para utilizarlos? Las cosas no fueron, sin embargo, tan terribles como algunos dicen.

La razón por la cual nos encontramos de nuevo en palacio es que el príncipe tenía que organizar las fuerzas necesarias para la terminación triunfal de la guerra. Y también, según los datos que he podido recoger, para obtener los fondos indispensables para el mismo objeto. Una empresa semejante consume, claro está, sumas considerables. Se dice que el príncipe ha entablado negociaciones con la

Señoría veneciana. Esos mercaderes tienen más de lo que necesitan, de modo que el asunto se arreglará pronto. Entonces volveremos de inmediato al campo de batalla.

Se afirma que Boccarossa y sus tropas exigen una soldada más elevada y que se quejan por no haber recibido aún lo que ya estaba convenido. Esto puede causar graves trastornos. Difícilmente me hubiera imaginado que pudieran encarar con tanto interés este aspecto de la guerra ya que nadie se batió con tanto heroísmo y tanta temeridad como ellos. Yo suponía que amaban la guerra por la guerra misma, tal como debo decir que la amo por mi parte. Mas tal vez no deba esperarse de los hombres tamaño desprendimiento. Quizá sea completamente natural que ellos también quieran su paga. Pues bien, tendrán su dinero.

Se habla asimismo de otras diferencias entre el príncipe y ellos, ¡pero se dicen tantas cosas!, Cuando un ejército ha sufrido pérdidas considerables y todo no marcha tal como debiera, cierto descontento es casi inevitable. No estando nadie satisfecho con la marcha de los acontecimientos cada uno arroja las culpas sobre el otro y todos encuentran una ocasión para sentirse fastidiados. Los soldados de Boccarossa son locos por la guerra pero tal vez no los más a propósito para realizar los vastos planes del príncipe, y ni piensan tanto en eso. De todos modos, son cosas pasajeras y sin importancia.

Además, poco me interesan esos detalles, y menos aún las trivialidades económicas vinculadas a algo como la guerra, para ocuparme de esto. Todo se arreglará bien pronto.

Es bastante desagradable encontrarse en casa. Aquí la vida parece tan insignificante, tan vacía, cuando se vuelve del campo de batalla... El tiempo se alarga y no se sabe qué hacer. Todas las energías están como paralizadas. Pero esto es sólo por unos días. Pronto partiremos otra vez.

Aquí la gente es verdaderamente cómica. Me refiero a las gentes de servicio y a otras que no han tomado parte alguna en la contienda. No sospechan absolutamente nada de lo que ha acontecido y es

como si no supieran que el país está en guerra. Cuando me ven pasar con mi armadura parecen sorprenderse, como si ignorasen qué es lo que se lleva en el frente. Es lo que corresponde, ya que sin ella sería exponerse a una muerte segura. Dicen que aquí no hay peligro. Pero de todos modos estamos en guerra. Y yo iré allí de nuevo muy pronto. Espero que de un momento a otro el príncipe dé la orden de partida y debo estar listo. Es la razón por la cual estoy siempre armado. Pero ellos no pueden comprenderlo.

No teniendo personalmente la experiencia de la guerra, son incapaces de imaginarla tal cual es. Y si uno trata de darles una pequeña idea de lo que es la vida en el frente y sus peligros, adoptan un aire estúpidamente incrédulo y no llegan a disimular su secreta envidia. Intentan demostrar que no he tomado parte en tantos sucesos como pretendo y que no he participado en los combates que describo. Fácil es advertir que la envidia se oculta detrás de eso. ¡Si no habré tenido yo una parte activa! Ignoran que mi espada está todavía ensangrentada dentro de su vaina desde la última gran batalla. No la muestro porque no puedo soportar la fatuidad de los soldados, que florece en los campos de batalla, y en la que don Ricardo, por ejemplo, sobresale. Yo poso la mano en su empuñadura y sigo serenamente mi camino.

Sucedió que durante la gran batalla de dos días, nos vimos obligados a ocupar una altura entre nuestra ala derecha y la ciudad. Eso nos costó caro, pero nuestra posición estratégica mejoró notablemente. El príncipe subió en seguida a la cima para darse cuenta de las posibilidades que nos ofrecía nuestra nueva conquista y, como es natural, lo seguí. Había allí un castillo, propiedad de Ludovico, hermosamente situado y rodeado de cipreses y de durazneros. Algunos soldados y yo exploramos el castillo para asegurarnos de que no se ocultaba ningún enemigo que pudiera sorprender y amenazar la persona del príncipe, mas sólo encontramos un par de antiguos servidores que quedaron allí abandonados a causa de su edad, y el príncipe dio la orden de que no se les molestara. Mientras tanto, yo descendí a los subterráneos, que nadie había pensado revisar, pero

que bien podían servir de escondite. Inopinadamente me encontré con un enano que con toda evidencia pertenecía a la corte de Ludovico, quien tenía muchos enanos, y que también habría sido abandonado por algún motivo. Se sintió presa de espanto en cuanto se sintió descubierto por mí y se refugió en un oscuro corredor. Yo le grité: "¡Alto!", pero no se detuvo al escuchar mi orden, lo cual me hizo suponer que no tenía muy claras intenciones. Si estaba armado o no, yo no podía saberlo, y su persecución a lo largo del estrecho y sinuoso pasaje fue muy impresionante. Finalmente se deslizó en una pieza que tenía una salida de la que pensaba aprovecharse, pero lo alcancé antes que pudiera escaparse. Comprendió que estaba perdido y gemía lastimosamente. Lo perseguí como a una rata a lo largo de las paredes y sabía que ya no se me escaparía. Al fin lo acorralé en un rincón y lo tuve a mi alcance. Lo pinché con mi espada y lo atravesé. No tenía ni armadura ni nada de lo que se lleva en los campos de batalla, pero vestía un absurdo jubón de terciopelo azul con encajes alrededor del cuello, exactamente lo mismo que un niño. Lo dejé donde había caído y salí otra vez a la luz del día y la batalla.

No cuento esto porque crea que es algo extraordinario. Es una bagatela, un hecho completamente vulgar en tiempo de guerra. Y no me jacto de eso para nada, pues sólo he cumplido con mi deber de soldado. Nadie lo ha sabido siquiera, ni el príncipe ni ningún otro. Nadie sospecha que mi espada está manchada de sangre y que será como un recuerdo de la parte que hasta ahora me ha tocado en la campaña.

Lamento, sin embargo, que mi víctima haya sido un enano, pues hubiera preferido uno de esos seres humanos que aborrezco. La lucha habría sido entonces más excitante. Pero detesto también mi propia casta; mi propia estirpe me es también aborrecida. Y durante la lucha, especialmente cuando asesté el golpe mortal, experimenté una extraña exaltación, como si cumplierse un rito de una religión que me era completamente desconocida. Sentí lo mismo que cuando estrangulé a Josafat, un irresistible deseo de aniquilar mi propio

linaje. ¿Por qué? No lo sé. No comprendo nada de eso. ¿Será mi destino el de querer también exterminar mi propia especie?

Tenía esa aguda voz de castrado que tienen los enanos y eso me irritó. Mi voz es baja y grave.

Ésta es una raza despreciable y deshonrada.

¿Por qué no son como yo?

Esta mañana la princesa ha tratado de hablar conmigo sobre el amor. Estaba muy sentimental y llorosa. Quién sabe qué pudo haberle sucedido, pero lo cierto es que podía estarlo de veras si sólo supiera las muchas razones que tenía para ello. Mas, cambiando de actitud, con su acostumbrada versatilidad, empezó a bromear sobre el mismo tema. Estaba sentada ante el espejo y su doncella la peinaba mientras, ya en serio, ya risueñamente, prolongaba conmigo una conversación que me resultaba tan desagradable como sin objeto. A toda costa quería hacerme hablar sobre el asunto. Yo me mantenía a la expectativa. Pero ella insistía. ¿Nunca había tenido alguna aventurilla? Lo negué rotundamente. Quedó perpleja y no quiso creerlo. Volvió de nuevo a la carga en forma cada vez más apremiante. Por fin, para evitar que la conversación se prolongara, terminé diciéndole que si alguna vez me enamorara me enamoraría de un hombre.

Se volvió como movida por un resorte, me miró y lanzó una sonora carcajada que se contagió de inmediato a la doncella. "¡Un hombre!", exclamó con tono picaresco, como si encontrara muy divertida mi respuesta. "¡Un hombre! ¿Cuál? ¿Boccarossa?" Y las dos rieron de nuevo en forma incontenible. Yo me puse colorado porque justamente había pensado en Boccarossa. Y cuando vieron que me ponía colorado, la cosa les pareció más cómica todavía.

Por mi parte, no encontraba nada divertido en todo eso, y fijé sobre ellas una mirada despreciativa y fría. Encuentro que la risa es algo que afea y desfigura. Una boca que repentinamente se abre y mues-

tra las rosadas encías de la gente es algo que produce una impresión desagradable. ¿Y qué puedo hacer si verdaderamente siento por Boccarossa una admiración ardiente? Para mí él es todo un hombre.

Lo que hizo que me sintiera singularmente vejado fue que la doncella también haya reído, y de una manera mucho más vulgar que Madame. Puedo aceptar que la princesa se divierta un poco a costa mía, aun cuando en cualquier momento podría ahogar la broma con sangre, contestar sus preguntas sobre el amor de la manera más espantosa y enseñarle lo que realmente es eso. A ella puedo soportarla, digo, porque, al fin y al cabo, es mi señora y corre por sus venas sangre de princesa. Pero que una cualquiera como su doncella se atreva a reírse de mí es algo que me quema de rabia. Esa muchachita siempre se ha mostrado desconsiderada conmigo, haciéndome chistes y molestándome porque no puedo abrir algunas puertas de palacio. ¿Qué tiene que ver ella con eso? Es una campesina desvergonzada que necesita unos latigazos.

En cuanto a Boccarossa nada tiene de raro que lo admire; yo también tengo temperamento guerrero.

Los días transcurren en una fastidiosa espera y nadie sabe qué hacer.

Ayer fuí enviado a Santa Croce con un mensaje para maese Bernardo. Allí estaba, como de costumbre, continuando su trabajo de la Cena. A menudo me he preguntado por qué no fue con nosotros a la guerra para ver funcionar sus notables máquinas, ésas que él mismo ha concebido y creado con tanto placer. Yo creí que verdaderamente desearía verlas funcionar. Y además hubiera tenido allí cuantos cadáveres quisiera para estudiar y hubiera podido aumentar considerablemente sus conocimientos.

Lo encontré abstraído en la contemplación de su obra maestra, tan abstraído que ni siquiera advirtió mi presencia. Y cuando levantó los ojos, su mirada parecía prolongar la contemplación de algo muy

lejano. Tampoco prestó atención alguna a mi armadura aun cuando nunca me había visto antes con ella. Debió notarlo, pero no mostró sorpresa ni interés alguno. "¿Qué me quieres, pequeño gnomo?", me interrogó, mirándome afablemente. Yo cumplí mi misión a pesar del desagrado que me producía su manera de tratarme, y me retiré en seguida, no teniendo ya razón alguna para quedarme. Apenas si lancé un vistazo a su obra maestra, la que me pareció encontrarse en el mismo estado que cuando la había visto por última vez. Nunca termina nada. ¿Qué será lo que hace realmente y en qué cavilará tanto para pasarse el tiempo así?

No me hizo ninguna pregunta sobre la guerra por más que podía ver que yo venía directamente de allá. Tengo la impresión de que le era completamente indiferente.

La Señoría rehúsa prestarnos más dinero. Su representante ha declarado que no nos concederán ningún empréstito. ¡Es incomprensible! Completamente inconcebible. Dicen que la guerra anda mal. ¡Mal! ¡No hemos hecho otra cosa que obtener victoria sobre victoria todo el tiempo! Hemos penetrado profundamente en territorio enemigo, hasta las puertas de su capital que ahora vamos a tomar para cosechar los frutos de nuestros extraordinarios éxitos. ¡Y justamente ahora tendríamos que detenernos! Precisamente ahora, cuando la ciudad está ahí, esperando ser conquistada, destruída, incendiada, borrada de la superficie de la tierra. ¡Es indignante! Es algo que no se puede creer. ¡Esos mercaderes inmundos nos impedirían alcanzar la victoria final! ¡Sólo porque no quieren desprenderse de su miserable dinero! ¡No! ¡No es posible! ¡Sería el colmo de la infamia!

Es preciso que el príncipe encuentre una salida. Claro que ha de encontrarla. Una cosa tan vil como el dinero no puede paralizar una guerra grande y gloriosa. Está fuera de dudas.

El palacio es un hervidero de escuderos, enviados extranjeros, consejeros y generales. Los correos van y vienen tendiendo una red

entre el príncipe y el frente. Estoy completamente enloquecido de rabia.

¡Los mercenarios de Boccarossa se niegan a continuar la lucha! Quieren que se les pague. Ante todo, lo que se les debe, y exigen que, en adelante, se les remunere con el doble. Hasta que no lo consigan no harán nada. No pudiendo conseguir el dinero, el príncipe trata de atraerlos prometiéndoles que cuando conquisten la capital podrán saqueada a su antojo, lo que constituye un rico botín. Ellos contestan que así como esa ciudad nunca fue conquistada antes, quién sabe si realmente podrán tomarla ahora. Además es necesario empezar por destruir el ejército de Il Toro, y después resignarse a un largo sitio, cosa que no los entusiasma porque encuentran que los sitios son aburridos. Mientras dura la inactividad del sitio, no es posible saquear. Por añadidura han tenido grandes pérdidas, mucho mayores que las que habían previsto. Todo esto los contraría. Y si es cierto que les gusta matar, es igualmente cierto que no desean ser ellos los muertos, al menos por una paga tan insignificante. Su manera de expresarse indica en ellos una completa falta de cortesía y de barniz diplomático.

¿Qué va a pasar? ¿Qué giro tomarán las cosas? Pero seguramente el príncipe ha de encontrar alguna solución. Es un diablo que sabe encontrarlas. Le gustan los inconvenientes que le proporcionan la oportunidad de evidenciar su grandeza. Y nuestro aún invicto ejército acampa siempre ante los muros de la ciudad de los Montanza. ¡No olvidemos esto!

¡La guerra va a terminar! Las tropas volverán a cruzar la frontera, regresarán a sus hogares, y todo habrá terminado. ¡Terminado!

¡Debo de estar soñando! Esto debe ser un sueño, una pesadilla horrible. No es posible que sea la realidad, Seguramente voy a despertar y a encontrarme con que sólo ha sido un sueño funesto y aterrador.

Pero es verdad. ¡Verdad! Una amarga e incomprensible verdad. Uno se toma la cabeza con las manos y se rehúsa a creerlo.

La avaricia, la infamia, la traición, toda una mezcla de bajezas humanas ha caído sobre nuestro heroico ejército arrancándole las armas de las manos.

Nuestras siempre invictas tropas, que cubiertas de honor permanecen, poderosas y entusiastas, ante las puertas del enemigo, se verán forzadas a retirarse sin poder dar un solo golpe de espada y volverán a sus hogares, abandonadas, traicionadas, cuando su único anhelo era el de vencer o morir. Es una indignante y vergonzosa tragedia.

¡Nuestra gran guerra, la más gloriosa de toda nuestra historia, va a terminar así!

Estoy como paralizado por el dolor y la cólera. Nunca en mi vida he estado tan emocionado y nunca he sentido tanta vergüenza. La amargura, el despecho y el furor hierven en mí. Y al mismo tiempo me siento como inmovilizado, me siento completamente impotente. ¿Cómo podría yo dominar y modificar el curso de los acontecimientos? ¿Cómo podría detener el desarrollo de este drama siniestro? No puedo hacer nada, absolutamente nada.

Esto ha terminado. Todo ha terminado. Terminado.

Cuando me lo dijeron, y cuando finalmente comprendí el sentido de lo que escuchaba, me alejé de todos, me escurrí hacia el departamento de los enanos para estar solo conmigo mismo. Temía no poder dominar mis sentimientos y dejarme arrastrar a manifestaciones indignas de un hombre. Y apenas llegado a mi pequeña cámara desnuda empecé a ser sacudido por incontenibles sollozos. Lo reconozco. No pude contenerme más tiempo. Con mi impotente cólera apreté los puños contra mis ojos y lloré. Lloré.

El príncipe permanece en sus habitaciones y no recibe a nadie. También toma allí sus comidas, completamente solo. Yo se las sir-

vo, y, excepción hecha del servidor que las trae, soy el único que lo ve. Parece perfectamente tranquilo. Pero no es fácil decir lo que se oculta bajo esa máscara pálida. Su cara está blanca como tiza dentro del marco de su barba negra, y la mirada inquieta parece no ver nada. Apenas si advierte mi presencia, y ni una palabra sale de sus delgados labios, descoloridos. El pobre servidor le teme. Pero es un poltrón.

Cuando se enteró de que los venecianos rechazaban su pedido, que esa maldita república de mercaderes pretendía impedir le continuar la guerra, tuvo una verdadera crisis de rabia. Jamás lo había visto en semejante estado. Era tal su furia que espantaba verlo. Completamente fuera de sí levantó su puñal y lo clavó en la mesa hasta el mango. Si los despreciables mercaderes hubieran podido verlo en este instante, estoy seguro de que se hubieran apresurado a poner el dinero sobre la mesa.

Lo que lo tiene en particular contrariado es no haber tenido la ocasión de aprovechar verdaderamente las máquinas geniales de mae-se Bernardo. Precisamente ahora las hubiera utilizado. Está convencido de que con ellas habríamos tomado la ciudad y de que la victoria estaría próxima. ¡Por qué no las habrá empleado!

Era hermoso contemplar su crisis de furor. Pero luego comencé a pensar que quizá no sea un hombre tan poderoso. ¿Por qué depende tanto de los demás? Y hasta de una cosa tan vulgar y sucia como el dinero. ¿Por qué no aplastó la ciudad lanzando sobre ella nuestro invencible ejército? ¿No sirven para eso los ejércitos?

Es sólo una pregunta que hago. Yo no soy un estratega, y tal vez no comprendo el arte de la guerra, pero mi alma también está llena de dolor y medita sobre nuestro desgraciado destino.

Me he quitado mi armadura. Con pena y amargura la he colgado allá, arriba, en el departamento de los enanos. Cuelga de su clavo como un pobre fante inútil. Humillada. Deshonrada.

Pronto hará cuatro semanas que reina la paz. Una atmósfera lúgubre envuelve el palacio, la ciudad, todo el país. Es curioso observar hasta qué punto el abatimiento y el malestar se extienden durante un prolongado período de paz. Se nota ya cómo la atmósfera empieza a volverse espesa y asfixiante y cómo actúa en forma deprimente para todos los sentidos. Los soldados licenciados están descontentos. Nada les place. La gente que ha permanecido en sus casas se muestra irritable e hiriente con ellos, quizá porque la guerra no ha tenido el final esperado. La vida cotidiana sigue su curso monótono, arrastrándose sin ningún objeto. Todas las esperanzas puestas en la guerra han desaparecido.

La vida en la corte parece moribunda. Casi nadie entra ni sale por la gran puerta principal, salvo quienes residen en palacio, y hasta nosotros mismos nos servimos a menudo de las otras entradas. Ningún extranjero llega de visita; ninguno se ha anunciado; ni nadie invita a nadie. Los salones permanecen vacíos, y los mismos cortesanos apenas se dejan ver. Los corredores están desiertos, casi nunca se encuentra a nadie en ellos, y en las escaleras sólo resuena el eco de pasos solitarios. Todo produce la impresión casi fantasmagórica de un castillo abandonado.

En el interior de su apartada cámara, el príncipe se pasea de un lado a otro, o absorbido por sus melancólicas reflexiones permanece sentado ante la mesa donde su puñal ha dejado una marca que parece una llaga incurable. Sombrío y amenazador, fija su mirada en el espacio, meditando quién sabe en qué.

Es un período triste y deprimente. Los días se arrastran penosamente hasta que llega la noche otra vez.

Tengo bastante tiempo para escribir, para entregarme a la descripción de mis experiencias y mis reflexiones, pero no tengo deseo alguno de hacerla. Paso la mayor parte del tiempo sentado a la ventana mirando deslizarse lentamente el río gris amarillento delante de los muros del castillo, sobre los cuales deja una mancha gris como

de bilis. ¡El mismo río que un día, en el país de Il Toro, fue testigo de nuestra magnífica victoria!

¡No! ¡Esto es inconcebible! ¡Esto es más desconcertante que todo cuanto ha sucedido durante este terrible período! ¡Ahora vacila la tierra bajo mis pies y he perdido toda clase de fe en todas las cosas!

¿Puede uno imaginarse algo semejante? El príncipe opina que él y la casa Montanza deben reconciliarse y comprometerse mediante un tratado a no hacerse la guerra jamás. Van a terminar con esta lucha perpetua y van a contraer el solemne compromiso de ponerle fin para siempre. ¡Nunca más volverán a levantarse en armas los unos contra los otros! Il Toro, furioso por nuestra reciente invasión, parece que ha rehúsado desde un principio. Mas el príncipe ha insistido en su proyecto. ¿Por qué nuestros dos pueblos continuarán destruyéndose, Y para qué sirven todas estas guerras insensatas? Ya se han batido durante dos siglos sin que ninguno de los bandos haya conseguido una victoria definitiva sobre el otro, de modo que ambas partes han estado perdiendo por igual en esta guerra eterna. Este estado de cosas no ha traído para nosotros más que hambre y miseria. ¡Cuánto mejor sería que viviéramos en paz, en mutua comprensión, a fin de que nuestros países pudieran volverse florecientes y felices como debieron haber sido en todo tiempo! Se dice que Ludovico ha concluído por escuchar poco a poco las proposiciones del príncipe y que ha terminado por encontrarlas interesantes. Ahora acaba de contestar diciendo que acepta la proposición y que concurrirá a la invitación de mi señor para negociar una paz duradera y la firma solemne del tratado.

¡Me parece que el mundo se ha vuelto loco! ¿La paz eterna? ¿Adiós a la guerra para siempre? ¡Qué farsa! ¡Qué niñería! Se imaginan que es posible cambiar el orden del universo. ¡Qué presunción! ¡Y qué infidelidad para con el pasado, para con todas las grandes tradiciones! ¡Nunca más la guerra! ¿Ya no correrá la sangre, y la gloria y el heroísmo no valdrán nunca nada? ¿No volverá a sonar el cuerno

de plata, ni los caballeros cargarán con sus lanzas, ni los ejércitos buscarán una muerte heroica en los campos de batalla? ¿Y nada pondrá límites al orgullo y a las presunciones desmesuradas de la humanidad? ¿Ningún Boccarossa, picado de viruela y de apretados labios, volverá a desenvainar su ancha espada para enseñar a esta raza quiénes son sus amos? Los mismos cimientos de la vida se derrumbarán.

¡Reconciliación! ¿Puede alguien imaginarse cosa más vergonzosa? ¡Una reconciliación con su enemigo mortal! ¡Qué perversidad, qué sinuoso y repugnante artificio! ¡Y qué humillación, qué envilecimiento para nosotros, para nuestro ejército y para los que cayeron por nosotros! ¡Qué deshonra para nuestros héroes, sacrificados completamente en vano! Es tan horrible que repugna.

Sobre esto cavilaba. A menudo me preguntaba qué podía ser... ¡y era esto! Y ahora está de mejor humor, ha comenzado a hablar como de costumbre, y parece reanimarse y sentirse muy satisfecho de sí mismo. Debe creer que ha tenido una inspiración muy original, una idea brillante y "grandiosa".

No encuentro palabras para expresar mi ilimitado desprecio. Mi fe en mi príncipe, en mi señor, ha recibido un golpe del que no se repondrá jamás. Ha caído tan bajo como puede caer un príncipe. ¡La paz eterna! ¡Un eterno armisticio! ¡Jamás otra guerra por toda la eternidad! ¡Nada más que la paz, la paz! No es ciertamente fácil ser el enano de semejante señor.

Todo el palacio es un caos por culpa de esta recepción idiota. Una tropieza contra los baldes y los trapos de limpieza; la basura está amontonada por todas partes, y el polvo se le entra a uno en la garganta cuando se lo sacude por las ventanas. Se bajan de los desvanes las antiguas tapicerías que se extienden sobre el suelo, y uno pisa sus ovejunas escenas amorosas que serán suspendidas de los muros para embellecer la vergonzosa fiesta de "paz y reconciliación". Los departamentos para huéspedes, que no han sido utiliza-

dos durante muchos años, son puestos en orden, y los servidores corren como locos, de aquí para allá, saltando sobre sus piernas para atender a todo. Todos están disgustados con el estúpido proyecto del príncipe, cuya ejecución exige mucho trabajo y esfuerzos. El palacio Geraldí también está siendo arreglado para alojar a la escolta de Ludovico. Dícese que después de la permanencia en él de Boccarossa y su séquito, ha quedado como un chiquero. Las bodegas se llenan de provisiones. Centenares de bueyes, terneros y carneros que el intendente de palacio ha obligado al pobre pueblo a entregarle, sin hablar de los cereales con que han de alimentarse los caballos. Naturalmente, el descontento reina en todo el país. Creo que, si pudieran hacerla, los súbditos se levantarían contra el príncipe a causa de su absurda idea de esta "fiesta de la paz". Se matan gacelas en los parques. Se ponen trampas para los faisanes y las liebres. Se cazan jabalíes en la montaña. Los halconeros de la corte traen a la cocina codornices, perdices y garzas reales. Allí se degüellan las codornices, se palpa la carne de los capones para ver si está suficientemente gorda, y se eligen los más hermosos pavos reales en vista del gran banquete que debe realizarse uno de estos días. Los sastres cosen riquísimos trajes para el príncipe y la princesa, de costosas telas de Venecia -¡Para eso sí que han obtenido crédito, pero no para proseguir la guerra!-, y todos los patricios de la ciudad van y vienen probando también sus indumentos. Se alzan arcos de honor frente al palacio y a lo largo de las calles por donde pasarán Ludovico y su comitiva. Se instalan doseles ante la puerta del castillo y en el vestíbulo, y se sacuden los tapices que adornarán las ventanas. Los músicos repiten sus músicas todo el día, en forma enloquecedora, y los poetas de la corte componen algunas tonterías que serán representadas, en la gran sala del trono. Nadie se ocupa ni habla de otra cosa que de los preparativos de esta fiesta idiota. Toda la corte está en ebullición, todo es desorden en palacio, y no se puede dar un solo paso sin tropezar con alguien o con algo. Todo está fuera de su lugar, y es un caos indescriptible.

Estoy tan enfurecido que creo que voy a estallar.

El enemigo ha hecho su entrada solemne en nuestra capital, engalanada en honor suyo como nunca lo ha estado antes. Precedidos de treinta trompetas y flautistas a caballo, y rodeados de su guardia de caballería vestida de verde y negro, con los estandartes en alto, Ludovico Montanza y su degenerado hijo Giovanni Montanza han cruzado las calles, a caballo, acompañados de innumerables caballeros y de nobles, y seguidos, finalmente, por doscientos arqueros, también a caballo. Ludovico montaba un garañón negro con una silla de terciopelo verde oscuro, bordada de plata, y arneses de plata, y fue saludado con "júbilo popular". El pueblo siempre se siente jubiloso cuando se le ordena; poco le importa el porqué: ahora se imagina que está encantado con las perspectivas de una paz eterna. Tres heraldos que el príncipe había enviado al encuentro de Ludovico anunciaron su llegada y el objeto de su visita, mientras sonaban las campanas de todas las iglesias. Nuestra degradación no podía ser exhibida en forma más espectacular. Se saludaba a los invitados con las descargas de las bombardas lanzadas al vacío, aunque a mi juicio debieron ser descargadas sobre los que llegaban. El caballo del hijo del príncipe se asustó de las descargas, o de quién sabe qué, y el jinete estuvo a punto de ser arrojado a tierra, pero en seguida pudo dominar su cabalgadura y continuar con la cara enrojecida. Parece un niño y no debe tener más de diecisiete años. A pesar de que salió bien del trance, el pueblo se pregunta si eso no constituye algún funesto presagio. El pueblo siempre está a la caza de presagios en las circunstancias "solemnes", y esto fue lo único que le proporcionó una oportunidad para manifestar su perspicacia.

Ludovico descendió de su caballo ante la puerta del palacio y fue saludado por el príncipe con un discurso grandilocuente. Resultó ser un hombre de corta estatura, con las mejillas llenas y lisas, completamente coloradas de tan sanguíneas, y un corto cuello de toro. La barba le cubría sólo la parte inferior del rostro, y aun allí era tan escasa que no lo adornaba lo suficiente para embellecerlo. Sus penetrantes ojos grises se esforzaban por ofrecer una expresión amable,

pero no hay por qué fiarse de esto: todos sabemos que es un bandido. Parece colérico y pronto a dar un golpe por un sí o por un no.

El día ha transcurrido con las ceremonias de la recepción, los banquetes, y las negociaciones sobre el tratado entre los dos Estados, discutiéndose sus extrañas cláusulas y su definitiva redacción. Esta noche se llevó a cabo la tremendamente aburridora representación teatral de una pieza en latín, de la que no entendí una palabra, y, que yo sepa, los demás tampoco. Pero en seguida se dió, en la lengua común, una comedia picaresca que todo el mundo comprendió mucho mejor. Todos gozaron en forma increíble de su crudeza y de su grosería. A mí me pareció repugnante.

Por fin, todo ha terminado por hoy y me he sentado aquí, solo, en mi cámara, agradecido por mi soledad. Nada procura tanta satisfacción como ella. Felizmente el departamento de los enanos tiene un techo demasiado bajo, pues, de lo contrario, es seguro que hubieran alojado en él algunos huéspedes. Hubiera sido espantoso.

Se pretende que el joven príncipe es hermoso: si es así me parece que no ha de debérselo a su padre. Así lo encontró la gente cuando hizo su entrada a caballo, vistiendo un traje de terciopelo azul que combinaba con el color de su montura. Es posible. Yo lo encuentro demasiado endeble y afeminado con sus ojos de gacela, sus largos cabellos negros y su tez delicada que por cualquier cosa se sonroja. Tal vez esté equivocado, pero no puedo tolerar apariencia semejante. A mi juicio, un hombre debe parecer un hombre. Se asemeja seguramente a su madre, la bella y celebrada Beatrice, que debe de haber sido muy linda, y que, aunque ha muerto hace diez años, se dice que está en el paraíso.

Esta tarde lo encontré paseándose por la rosaleda en compañía de Angélica. Poco después los vi caminar a lo largo del río arrojando migas de pan a los cisnes. Las dos veces noté que ambos hablaban. No sé qué puede haberle dicho a esta criatura tan tonta. Tampoco debe haber advertido su fealdad pues, entonces, evitaría su compañía. Quizá sea tan tonto como ella.

Naturalmente, don Ricardo está en todo, se desliza en todas las ceremonias, se pone en evidencia en toda ocasión, según su costumbre. Sus heridas ya están curadas. No queda huella de ellas, excepción hecha de un brazo algo rígido. A eso se reduce la historia de su heroísmo.

Hace ya tres días que tenemos el enemigo en la ciudad. Las fiestas en su honor continúan sin interrupción y nunca hay un instante de reposo. Anoche estaba demasiado cansado para hacer la menor anotación y ahora aprovecho la mañana para escribir precipitadamente algunas líneas sobre los incidentes de ayer y mis propias impresiones. Los dos príncipes abandonaron el castillo antes de la salida del sol y pasaron varias horas cazando con halcones en los prados situados al oeste de la ciudad. Mucho le agrada a Ludovico esta clase de cacería y el príncipe tiene una bella colección de halcones; entre ellos, algunas especies muy raras que le ha regalado el rey de Francia y cuya habilidad se complace en poner en evidencia. Hubo después una comida que duró horas, y luego un concierto que tuve que sufrir a pesar de que la música es lo peor que conozco. Siguió luego una danza morisca, a la que sucedieron unos juglares que despertaron gran admiración y que fue lo único que valía la pena de verse. Inmediatamente después se empezó a comer de nuevo, lo que se prolongó hasta altas horas de la noche, y entonces se representó una vergonzosa pantomima con hombres y mujeres en trajes tan ceñidos que parecían desnudos. La mayor parte se encontraba ya en el más alto grado de ebriedad. Así terminó el programa del día, y al fin pude ganar mi lecho, durmiéndome en seguida, completamente agotado.

El príncipe se ha mostrado todo el tiempo con el más excelente humor, amable y encantador como difícilmente puede habérselo visto nunca. No sabe qué hacer con sus huéspedes, rodeándolos de tantas atenciones que uno se siente asqueado. Me indigna verlo. Él e Il Toro parecen los mejores amigos del mundo, al menos él se com-

porta como el más sincero amigo. Al principio Ludovico se mostró bastante reservado y quizá un tanto desconfiado, pero su desconfianza ha desaparecido ahora. Claro que ha venido con una importante guardia personal y una fuerza de varios centenares de hombres. Es como para preguntarse si son necesarios tantos guerreros para lograr una paz eterna. Quizá sea la costumbre en semejantes casos. Y un príncipe no puede mostrarse sin una gran comitiva cuando es el invitado de otra corte. Sí, yo conozco los usos y las costumbres. Sin embargo, no puedo tolerar la calma viendo tantos enemigos alrededor de mí.

La actitud de mi señor es un verdadero enigma. ¿Cómo puede comportarse de esta manera tan vergonzosa con nuestro enemigo tradicional? Pero no es raro, es mi destino no poder penetrar jamás completamente a este hombre. Pero no quiero ocuparme más de esto y sólo he de repetir lo que dije antes: que mi desprecio por él no tiene límites.

Ayer también he visto juntos a Giovanni y Angélica más de una vez. Parecían aburrirse. Al atardecer los he observado mientras estaban sentados al borde del río, pero ya no alimentaban los cisnes ni se hablaban; no hacían otra cosa que estar sentados juntos; mirando correr el agua. Indudablemente, no tienen nada más que decirse.

¿Qué otra cosa puedo contar? No ha sucedido nada más. Hoy será solemnemente firmado el tratado de paz eterna y después habrá un gran banquete con diversas atracciones, que durará toda la noche. Me siento muy abatido y todo me produce disgusto.

El príncipe' me ha confiado algo tan extraordinario que el sólo pensarlo me produce vértigo. No puedo decir de qué se trata, ni siquiera una palabra. Es un secreto exclusivamente entre él y yo. Nunca antes me había imaginado cuánto nos parecemos.

Soy inmensamente feliz. Es lo que puedo decir.

Esta noche a las seis comenzará el gran banquete. Será el punto culminante de las festividades, y se llevan a cabo tan extraordinarios

preparativos que necesariamente tiene que ser un éxito. Tengo la impresión de que voy a estallar.

¡Es un gran príncipe!

Voy a escribir ahora el relato de los últimos acontecimientos de ayer y, ante todo; describiré el gran banquete que coronó la ceremonia del tratado de paz entre nuestra casa principesca y la casa Montanza, así como los sucesos que se desarrollaron.

Primeramente, se nos reunió en la sala del trono y se nos leyó el tratado de paz entre nuestros dos Estados. Estaba redactado en términos verdaderamente elegantes y solemnes, y contenía cláusulas relativas a la supresión de fortalezas y fronteras y a la libertad de comercio entre nuestros dos pueblos, así como ciertos reglamentos para facilitar los intercambios. No restaba más que firmarlo. Seguidos de sus principales consejeros, los dos príncipes acercáronse a la mesa y pusieron sus firmas sobre los dos grandes documentos que allí estaban desplegados. Eso fue muy impresionante. Inmediatamente después se oyeron los sones de sesenta trompetas: los soldados estaban alineados a tres pasos de intervalo entre uno y otro a lo largo de los cuatro muros de la sala y vestidos alternativamente con los colores de nuestro príncipe y los de la casa de Montanza. En seguida los presentes, siguiendo al maestro de ceremonias, se reunieron en la gran sala del banquete a los sones de una marcha especialmente compuesta para las circunstancias. Esta inmensa sala estaba brillantemente iluminada por la luz de cincuenta candelabros de plata y doscientas antorchas que sostenían no solamente los lacayos de doradas libreas sino también algunos muchachos harapientos, que habían sido recogidos en las calles, cuyos pies descalzos y sucios pisaban los mosaicos del piso, y cuyo olor era bastante desagradable cuando uno se les aproximaba. Había en la sala cinco mesas cargadas de platería y de mayólicas, y enormes fuentes con fiambres y frutas de todos colores junto con veinte gran-

des grupos de figuras de azúcar representando escenas de la mitología griega, una religión pagana que conozco mal.

En medio de la mesa central todo era de oro: los candelabros, las fruteras, los platos, las jarras para el vino y los vasos. Allí tomaron asiento los dos príncipes y las personas de sangre principesca, nuestros señores principales y los de Montanza. Sentado en frente de Il Toro, el príncipe tenía a su lado a la princesa, vestida con un traje rojo vivo con mangas de brocato blanco incrustadas de piedras preciosas y sobre su pecho opulento resaltaban los encajes de oro. Su peinado se cubría con una redecilla de plata sembrada de diamantes, que embellecía sus feos cabellos castaños. Como había pasado varias horas pintándose, podía verse, mejor que otras veces, que su rostro gordo y flácido había sido muy hermoso. Ella sonreía con su sonrisa habitual. El príncipe llevaba un simple jubón de terciopelo negro con entalladas mangas adornadas con seda amarilla. Delgado y fino como un florete, parecía muy joven. A pesar de su aire un tanto reservado, debía estar de muy buen humor porque de tiempo en tiempo acariciaba sus cortos cabellos negros, como era su costumbre cuando estaba satisfecho. Yo sentía por él una devoción apasionada. Il Toro mostraba una corta capa verde oscuro, de anchos hombros, y de un fino tejido ornado de cebelina, sobre un traje de escarlata; pesadas cadenas de oro pendían de su pecho. Con esa vestimenta parecía más ancho y más bajo que nunca y su grueso cogote rojo y velludo, de toro, salía por encima del cuello de piel oscura. A juzgar por su fisonomía parecía la encarnación de la amabilidad y de la cortesía, pero la cara de los hombres no es para confiar: es su cuerpo lo que nos revela qué clase de animales son.

De más está decir que don Ricardo también se había instalado en esta mesa, y hasta en uno de los asientos principales, aun cuando debió haberse sentado lejos, en otra mesa. Siempre se pone en evidencia, y el príncipe no puede prescindir de él..., y la princesa tampoco. Habló y comió desde el comienzo del banquete, alisando con aire satisfecho su rizada barba negra. Yo lo miraba con una

mirada glacial cuyo sentido nadie más que yo podía imaginar. Pero es demasiado hablar de él.

A cierta distancia, si puedo hablar así, dado que estaban sentados a la misma mesa, tenían sus sitios Giovanni y Angélica, cosa natural si se tiene en cuenta que son casi de la misma edad y ambos de sangre principesca, por lo menos él. Ella bien puede ser una bastarda. Eran los únicos jóvenes entre los varios centenares de convidados y parecían más niños que adultos, y por ello, como ya dije, parecían encontrarse un poco aparte. Se diría que estaban allí por equivocación. La pobre Angélica hacía esa noche su presentación en el gran mundo y llevaba un traje de satén blanco con grandes mangas colgantes de brocado de oro, y sobre sus cabellos rubios, demasiado pálidos, una cofia bordada de perlas y de finos hilos dorados. Me pareció espantosa. A quienes estaban habituados a verla con sus ropas sencillas, esta vestimenta les produjo un efecto grotesco. Tenía la boca entreabierta, como de costumbre, y la timidez enrojecía sus mejillas de bebé. Sus grandes ojos azules brillaban como si jamás hubieran visto antes una vela. También Giovanni parecía molesto entre todos esos hombres y de tiempo en tiempo les dirigía miradas temerosas. Pero como de todos modos tenía un poco más de mundo que Angélica, debe suponerse que su timidez forma parte de su naturaleza. Llevaba un traje de terciopelo azul con cuello bordado de oro y en una cadena fina un medallón ovalado, de oro, que contenía el retrato de su madre, de quien se dice que está en el paraíso... ¿Quién sabe nada de eso? Bien puede ser que esté sufriendo los tormentos del purgatorio. A algunos huéspedes les he oído decir que les parece hermoso, pero cuando poco después les oí hablar de "una hermosa pareja" me di cuenta de que deben tener una idea muy singular de la belleza. En cualquier caso, para mí no lo es. A mí me gusta que un hombre parezca un hombre. Cuesta creer que sea hijo de príncipe, que sea un Montanza. ¿Cómo va a serle posible sentarse en un trono y gobernar a su pueblo? Por mi parte, me resulta difícil creer que llegue a eso.

Ninguno de los jóvenes tomó parte alguna en la conversación y parecían sentirse incómodos si alguien los miraba. Tampoco hablaban mucho entre ellos, pero noté que se dirigían miradas extrañas y que sonreían misteriosamente cada vez que sus ojos se encontraban. Mucho me sorprendió ver sonreír a la joven, pues no recuerdo haberla visto sonreír nunca, al menos desde su más tierna infancia. Lo hacía muy discretamente, como para tantear el terreno. Tal vez supiera que su sonrisa no era linda. Por otra parte, opino que los seres humanos nunca son hermosos cuando sonríen.

Después de haberlos observado atentamente, empecé a preguntarme, con curiosidad cada vez mayor, qué podría haber entre ambos. Apenas si tocaban los alimentos y se limitaban a mirar los platos. Además pude descubrir que sus manos se encontraban escondidas por debajo de la mesa. Cuando alguno de los que estaban cerca lo notaba y se inclinaba luego sobre su vecino, ellos se mostraban desconcertados y comenzaban a hablarse atropelladamente, con las mejillas completamente encendidas. Poco a poco comprendí que existía algo particular entre ambos...

Comprendí que estaban enamorados. Y este descubrimiento me produjo un efecto singular. No sé por qué me confundió tanto, ni por qué me produjo una impresión tan desagradable.

El amor siempre es algo repugnante. Pero encontré que el amor entre esos dos, que sólo eran un par de niños inocentes, era más repelente que cuanto había observado antes. Ardía de indignación y de cólera al verlo.

Pero dejemos esto por ahora. Me he detenido demasiado con estos niños que, en realidad, no serán los personajes principales de la fiesta. Continuaré describiendo el banquete.

Cuando los invitados terminaron los platos fríos que cubrían profusamente la mesa, apareció en la puerta el mariscal de la corte, montado sobre una yegua blanca con una silla roja, y con voz sonora anunció los doce primeros manjares que inmediatamente fueron presentados por innumerables camerieri y scalci, al tiempo que los

dos trompetas que sujetaban la yegua por las bridas tocaban una marcha militar. Las fuentes humeantes despedían un olor de carne, de salsas y de grasa que saturaron todo el salón, y yo, que apenas puedo soportar el olor de las comidas, creí que iba a descomponerme.

El escudero trinchador, doblando la espalda como un gallo, según acostumbran, se aproximó a la mesa del príncipe con aire importante, y se puso a cortar la carne y a trinchar los patos y los capones, mientras la grasa chorreaba de su mano izquierda, que apretaba la carne, en tanto que, con la mano derecha, maniobraba con el largo cuchillo de trinchar, como si hubiese sido un célebre esgrimista ofreciendo una demostración de su arte peligroso. Los invitados, se lanzaban sobre los manjares y yo empecé a sentir ese desagradable y vago sentimiento de asco que me produce el ver comer a la gente, especialmente cuando es glotona. Abrían unas bocas enormes para introducir en ellas los trozos más gruesos, y los músculos de sus quijadas trabajaban todo el tiempo, y podía vérselas la lengua moviendo los alimentos dentro de las bocas. Lo más desagradable en la mesa principesca era Il Toro, que comía como un palurdo, con un repugnante apetito. Tenía una lengua de un enfermizo color rojo, ancha como la de un buey. El príncipe, por el contrario, no comía con voracidad. Esa noche comió menos que de costumbre, y apenas si bebió. Una vez lo vi levantar su vaso como brindando para sí mismo, y, sumido en sus pensamientos, mirar su verdoso contenido como si estuviera contemplando el mundo en él. Los otros bebían en masa. Los servidores no cesaban de llenar los vasos y las copas.

Grandes fuentes de mayólica que contenían esturiones dorados, carpas y lucios, excitaron la admiración por la forma en que estaban preparadas; luego vinieron enormes galantinas envueltas en adornos de cera, dispuestos tan hábilmente que no podía saberse lo que había debajo; llegaron otras con pastas en forma de cabezas de ciervos y venados, lechones dorados, pollos azucarados y con especias, codornices, garzas reales y faisanes. Finalmente entraron unos pajes vestidos de cazadores llevando un jabalí entero, asado y

dorado como los otros, cuyas abiertas fauces escupían llamas como si hubieran estado llenas de un maloliente combustible. Jóvenes vestidas -o más bien desvestidas de ninfas cazadoras hicieron su aparición desparramando por el suelo polvos perfumados para hacer desaparecer el olor desagradable, mas el resultado fue peor, pues el aire se tornó sofocante. Se me hacía difícil respirar.

El Toro se hizo servir asado como si hasta ese instante no hubiera comido nada. Y todos los demás se sirvieron grandes porciones de esta carne roja que, aunque chorreaba sangre, la juzgaban como un plato delicioso. Era horrible verlos empezar a masticar de nuevo, con el jugo corriéndoseles por la boca y las barbas. Era como presenciar algo vergonzoso, y yo, que siempre evito comer en compañía de otros, y que no consumo más de lo estrictamente necesario, me sentía cada vez más repugnado por esos individuos encendidos e hinchados que parecían no tener más que vientre. Fue igualmente repugnante ver al escudero trinchador abrir el jabalí y sacar de él unos trozos sangrientos hasta no dejar, más que los huesos y algunos jirones de carne.

Don Ricardo, que comía con la mano izquierda, y tenía un servidor particular para cortarle la carne, engullía en grandes cantidades y bebía abundantemente. Su cara no era más que una sonrisa idiota, y con su brazo sano llevaba continuamente la copa a los labios. Vestía un traje de terciopelo rojo oscuro que bien podía ser símbolo de la pasión, pues siempre se viste para la dama de su corazón. Su mirada era más ardiente y brillante que de costumbre, y de pronto se puso a gesticular y a declamar versos insulsos dirigiéndose a cualquiera que quisiera escucharlo, con excepción de la princesa. Frases grandilocuentes sobre el amor y el placer de vivir salían de él a medida que el vino entraba en su garganta. Los ojos de la princesa relucían cada vez que él la miraba; ella le dirigía su enigmática sonrisa, y el resto del tiempo permaneció entre ausente y presente, como es su costumbre en las fiestas. A veces se miraban también a hurtadillas, cuando creían que nadie los observaba, y la mirada de la princesa parecía entonces empañada y con un fulgor casi mórbido.

Yo los observaba. Nunca los perdía de vista aunque ellos ni se lo imaginaran. Tampoco sospechaban lo que se agitaba en mi alma. ¿Quién sabe nada de eso? ¿Quién sabe que yo, el enano, oculto secretos en el fondo de mi ser, allí donde nadie ha llegado? ¿Quién conoce el alma del enano, la más cerrada de todas, de la que depende su destino? ¿Quién adivina, lo que en realidad soy? Es mejor para ellos no suponerlo siquiera. Si lo supieran podrían quedar espantados. Sí, si lo supieran, la sonrisa se les apagaría en la boca y los labios se les marchitarían y secarían para siempre. Ni todo el vino del mundo podría humedecerlos ni enrojecerlos de nuevo.

¿Puede algún vino del mundo humedecerlos otra vez? ¿Volverán a sonreír alguna vez?

Yo observaba también a la damigella Fiammetta, quien, evidentemente, no estaba ubicada en la mesa principesca, pero que, de todos modos, ocupaba un lugar superior a su rango. Es una recién llegada a la corte y hasta el presente no me había fijado en ella, cosa que ahora me parece inexplicable. Posee una belleza indudablemente llamativa, es alta y erguida, joven y sin embargo muy dueña de sí misma. Su cara es morena, muy orgullosa y dura, con rasgos regulares y ojos negros como el carbón en cuyo fondo sólo brilla una chispa. Advertí que el príncipe a veces dirigía hacia donde ella estaba una mirada inquieta, como si tratara de descubrir en su impenetrable fisonomía su pensamiento o su estado de alma. Ella no lo miraba nunca.

Pronto se apagaron casi todas las luces del salón mientras se escuchaba una música excitante cuya procedencia no era posible establecer, y en la oscuridad irrumpieron doce bailarines moros con antorchas entre los dientes y se pusieron a ejecutar una danza desenfrenada: era un espectáculo que cortaba la respiración. Ora giraban con un círculo de fuego en torno de sus cabezas negras, ora lanzaban al aire sus antorchas para recogerlas nuevamente entre sus relucientes dientes de animales salvajes. Jugaban con el fuego como con algo peligroso, y todos los contemplaban entre fascinados y

asustados por su aspecto extraño y perverso. Se reunían especialmente alrededor del lugar donde estaban sentados los príncipes y, cuando alzaban las antorchas, una lluvia de chispas descendía sobre la mesa. Cuando sus oscuras caras se deformaban en muecas crueles, mientras mordían las antorchas, adquirían el aspecto de espíritus de un mundo subterráneo al que se diría que habíanle arrancado el fuego. ¿Y por qué no las habrían encendido allí? ¿Por qué no habrían sumergido sus antorchas en las llamas del infierno? Yo estaba oculto en la oscuridad, con mi vieja cara de enano mirando esos espíritus y sus extrañas y perversas danzas que pudieran haberles sido enseñadas por el diablo mismo.

Y como para señalar su origen y recordar el reino de la muerte, al que todos los hombres pertenecerán un día, volcaron sus antorchas y las apagaron en el suelo, desapareciendo repentinamente como tragados por la tierra.

Hubo un ligero estremecimiento en el salón antes de que las luces fueran nuevamente encendidas, y mis ojos de enano, que ven en la oscuridad mejor que los de los demás, advirtieron que algunos de los huéspedes tenían la mano sobre el pomo de la espada, como listos para cualquier eventualidad.

¿Por qué? Si no eran más que unos bailarines que el príncipe había alquilado en Venecia para divertir a sus invitados.

Tan pronto como el salón estuvo otra vez completamente iluminado, el mariscal de la corte reapareció en la puerta, sobre su yegua blanca, y gritó con voz potente: "Pavoní!", acompañado de una alegre marcha militar, anunciando así el gran acontecimiento de la noche, el plato más refinado, el más maravilloso, y al instante irrumpieron de todos lados cincuenta servidores transportando sobre sus cabezas enormes fuentes de plata incrustadas de piedras preciosas sobre las cuales se habían colocado otros tantos dorados pavos reales, cuyas colas se abrían en abanico con todos sus colores. La novedad despertó un estúpido asombro, y la depresión provocada por la extinción de las antorchas, que significaba muerte, desapare-

ció en el acto. Esos seres son como los niños, olvidan mi juego por otro. Únicamente no olvidarán jamás el juego que yo jugaré con ellos.

Después de haber quedado boquiabiertos de admiración ante los manjares suntuosos, se dedicaron a devorarlos como lo hicieron con cuanto se les había puesto antes sobre la mesa. El festín recomenzó como al principio con esas aves que siempre aborrezco y que recuerdan a los hombres..., razón por la cual éstos los admiran y los consideran como algo delicioso. Cuando los pavos reales fueron devorados, llegaron nuevas fuentes con faisanes, capones, codornices y patos otra vez; esturiones, carpas y jugosos asados de animales de caza mayor, nuevas cantidades de comida con las que los invitados se atracaron al punto de producirme náuseas. En seguida aparecieron montañas de tortas, bombones y dulces de toda clase que englutieron como si nada hubieran comido durante toda la noche. Y finalmente se arrojaron sobre los artísticos postres que representaban bellos grupos de divinidades griegas, que encontraron particularmente hermosos, y de los que apenas dejaron escasos restos, al extremo que las mesas manchadas tenían el aspecto de haber sido saqueadas por los bárbaros. Yo miraba el saqueo de esos individuos acalorados y sudorosos con la más grande aversión.

El maestro de ceremonias hizo entonces su entrada y reclamó silencio. Anunció la representación de una alegoría muy hermosa, compuesta a requerimiento del príncipe por los poetas de la corte, para diversión y edificación de sus muy honorables invitados. Los magros y pálidos escritorzuelos, modestamente sentados a una mesa, al fondo del salón, pararon las orejas y adoptaron un aire más idiota que nunca, para asistir a la representación de su obra de genio cuyo contenido simbólico y profundo debía constituir el punto culminante de la fiesta.

Sobre un estrado ubicado contra el muro principal, apareció el dios Marte, con brillante armadura, y anunció que él había resuelto obligar a los dos poderosos luchadores Celefon y Kalixtes a librar un

combate que cubriría sus nombres de eterna gloria y que, sobre todo, haría resaltar su propia grandeza y su poderío mostrando cómo, cuando el dios de la guerra lo ordenaba, nobles hombres enfrentábanse derramando su sangre. Mientras existieran el coraje y la caballerosidad sobre la tierra, esas virtudes inapreciables estarán solamente al servicio de Marte, terminó diciendo el personaje al abandonar la escena.

Los dos campeones hicieron entonces su presentación y se lanzaron el uno contra el otro desde que se advirtieron mutuamente. Sus espadas relampagueaban y el largo combate de esgrima excitó la admiración de los expertos conocedores. Yo también debo reconocer que eran maestros en su arte y tuve gran placer con esta parte del espectáculo. Durante la lid simulaban darse golpes terribles y se desplomaron como exangües por sus presuntas heridas y quedaron como muertos sobre el piso.

El dios de la guerra reapareció y habló, en términos solemnes, sobre ese combate glorioso que los había conducido a ambos a una muerte heroica, sobre su invencible poder en el espíritu de los hombres, y sobre sí mismo, el más poderoso de todos los dioses del Olimpo.

Cuando este personaje hubo desaparecido se oyó una dulce y serena música, y algunos instantes después entró con paso grácil la diosa Venus, seguida por sus damas de honor, y encontró a los dos luchadores que yacían por tierra cruelmente heridos, y, como ella dijo, bañados en su sangre. Sus acompañantes se inclinaron sobre ellos deplorando que hombres tan hermosos hubieran sido tan inútilmente despojados de sus fuerzas y conducidos al más allá, y en tanto ellas lloraban tan trágico destino, su diosa declaraba que el causante debió ser el dios Marte, quien los habría incitado a una lucha tan insensata. Las ninfas estuvieron de acuerdo, pero le recordaron que el dios Marte había sido su amante y que, a pesar de su celeste dulzura, ella lo había aprisionado entre sus brazos. Pero ella declaró que eso no era más que una calumnia. ¿Cómo la diosa del amor podía haberse enamorado de una divinidad salvaje y bár-

bara, aborrecida por todos, hasta por su propio padre, el gran Júpiter? Dicho esto, avanzó unos pasos y tocó con su varita mágica a los caídos campeones que inmediatamente se levantaron, sanos y descansados, y se tendieron las manos en signo de paz y de amistad eterna, jurando que nunca más se dejarían seducir por el terrible dios Marte para ninguna otra guerra sangrienta y mortal.

La diosa hizo entonces un largo y emotivo discurso sobre el amor, que describió como el más fuerte y el más dulce de todos los poderes, como la fuente vivificante de todas las cosas, como el dulce poder que pone ternura en la fuerza misma, que dicta las leyes celestes que los seres terrenales no pueden dejar de respetar, que puede purificar y transformar la grosera naturaleza humana, los actos de los príncipes y las costumbres de los pueblos; sobre el amor al prójimo y la caridad que, servidos por la nobleza de los sentimientos y la magnanimidad, triunfan en un mundo devastado y sangriento, y aportan a la raza otras virtudes ajenas al honor de la guerra y al ruido de las armas. Y levantando entonces su varita mágica anunció que su divino poder iba a conquistar la tierra y a hacer en ella la morada feliz del amor y de la paz eterna.

Si yo hubiera tenido una cara capaz de sonreír, es ciertamente eso lo que habría hecho durante este epílogo ingenioso. Pero esos desbordes sentimentales despertaron un eco entusiasta en la mayor parte de los espectadores, que fueron dominados por la emoción, y un silencio casi religioso acogió las hermosas palabras de la diosa. Los escritorzuelos, que se atribuían todo el éxito, parecían tan encantados y se adjudicaban toda la gloria a pesar de que nadie pensara en ellos. Seguramente consideraban esta alegoría llena de alusiones y de frases bellas, como el único acontecimiento importante de todas las solemnidades destinadas a celebrar el tratado de paz eterna entre nuestra casa principesca y la casa Montanza. Pero yo me preguntaba si lo más importante no era lo que aún estaba por suceder.

Como de costumbre, tenía yo mi lugar detrás de mi señor el príncipe, pues conociendo a fondo su naturaleza, podía adivinar sus deseos antes de que los hubiese expresado, y a veces quizás antes de que él mismo se los imaginara, y de esta manera cumplir sus órdenes como una parte de él mismo. En ese momento me hizo una señal, imperceptible para los demás, indicando que debía servir a Il Toro, su hijo y sus principales caballeros, el precioso vino que está solamente bajo mi custodia y que yo sé cómo debe prepararse. Busqué mi jarra de oro y serví primero a Il Toro. Se había quitado su capa bordada de pieles porque sentía demasiado calor a fuerza de beber y allí estaba sentado con su traje escarlata, bajo y grueso. Evidentemente la sangre se le había subido a la cabeza, pues tenía el rostro completamente enrojecido. La cadena de oro se había enrollado tan bien en su cuello de toro que parecía un prisionero. Llené su copa hasta el borde. En torno de su cuerpo ahito flotaban vapores de sudor, de erupciones y de vino, y sentí un verdadero malestar por encontrarme tan cerca de este ser bestial y repugnante. Nada hay más innoble que un ser humano, pensaba, y seguí a lo largo de la mesa para servir a algunos de los miembros más importantes de su comitiva, generales y altos señores que habían sido sentados a la mesa del príncipe.

En seguida llené el vaso de oro de Giovanni mientras Angélica me miraba con sus tontos ojos azules, tan estúpidos y azorados como en los días de su infancia, cuando comprendía por mi cara de viejo rezongón que no quería jugar con ella. Pude ver que soltaba la mano del joven príncipe en el momento en que yo me aproximaba, y también pude ver que palidecía, sin duda porque temía que yo hubiera descubierto su vergonzoso secreto, en lo que no se equivocaba. Había notado con repugnancia la creciente intimidad de ambos, tanto más culpable cuanto que pertenecían a dos pueblos enemigos y no eran más que dos niños inocentes que se dejaban atraer por los cenagales del amor. Había notado cómo se ruborizaban, cómo se les subía a la cara ese color que se produce cuando la sangre se excita por esa concupiscencia cuyas manifestaciones producen

náuseas. Había observado con desagrado esa mezcla de inocencia y de sensualidad que es particularmente repugnante, y que hace del amor entre dos personas del esa edad algo más escandaloso y repulsivo que en cualquiera otra. Con placer llenó su vaso, que había sido vaciado hasta la mitad; lo que no significaba nada pues a ello le añadía mi propio vino.

Finalmente me acerqué a don Ricardo y llené de golpe su vaso. Eso no formaba parte de mi misión. Pero yo me doy mis propias órdenes. Yo también soy mi propio señor. Y cuando advertí que el príncipe me miraba, sostuve su mirada con la más perfecta calma. Era una mirada extraña. Así suelen ser, a veces, las miradas de los hombres. Las de los enanos, nunca. Era como si toda su alma subiera a la superficie mientras seguía mis gestos con una mezcla de temor, de angustia y de deseo. Era como si raros monstruos acuáticos, enemigos de la luz, emergieran y se deslizaran unos por encima de los otros con sus viscosos lomos. Un viejo como yo no había visto jamás una mirada semejante. Lo miré fijamente en los ojos y esperé que notara que mi mano no temblaba.

Sé lo que él quiere. Pero también sé que es un caballero. Yo no soy ningún caballero. Sólo soy el enano de un caballero. Adivino sus deseos antes de que él los exprese, y, como ya lo he dicho, quizás antes de que los conciba, y cumplo las órdenes mudas como si fuese una parte de él mismo. Es agradable tener un pequeño audaz de mi especie que puede prestar toda clase de servicios.

Mientras llenaba el vaso de don Ricardo, que, naturalmente, estaba vacío, él se echó hacia atrás soltando una fuerte carcajada, de modo que la barba quedó derecha y la boca, con sus anchos dientes blancos, quedó totalmente abierta como un gran agujero. Así fue como pude verle hasta el fondo de la garganta. Ya he expresado cuán desagradable es observar la risa de los hombres. Pero mirando a ese tonto que "ama la vida" y la encuentra tan divertida, lanzando sus vulgares carcajadas, me indigna particularmente. Las encías y los labios estaban mojados y las lágrimas inundaban sus lagrimales,

y una red de rayas sanguinolentas le daba a los congestionados ojos castaño oscuro un brillo anormal. La manzana de Adán asomaba bajo los cortos pelos de la barba. En su mano izquierda reconocí un anillo de rubíes que la princesa le había regalado un día que se encontraba enfermo y que yo había llevado contra mi corazón envuelto en una de sus repugnantes cartas de amor. Todo en él me inspiraba una profunda aversión.

No sé de qué se reía y ello me es igual. Seguramente que, por mi parte, no hubiera encontrado nada divertido. De todos modos, fue la última vez que lo hizo.

Mi tarea estaba cumplida. Esperé el desarrollo de los acontecimientos al lado de este lascivo imbécil y sentía su olor y el de su traje de terciopelo rojo que simbolizaba la pasión.

En ese momento el príncipe, mi señor, levantó su verdoso vaso y se volvió hacia sus honorables huéspedes con una amable sonrisa, hacia Ludovico Montanza y su brillante comitiva ubicada alrededor de la mesa, especialmente hacia Il Toro, que se encontraba sentado enfrente de él. Su pálido rostro aristocrático, muy distinto al de los congestionados e hinchados rostros de los otros, daba una impresión de refinamiento. Con su voz dulce y, sin embargo, de tono varonil, los invitó a hacer un brindis por la paz eterna que reinaría en adelante entre los dos Estados, entre las casas principescas y entre los pueblos. Las largas luchas insensatas habían terminado, y se iniciaba un tiempo nuevo que había de traer a todos la felicidad y la prosperidad. Se realizarían por fin aquellas antiguas palabras que hablan de paz sobre la tierra. Tras lo cual el príncipe bebió su vaso y los nobles huéspedes vaciaron sus copas de oro en medio de un silencio solemne.

Con la mirada ausente, mi principesco señor volvió a sentarse con el vaso en la mano, mirándolo como si en él contemplara al mundo.

El bullicio de la fiesta recomenzó. No sé exactamente cuánto tiempo duró. Es difícil calcular esas cosas porque se pierde la noción del tiempo. Yo estaba demasiado ansioso, casi lleno de una indescripti-

ble emoción... y de furor porque Giovanni no había bebido su vaso. Ardiendo de cólera había visto a Angélica tomar el vaso y hacer como si quisiera mojar en él los labios. Yo había esperado que ambos gustaran mi vino y que en su adoración amorosa, quisieran beber los dos en la misma fuente. Pero ninguno la tocó. Tal vez la maldita joven desconfió, o tal vez fuera que en el calor de su pasión no necesitaran vino. Sentía que la amargura hervía dentro de mí. ¿Para qué habían de vivir ellos? ¡Que el diablo se los lleve!

Don Ricardo, al contrario, la bebió de un solo trago. Vació esta su última copa en honor de la princesa, saludando como de costumbre a "la dama de su corazón", Tratando de mostrarse espiritual hasta el último momento, hizo un cómico movimiento con su inútil brazo derecho, mientras con el izquierdo alzaba la excelente bebida que yo le había preparado, al par que sonreía con su sonrisa tan ponderada, pero nada más que vulgar. Y ella le devolvió la sonrisa, al principio en forma algo picaresca, y luego con esa mirada húmeda y lánguida que me parece tan desagradable. No comprendo cómo se puede tener una expresión semejante.

De pronto, Il Toro lanzó una especie de bramido extraño y clavó en el espacio sus ojos fijos. Dos de sus hombres, que se hallaban sentados a su lado en la misma mesa principesca, corrieron en su auxilio pero al mismo tiempo empezaron a tambalearse, se agarraron del borde de la mesa y cayeron de nuevo en sus asientos, retorciéndose de dolor y gritando que habían sido envenenados. Pocos fueron los que los oyeron, pero uno de los que no se encontraba aún muy enfermo, gritó a través del salón: "¡Nos han envenenado!" Todos se levantaron al mismo tiempo y reinó una enorme confusión por todas partes,

Los hombres de Il Toro que estaban en otros lugares se incorporaron blandiendo sus armas y se precipitaron hacia la mesa central donde atacaron a los nuestros, tratando de llegar hasta nuestro príncipe. Pero nuestros hombres también se habían puesto de pie, y se defendieron, y defendieron a su señor, y se produjo un espantoso

tumulto. Hubo muchos muertos o heridos en ambos bandos, La sangre corría a torrentes. Fue como un campo de batalla en medio de las mesas servidas, con guerreros borrachos que después de haber estado apaciblemente sentados unos junto a otros se encontraron de pronto empeñados en un combate de vida o muerte. Por todo el salón resonaron exclamaciones que apagaban los quejidos de los moribundos. Oíanse asimismo tremendas maldiciones convocando a todos los espíritus infernales al lugar donde se había cometido el crimen más odioso. Yo me trepé a una silla para poder abarcar con la mirada cuanto sucedía alrededor de mí. Allí estaba, enloquecido de excitación, contemplando los inauditos resultados de mi obra, viendo cómo yo exterminaba esa raza execrable que no merecía más que la destrucción. Porque mi espada poderosa y vengativa exigía un castigo completo los seguí sin piedad. Los enviaba a que ardieran eternamente en las llamas del infierno. ¡Ojalá todos se quemaran en los fuegos del orco! ¡Todos esos seres que se llaman hombres y que me llenan de asco! ¿Para qué existirán? ¿Para qué gozan, ríen y aman, y toman tan orgullosamente posesión de la tierra? ¿Por qué existen esos hipócritas, esos charlatanes, esos seres lascivos y desvergonzados cuyas virtudes son peores que sus vicios? ¡Ojalá se consuman en las hogueras del Averno! Yo me sentía como el mismo Satanás, rodeado de los espíritus infernales que ellos invocaban en sus reuniones nocturnas y que ahora acudían con los rostros burlones, arrancándoles de los cuerpos sus almas todavía malolientes para arrastrarlas al reino de la muerte.

Con una voluptuosidad que nunca había sentido antes, y cuya violencia casi me hizo perder el sentido, pude saborear mi poder sobre la tierra viendo cómo por mí se llenaba el mundo de espanto y cómo una fiesta en todo su esplendor se transformaba en una escena de destrucción y pánico. Porque yo había compuesto cierto brebaje, príncipes y grandes señores sufrían los tormentos de la agonía o se revolcaban en su sangre. Les había ofrecido mi vino, y los convidados a las mesas abundantes palidecían y no cambiaban entre ellos más sonrisas, y nadie volvía a alzar su copa para brindar por el

amor o para celebrar la dicha de vivir. Mi bebida hacía olvidar que la vida es dulce y maravillosa. Una bruma se extendía alrededor de ellos, sus ojos se velaban y todo se ensombrecía. Volví hacia la tierra sus antorchas, y las extinguí, e hice la noche. Y los reuní, con sus ojos cegados, en la siniestra comunión nocturna en la que bebieron mi sangre envenenada, la misma que alimenta mi corazón a diario, pero que para ellos significaba la muerte.

El Toro estaba inmóvil, con el rostro azulado y la mandíbula inferior con la escasa barba violentamente caída como si hubiera querido morder a alguien con sus manchados colmillos de animal. Era horroroso verlo con sus ojos amarillos y ensangrentados que se le escapaban de las órbitas. De pronto, torció, tan furiosamente el cuello como si hubiera intentado dislocarlo, y su pesada cabeza se inclinó hacia un costado. Al mismo tiempo un estremecimiento atravesó su cuerpo bajo, rechoncho, arqueado hacia atrás como si hubiera recibido una puñalada, y quedó muerto. Todos sus hombres de la mesa principesca se retorcían en una agonía infernal, mas no pasó mucho tiempo sin que cesara de oírse todo gemido y hubieran dejado de dar la menor señal de vida. En cuanto a don Ricardo, se inclinó hacia atrás, los ojos entornados, con el aire de saborear mi bebida como acostumbraba hacerlo cuando gustaba un vino exquisito; luego abrió bruscamente los brazos, como para abrazar el mundo entero, y cayó hacia adelante: estaba muerto.

En medio de la lucha y de la confusión a nadie le fue posible ocuparse de los moribundos, de modo que tuvieron que morir como pudieron. Sólo Giovanni, que estaba sentado del mismo lado que El Toro, y que gracias a la maldita joven no había gustado mi trabajo, se había lanzado hacia su padre y se inclinaba sobre el horrible cuerpo con la ilusión de que aún podría socorrerlo. Pero un hombre vigoroso, con puños como de herrero, se abrió camino hasta él y, en el instante en que el viejo bandido exhalaba su último suspiro, se apoderó del joven, como si éste no pesara más que un guante, y lo arrastró a través del salón. Cobarde, como es de suponer, se dejó llevar, y así se nos escapó. ¡Que se lo lleve el diablo!

Las mesas habían sido volcadas y lo que antes las adornaba estaba pisoteado por los pies de los combatientes que, enloquecidos de furor, sólo buscaban la sangre de los otros. Todas las mujeres habían huído gritando, mas en medio del estrago vi a la princesa de pie, como petrificada, con las facciones rígidas y los ojos vidriosos. Su cadavérica palidez, junto con los afeites que aún quedaban sobre su rostro de mujer madura, formaban un cómico contraste. Algunos servidores consiguieron sacarla de ese lugar de horror y ella los siguió maquinalmente, sin saber dónde estaba o adónde la conducían.

No obstante su inferioridad, las gentes de Il Toro blandían aún sus armas mientras se batían en retirada hacia todas las salidas. El combate continuó en las escaleras y se les persiguió hasta la plaza. Allí, el enemigo, tan duramente castigado, fue socorrido por los guardias de Montanza, llamados del palazzo Geraldí, y bajo su protección pudo escapar de la ciudad. De lo contrario hubieran perdido hasta el último hombre.

Quedé solo en el salón abandonado, que se encontraba casi a oscuras porque todos los candelabros habían caído al suelo. Solamente los chicuelos andrajosos, muy hambrientos a juzgar por su apariencia, se arrastraban aquí y allá con sus antorchas buscando entre los cadáveres los restos de alimentos y de dulces manchados, que devoraban con una gula y una rapidez increíbles, mientras escondían entre sus harapos el mayor número posible de objetos de plata. Cuando ya no se atrevieron a permanecer más tiempo arrojaron sus antorchas y, cargados de su botín, se deslizaron hacia el exterior sin hacer ruido con los pies descalzos, y yo fuí el único que quedó en la estancia. Absorto en mis pensamientos, miraba sin emoción lo que me rodeaba.

La luz vacilante de las moribundas antorchas iluminaba los cadáveres de amigos y enemigos que yacían sobre el piso, entremezclados en mares de sangre, entre los maltrechos y ensangrentados manteles y los restos del gran banquete. Sus trajes de fiesta aparecían

desgarrados y sucios, y sus rostros pálidos estaban aún alterados por el odio, pues habían muerto en el furor del combate. Yo permanecía allí y miraba todo eso con mi mirada antigua.

El amor del prójimo. La paz eterna.

¡Cómo les gustaba a esos seres emplear las grandes palabras para hablar de ellos mismos y de su mundo!

Cuando por la mañana entré, como de costumbre, en la cámara de la princesa, estaba acostada, en completo abandono de sí misma, con la mirada vacía y los labios secos. Cerraba la boca como si no fuera a abrirla más. El cabello, desordenado, era una madeja descolorida sobre el almohadón. Sus manos descansaban inmóviles y flojas sobre la manta. No advirtió siquiera mi presencia, no obstante hallarme yo de pie en medio de la estancia, observándola, mientras esperaba la posible manifestación de algún deseo suyo. Pude examinarla cuanto quise. Le quedaba un resto de afeitado y eso era lo único que sugería alguna animación. Tenía seca y marchita la piel, y el cuello completamente arrugado a pesar de la gordura. Su mirada, antes tan expresiva, era yerta y fija. Toda su esplendidez había desaparecido. Nadie hubiera podido creer que alguna vez había sido hermosa ni que pudo ser amada y abrazada por nadie. Sólo pensarlo parecía absurdo. La que estaba allí, en el lecho, no era más que una mujer vieja y fea.

Por fin.

La corte está de duelo. La corte ha perdido su bufón. El entierro se ha efectuado hoy. Todos los cortesanos, todos los caballeros y todos los señores de la ciudad han acompañado al muerto; y por cierto que también sus servidores, que lo lamentan muy sinceramente porque debe ser agradable servir en casa de un señor tan despreocupado y generoso. El pueblo se ha amontonado en las calles, con la boca abierta al paso del cortejo; esos pobres diablos parecen

haber sentido afecto por ese frívolo personaje. Admiran a esa clase de individuos. Mientras ellos mismos mueren de hambre, encuentran placer oyendo hablar de una vida ligera, despreocupada y dispensiosa. Se dice que conocían todas sus anécdotas, sus aventuras y sus "bromas" más celebradas, y que las repetían en las sucias viviendas vecinas de su palacio. Ahora les brinda también el placer de asistir a sus magníficos funerales.

El príncipe encabezaba el cortejo, con la cabeza inclinada, como agobiado por el dolor. Cuando se trata de representar una comedia resulta siempre digno de admiración, aunque en realidad quizá no sea verdaderamente admirable, puesto que el disimulo forma parte de su naturaleza.

Nadie arriesgaba comentario alguno. Lo que luego se ha dicho en sus tugurios y sus palacios carece de importancia. Se ha presentado el suceso como un error fatal. Don Ricardo ha bebido por casualidad un vino envenenado destinado a los huéspedes eminentes. Su insaciable sed era bien conocida: ésa fue, ¡jay!, la causa de su trágica muerte. Cada cual puede creer lo que mejor le plazca, pero todos se alegran de que Montanza y sus hombres hayan sido envenenados.

La princesa no ha asistido a los funerales. Siempre está acostada, indiferente a todo, y rehúsa tomar el menor alimento. Es decir, ella no rehúsa, puesto que no dice nada, pero es imposible hacerle tragar un solo bocado. La estúpida: doncella se afana en torno de ella con los ojos rojos y el aire extraviado, y se enjuga, suspirando, sus gruesas mejillas marcadas por el dolor.

De mí nadie sospecha. Porque nadie sabe quién soy.

Puede muy bien suceder que el príncipe lo sienta de veras. Su naturaleza es tal que eso no es imposible. Me inclino a creer que le agrada apenarse y que encuentra que eso es noble y hermoso. Un dolor caballeresco y desinteresado siempre procura un sentimiento dulce y enaltecido. Además, invariablemente le tuvo afecto, aun cuando le deseara la muerte. Y ahora, desde que se ha ido, su afec-

to se ha acrecentado. Antes siempre había algo que trababa los sentimientos del príncipe hacia el amigo. Ahora, eso no existe. Ahora que los acontecimientos han sucedido como lo deseaba, se siente cada vez más ligado al difunto.

Todos hablan de don Ricardo. Se dice cómo era, cómo vivió y cómo murió. Qué decía una vez y qué es lo que decía otra vez, cuán magnánimo se mostró en esta o aquella oportunidad, cómo era su espíritu caballeresco y cuán alegre y valiente fue. Parece estar más vivo que nunca. Pero así sucede siempre cuando uno acaba de morir. Eso pasa pronto. Nada hay tan inevitable como la caída en el olvido.

Dicen, sin embargo, que no se le olvidará jamás. Y falseando su retrato, y haciendo de él un ser excepcional, se espera mantenerlo vivo por toda la eternidad. Los hombres tienen una extraña aversión por la muerte, especialmente cuando se trata de algunos de sus muertos. La creación del mito está en marcha, y quien conoce la verdad sobre ese libertino y estúpido bufón queda estupefacto ante los resultados que es posible alcanzar. A nadie le molesta lo más mínimo que el retrato nada tenga que ver con la verdad. Según ellos, don Ricardo personifica la alegría, la poesía y quién sabe cuántas otras cosas, y el mundo ya no es el mismo desde que no es posible oír más sus carcajadas ni volver a escuchar sus alegres canciones. Todos sienten una abrumadora impresión de vacío. Todos experimentan un gran placer en lamentarlo.

El príncipe contribuye generosamente a esa diversión sentimental. Escucha los elogios con aire melancólico, y de tiempo en tiempo añade algunas frases propias que logran mayor efecto, puesto que provienen de él.

Por otra parte, creo que está encantado de su pequeño asesino a sueldo, de su pequeño bravo. Aunque, claro está, nada deja traslucir. No me ha dicho una palabra sobre lo sucedido; no me ha dirigido ni un elogio ni un reproche. Un príncipe, si quiere, no necesita fingir con sus servidores.

Evita mi presencia, tal como siempre lo ha hecho en casos semejantes.

La princesa no muestra su dolor. No sé por qué será, pero es indudable que lo extraña mucho. No hace más que permanecer acostada, con los ojos fijos. El autor de su pena soy yo. Si ahora está desesperada es porque yo lo he querido. Si ahora está transformada, y nunca más vuelve a ser como antes, es porque yo lo he querido. Y si está allí acostada, como una mujer vieja y fea, sin preocuparse más de su aspecto, también es porque yo lo he querido.

Nunca hubiera creído tener tanto poder sobre ella. El asesinato ha hecho al príncipe muy popular.

Todo el mundo dice que es un gran príncipe. Jamás había obtenido tan señalado triunfo sobre sus enemigos ni había provocado una admiración semejante. Todos están orgullosos de él y encuentran que ha evidenciado una astucia y una energía excepcionales.

Algunos se preguntan si todo esto traerá buenos resultados. Aseguran tener malos presentimientos. Siempre hay personas así. Pero es mucho mayor el número de los que están encantados y aclaman a mi señor en cuanto lo ven. Casi todos los hombres parecen fascinados por un príncipe que no retrocede ante nada.

El pueblo espera ahora una época tranquila y feliz. Encuentra que hizo bien en decapitar al pueblo vecino, que ya no podrá atacarnos más ni turbar nuestra felicidad.

Nunca piensan en otra cosa que en ser felices.

Me pregunto qué grandes planes alienta ahora. Si piensa arrojarse de nuevo sobre el enemigo y marchar directamente sobre la capital para apoderarse de ella y de todo el país. Eso sería fácil ahora que los principales jefes han sido eliminados. Ese niño Giovanni no tiene nada de inquietante ni nos creará ninguna dificultad... Es un joven

cobarde que huye en cuanto algo pasa. Habría que apoderarse de su persona y enseñarle a conducirse como un hombre.

Es indudable que el príncipe se propone recoger los frutos del crimen. Lo contrario sería absurdo. No puede contentarse dejando las cosas como están. Lo que el hombre ha sembrado, es natural que también el hombre lo coseche.

Circulan estúpidos rumores según los cuales el pueblo de los Montanza ha tomado las armas y que, en su cólera, ha jurado vengar a su príncipe y sus hombres. No son más que palabras. Es lógico que se sientan enfurecidos. Era de esperar que así sucediera. Pero que pudieran tomar las armas para vengar a un príncipe como ése, nadie puede creerlo. Y aun cuando así lo hicieran, poco importa. Un pueblo sin jefes no es más que un pobre rebaño de carneros.

Un tío paterno del joven Giovanni parece haber tomado el comando. Es sin duda él quien ha jurado vengarse. Eso parece más verosímil. Un pueblo no se ocupa en vengar a su príncipe, ¿por qué habría de hacerlo? Para él todos son iguales, y sólo le cabe regocijarse des- embarazándose, por lo menos, de uno de sus opresores.

Se dice que el nuevo príncipe es del mismo temple que Il Toro, pero .que hasta ahora no se le ha permitido representar ningún papel. Ercole Montanza es su nombre, y puede ser peligroso aunque no sea un guerrero. Se pretende que ha tomado las riendas para salvar al país de un peligro mortal que, a su juicio, lo amenazaba; pero al mismo tiempo trata de alejar al joven heredero bajo pretexto de que aún no está preparado para reinar, mientras que él es de la verdadera sangre de los Montanza y muy capaz de ejercer el poder. La segunda explicación parece más plausible. Está más de acuerdo con lo que suele suceder en este mundo.

Quizá comienza a cumplirse mi profecía de que el joven de los ojos de gacela, que llevaba un medallón sobre el pecho, no subiría jamás al trono.

Importantes fuerzas se han reunido para exigir venganza y empiezan ya a invadir nuestro territorio a través del valle del río. A la cabeza marcha Boccarossa, quien, con sus tropas mercenarias, se dispone a morir por el nuevo Montanza a cambio de una soldada dos veces mayor que la que le pagaba nuestro príncipe. Incendian y saquean, y es evidente que, tratándose de morir, se proponen hacer morir antes a los otros.

Aquí los generales han organizado apresuradamente las tropas para detener su avance. La ciudad está de nuevo llena de soldados que van a desempeñar su oficio en el frente.

El príncipe no hace absolutamente nada.

Nuestros recursos en hombres son limitados porque muchos son los que cayeron en la primera guerra. No es fácil encontrar bastantes hombres utilizables y capaces de entrar en acción. Reuniendo todo lo que queda se llega más o menos al mismo resultado que Montanza, pues el enemigo también ha sufrido grandes pérdidas que lo han privado de sus mejores soldados. El entusiasmo no es el mismo que la primera vez, pero uno se resigna a lo inevitable. La gente empieza a comprender que hay que aceptar el destino y que no es posible vivir solamente para ser feliz.

Los invasores avanzan sobre la ciudad y sólo pueden ser detenidos momentáneamente: Nuestras tropas; no pueden resistir mucho tiempo sin replegarse. Del frente no llegan más que las mismas noticias desalentadoras de retiradas y de pérdidas.

Por donde el enemigo pasa no queda más que el desierto. Los pueblos son saqueados y quemados, y todo habitante que se encuentra es muerto. Roban el ganado, lo carnean y lo asan en los fuegos del campo, y se llevan lo que queda para utilizarlo después. Incendian las cosechas. Los mercenarios de Boccarossa hacen ahora lo que quieren. Ni señales de vida quedan detrás de ellos.

Por todas las puertas de la ciudad entran los refugiados trayendo consigo sus carretas llenas de los más diversos objetos, ollas, mantas y sucias ropas usadas, amén de toda clase de trastos viejos tan sin valor que el solo verlos hace reír. Algunos arrastran por los cuernos una cabra o una vaca miserable y todos parecen aterrados. Nadie quiere alojarlos ni se sabe qué tienen que hacer aquí. Se acuestan y duermen en las plazas, junto con sus animales, y la ciudad comienza a tener el aspecto de un poblacho sucio, percibiéndose un olor espantoso por todas partes.

Nuestras tropas no cesan de replegarse. El enemigo no debe hallarse lejos de la ciudad; no lo sé con precisión, pero las noticias varían demasiado para poder confiar en ellas. Sólo dicen que nuestros hombres han resistido, pero que debieron batirse luego en retirada; que ahora parece que resisten; y después que ya tienen que retirarse otra vez. La ola de refugiados continúa volcándose sobre la ciudad, llenándola con sus bestias, sus harapos y sus jeremiadas. Es una guerra muy singular.

Comprendo perfectamente la indiferencia del príncipe, así como que haya abandonado toda la iniciativa a los generales. No le interesan los preparativos para la defensa; eso no lo divierte. Es lo mismo que yo: prefiere el ataque. Lo nuestro es el espíritu de combate. La defensa carece de atractivo; no es más que una ocupación monótona sin interés ni brillo alguno. ¿Y para qué sirve? Carece completamente de sentido. Nadie puede encontrar gusto alguno en cosa por el estilo. ¡Qué guerra más aburrida!

Desde los muros de la ciudad pueden verse las fuerzas de Montanza y de Boccarossa. Esta noche, desde la ventana que tengo arriba, en el departamento de los enanos, he visto brillar los fuegos de sus

campamentos sobre la llanura. Es un espectáculo fascinante en medio de la obscuridad.

Casi puedo representarme los rostros de los mercenarios cuando, sentados en torno de las llamas, se refieren las hazañas de la jornada. Arrojan algunas raíces de olivo a la hoguera, y a la luz ondulante de las llamaradas, sus rasgos parecen enérgicos y duros. Son hombres que han tomado por su cuenta su propio destino y no viven en la continua angustia de lo que les sucederá. Encienden sus piras en cualquier parte y nada les importa del pueblo que les procura sus medios de subsistencia. Nunca preguntan a qué príncipes sirven, porque en el fondo se sirven a ellos mismos. Cuando están cansados se acuestan en las tinieblas y descansan hasta la matanza del día siguiente. Son gentes sin patria, pero la tierra les pertenece.

Es una noche hermosa. La brisa del otoño desciende de la montaña, fresca y pura, y las estrellas deben estar brillando. He estado largo rato sentado ante la ventana contemplando las múltiples fogatas. Ahora yo también me voy a descansar.

Es verdaderamente curioso que pueda ver esos fogones tan distantes y que jamás haya podido ver las estrellas. Mis ojos no son como los de los demás hombres y, sin embargo, no tienen defecto alguno pues distingo claramente cuanto existe sobre la tierra.

Pienso a menudo en Boccarossa. Lo veo ante mí, poderoso, casi gigantesco, con su cara marcada por la viruela, su mandíbula de animal y su mirada como hundida en los ojos, y la cabeza de león sobre su coraza, con esas fauces de bestia feroz que a todo le saca la lengua.

Nuestras mismas tropas, en retirada, entraron en la ciudad después de un encuentro que se produjo justamente ante sus muros. Fue un combate sangriento que nos costó muchos centenares de hombres, sin contar los heridos que se arrastraban a través de las puertas de

la ciudad o que eran llevados por las mujeres que habían salido a buscar a sus maridos o sus hijos sobre el campo de batalla. Nuestros soldados se encontraban en una situación lamentable cuando al fin abandonaron la partida y se retiraron detrás de los muros. Desde su llegada reina gran confusión en la ciudad, tan llena de soldados, de heridos y de refugiados de la campaña, que se diría que va a estallar. En medio de ese desorden, el ambiente es desolador. La gente duerme en las calles a pesar de que las noches comienzan a ser más frías, y aun en pleno día es probable tropezar con gentes que duermen, extenuadas, o con heridos de los cuales nadie se ha preocupado aunque quizá tengan algún vendaje. Este estado de cosas no deja esperanzas, y la idea del sitio que nos aguarda, puesto que el enemigo rodea la ciudad por todas partes, no es a propósito para disipar el abatimiento.

¿Vale verdaderamente la pena resistir a alguien como Boccarossa? Por mi parte, nunca he creído en el éxito de esta contienda.

Pero se dice que la ciudad será defendida hasta la última gota de sangre. Y se habla también de que sus fortificaciones son poderosas, que puede resistir largo tiempo, y hasta que es inexpugnable. Así se dice de todas las ciudades mientras no han sido conquistadas. Yo tengo mi opinión personal sobre esta inexpugnabilidad.

El príncipe ha despertado y empieza a organizar la defensa. Es mal visto y saludado sin entusiasmo alguno cuando se muestra. Ahora opinan que el asesinato de Montanza y sus hombres fue una locura y que un hecho de tal naturaleza no podía ocasionar más que una nueva guerra y nuevas dificultades.

La princesa se levanta de nuevo y ha empezado a comer un poco, pero ya no es la misma. Ha adelgazado mucho y la piel de su rostro, antes tan lleno, se ha vuelto seca y grisácea. Verdaderamente, está cambiada por completo. Sus vestidos le cuelgan como si hubieran sido hechos para otra persona totalmente distinta. Viste de negro. Cuando por excepción dice alguna cosa, lo hace siempre en voz

baja, casi en un susurro. Su boca parece marchita, y su delgadez le da un aspecto muy diferente al de antes. Las órbitas de sus ojos están hundidas y negras y su mirada tiene un brillo anormal.

Pasa tantas horas en oración ante el crucifijo, que sus rodillas, tiesas y doloridas, apenas le permiten incorporarse. Por cierto que ignoro qué es lo que pide en sus oraciones, pero no debe ser escuchada puesto que recomienza todos los días.

Nunca sale de su cámara.

Parece que maese Bernardo ayuda al príncipe a consolidar los trabajos de fortificación e inventa toda clase de ingeniosos dispositivos para la defensa. Según los díceres se trabaja sin tregua, día y noche.

Yo tengo la más grande confianza en el arte y la habilidad de maese Bernardo. Pero no creo que pueda nada contra Boccarossa. El viejo maestro tiene un espíritu extraordinario; su pensamiento y su sabiduría abarcan mucho, quizá todo. Es indudable que tiene a su servicio grandes fuerzas que ha conquistado sobre la naturaleza y que le obedecen tal vez a su pesar, pero Boccarossa me produce la impresión de ser él mismo una de esas fuerzas, y, en todo caso, que a él le sirven con mejor voluntad. Lo considero más cerca de la naturaleza.

Bernardo está transformado, y su fisonomía noble y altanera me inspira siempre una cierta desconfianza.

Estimo que la lucha es desigual.

Si se los viera lado a lado, a Bernardo con su frente de pensador y a Boccarossa con su poderosa mandíbula de carnívoro, se advertiría sin vacilar cuál es el más fuerte de los dos.

En la ciudad comienzan a escasear los víveres. Claro está que aquí, en la corte, no lo notamos, pero parece que el pueblo muere de

hambre. Nada hay de raro en eso, dado el crecimiento de la población. A los refugiados se les odia cada vez más pues se les considera, y con razón, como los causantes de la escasez. Constituyen una carga para los habitantes. Sus hijos, sucios y llorosos, que andan mendigando por todas partes, provocan particularmente la aversión. También se afirma que roban cada vez que la ocasión se les presenta. El pan se distribuye dos veces por semana y en muy pequeñas cantidades, porque nadie esperaba la posibilidad de un sitio a la ciudad y las reservas son insignificantes. Pronto se agotarán. Los refugiados que trajeron consigo una cabra o una vaca pudieron al principio vivir de leche, y luego se vieron obligados a matar sus animales que ya estaban medio muertos de hambre, y han subsistido gracias a esa carne que consumían o que cambiaban por harina u otros alimentos. Ahora no les queda nada, pero se dice que ocultan carne y que se hallan en mejores condiciones que los habitantes de la ciudad, pero lo dudo, porque su aspecto no permite creer esa versión. Están flacos y parecen extenuados. No hablo así porque sienta simpatía alguna por esa gente; antes por el contrario, participo de la animosidad que los demás ciudadanos les profesan. Son apáticos como todos los paisanos, y permanecen casi todo el día sentados, con la mirada fija en el vacío. No tienen ninguna relación con los otros y se han agrupado según sus lugares de origen. Pasan la mayor parte del tiempo en sus campamentos sucios, levantados en rincones de la plaza, en los que amontonan sus harapos, y a los que parecen considerar como una especie de hogar. Por las noches se sientan junto al fuego, si han podido procurarse un poco de combustible, y conversan en su sosa parla, de la que es difícil entender una palabra. Tampoco valdría mucho la pena comprender lo que dicen.

La mugre y el hedor de toda esa gente que se aloja en las calles son repugnantes. Yo, que soy muy limpio y muy cuidadoso con mi cuerpo, soy particularmente sensible a la higiene de los que me rodean, y la suciedad de éstos es un suplicio para mí. Muchos pretenden que mi repugnancia por los excrementos humanos y sus olores es

exagerada. Pero esos seres primitivos son como el ganado con el que acostumbran vivir, y se sienten cómodos en cualquier parte. Esto es innoble. El aire está como infectado y, por mi parte, encuentro el estado de las calles tan repugnante que evito en lo posible el tener que ir a la ciudad. Ahora tampoco me molesto mucho con los mensajes desde que la princesa ha cambiado de modo tan fundamental y desde que don Ricardo ha muerto tan oportunamente.

Por la noche, toda esa gente sin hogar se acuesta y duerme al aire libre, y ahora que el invierno ha llegado y se muestra excepcionalmente cruel, tampoco deben encontrar calor alguno en sus harapos. Se dice que por las mañanas algunos son hallados muertos de frío. Un paquete de trapos permanece echado por tierra en lugar de incorporarse con los otros y, cuando se lo levanta, ya no tiene vida. Sin embargo, mueren más por las privaciones que por el frío, salvo los viejos, que no tienen ni la resistencia ni el calor suficientes. Nadie se opone a que mueran, porque no constituyen más que una carga para los otros y hay ya demasiada gente en la ciudad.

A los hombres de Boccarossa no les falta nada. Tienen todo el país para saquearlo cuando les plazca, y hacen incursiones cada vez más profundas hacia el interior para proveerse de cuanto les hace falta. Incendian los pueblos una vez que han tomado lo que necesitan y a menudo puede verse sobre el cielo nocturno el reflejo de los incendios. El distrito circundante ha sido devastado hace tiempo.

Es curioso que aún no hayan ensayado un ataque a la ciudad. Me sorprende porque sería una presa fácil de tomar. Quizá piensen que es más cómodo dejarla morir de hambre y, puesto que pueden saquear la campaña, no les importa prolongar el sitio.

Angélica vagabundea sin hacer nada. Antes por lo menos acostumbraba ocuparse con alguna costura. Pasa la mayor parte del tiempo a orillas del río dando de comer a los cisnes, o limitándose a contemplar cómo se deslizan las aguas. Algunas veces deja pasar la tarde entera sentada a su ventana, mirando los fuegos y las tiendas

del enemigo, y la llanura devastada. Imagino que piensa en su príncipe.

Es curioso el aire de idiota que tiene la gente cuando está enamorada, especialmente cuando ama en vano. La expresión de su rostro se vuelve extrañamente tonta, y no llego a comprender cómo se puede afirmar que una cosa como el amor sea capaz de embellecer a la gente. Sus ojos están aun más velados e inexpresivos que antes, si eso es posible, y sus mejillas están pálidas y muy diferentes a como eran durante el banquete. Pero la boca parece haberse agrandado, los labios son en cierto modo más carnosos, y se ve que ha dejado de ser una criatura.

Yo soy el único que conoce su culpable secreto.

Con gran sorpresa mía la princesa me ha preguntado hoy si creía que Cristo la detestaba. Yo le contesté, como es lógico, que no lo sabía. Ella posó sobre mí su mirada ardiente y pareció en cierto modo trastornada. Sí, Cristo debe de odiarla puesto que nunca le concede paz alguna. Y debe de odiarla a causa de todos sus pecados. Esto me parece perfectamente verosímil, y así se lo manifesté. Pareció tranquilizarse al ver que yo compartía su opinión, y se dejó caer sobre una silla exhalando profundos suspiros. Yo no sabía realmente qué podía hacer allí, pues no tenía, como de costumbre, ninguna diligencia que confiarme. Cuando al cabo de un rato le pregunté si podía retirarme, me respondió que no tenía autoridad alguna para decidirlo, pero al mismo tiempo me dirigió una mirada suplicante, como si estuviera implorando mi ayuda. La situación me pareció penosa y decidí retirarme, pero al llegar a la puerta, vi que caía de rodillas y recomenzaba sus oraciones apretando entre sus finos dedos el rosario.

Todo eso me produjo una impresión extraña y perturbadora. ¿Qué le pasa a esta vieja tonta?

Evidentemente, está convencida de que Cristo la odia. Hoy volvió a tocar el tema. Todos sus ruegos son inútiles, dice, puesto que Él se rehúsa perdonarla. No quiere escucharla; es como si ella no existiera para Él, y no le concede ni un instante de paz. Esto es tan terrible que no puede soportarlo. Le dije que, a mi juicio, debía consultar a su confesor, quien siempre ha demostrado una comprensión tan intensa ante sus dificultades espirituales. Sacudió la cabeza, cosa que había hecho anteriormente, pero, según ella, su confesor tampoco podía de modo alguno socorrerla: No la comprendía. Creía que no tenía pecados. Yo sonreí ante esta afirmación del astuto monje. Entonces me pidió mi propia opinión sobre su caso y le contesté que la consideraba una mujer corrompida y que estaba convencido de que pertenecía a esa clase de seres condenados a arder en las llamas del infierno por toda la eternidad. Entonces cayó de rodillas ante mí y, retorciéndose las manos hasta ponérseles blancos los nudillos, gimió y suspiró suplicándome que le tuviera piedad y la ayudara en su terrible desesperación. La dejé, sin embargo, tendida a mis pies, en parte porque no tenía cómo consolarla y en parte porque encontraba muy justo su padecimiento. Se apoderó de mi mano y la regó con sus lágrimas, tratando de besarla, pero yo la retiré para impedir un gesto semejante. Mi actitud la tornó más quejumbrosa y llorona y la sumió en un estado de visible angustia. "¡Confiesa tus pecados", le dije, y sentí que mi rostro se ponía muy severo. Y comenzó a confesar todos sus pecados, su vida licenciosa, sus relaciones ilegítimas con ciertos hombres hacia quienes el demonio había inclinado sus deseos, su placer voluptuoso cuando se sentía presa en las redes del diablo. Yo la forzaba a que me describiera detalladamente sus pecados, la horrible satisfacción que le procuraban, y a que me nombrara los hombres con los que había mantenido relaciones culpables. Me obedeció, y me encontré ante el pavoroso cuadro de su vida disoluta. Pero nada me dijo de don Ricardo, y así se lo hice observar. Me dirigió entonces una mirada interrogadora y parecía que le fuera difícil comprender lo que quería decidir. ¿Era esto también un pecado? Le contesté que era el peor

de todos. Me contempló largamente con un aire de sorpresa y casi de duda, sin comprender bien lo que yo quería decir, pero en seguida comprobé que reflexionaba sobre mis palabras, que cuanto le decía era algo nuevo para ella, y que esas reflexiones le causaban una gran ansiedad. Le pregunté si no había amado a don Ricardo más que a todos. "Sí", contestó con una voz difícilmente audible, casi con un susurro, y comenzó a llorar de nuevo aunque no como antes, sino como todo el mundo llora. Continuó así durante tanto tiempo que me cansé de estar allí y de escucharla, aunque dijo que podía retirarme. Me dirigió una mirada implorante y desesperada y me preguntó si no podía proporcionarle algún consuelo. ¿Qué podía hacer para que Cristo se compadeciera de ella? Le contesté que era muy presuntuoso de su parte el desear semejante cosa y que estaba tan llena de pecados que era natural que el Salvador no escuchara sus ruegos. Él no había sido crucificado para redimir mujeres como ella. Me escuchó humildemente y dijo que estaba de acuerdo conmigo: que no era digna de que fueran oídas sus súplicas. Sí, eso era lo que sentía en el fondo de su alma mientras permanecía arrodillada ante el crucifijo. Suspirando, pero, no obstante, tranquilizada, se sentó y empezó a hablar de sí misma como de la más grande pecadora de toda la humanidad, agregando que jamás podría participar de la gracia celeste. "He amado mucho -dijo-, pero no era a Dios ni a su Hijo a quienes amaba, y es más que justo, por consiguiente, que se me castigue así."

Después agradeció mi bondad para con ella. Su confesión le produjo cierto alivio aun cuando, como ella bien lo comprendía, no podía obtener el perdón de sus pecados. Y fue ésa la primera vez que pudo llorar.

La dejé allí, sentada, con sus ojos enrojecidos y los cabellos alborotados como un viejo nido de urracas.

El príncipe y Fiammetta pasan largas horas juntos. A menudo se quedan solos, después de las comidas, y yo debo quedarme para

atenderlos. La princesa y él también solían hacer lo mismo algunas veces, pero muy raramente. Fiammetta es de un tipo muy distinto: fría, segura, inaccesible, y una verdadera belleza. Su cara morena es la más dura que haya visto en mujer alguna y, si no fuera tan hermosa, se advertiría que no hay en ella el menor signo de bondad. Sus ojos negros como el carbón, con su imperturbable chispa, ejercen un poder irresistible.

Me imagino que debe ser fría también en el amor, y que se da poco y pide mucho, exigiendo la completa sumisión del hombre que ella se digna amar. Y tal vez esto agrade al príncipe, y se sienta con ello más a gusto. La frialdad es quizá tan apreciada en el amor como el calor, me parece.

Por mi parte, nada tengo en su contra. Los demás, sí. Trata a los sirvientes con una altanería a la que no se resignan y dicen que ella no es su señora, sino una simple concubina. Tampoco considera a las damas de la corte como sus iguales, y me pregunto si alguna vez habrá admitido que alguien pueda igualársele. Esto parece, sin embargo, deberse más a un innato orgullo que a una simple actitud de altanería. Eso es ciertamente exasperante, pero nadie se atreve a mostrar su disgusto porque si la princesa no se restableciera más, bien podría suceder que Fiammetta ocupara su lugar.

Toda la corte dice que se ha dejado "seducir" por pura ambición, que su sangre es fría como la de un pez y que su conducta indica una verdadera depravación. No comprendo lo que quieren decir, porque comparándola con otras que se libran a tan grandes desvergüenzas, me parece más bien discreta.

El príncipe está encantado con ella y se muestra siempre muy cortés y muy galante en su presencia. El resto del tiempo parece muy inquieto, nervioso e irritable; tiene arranques violentos contra sus servidores, cosa que antes jamás le sucedía, y hasta con las personas más altamente colocadas. Se dice que está muy irritado con el giro de los acontecimientos y con el descontento de sus súbditos, pues ha dejado de ser lo que se llama popular. Los hambrientos que a

veces llegan hasta las ventanas de su palacio pidiendo pan a gritos lo ponen particularmente de mal humor.

Encuentro indigno de un príncipe el prestar la menor importancia a la opinión del populacho que lo rodea. La plebe siempre se queja por algo. ¡Buen trabajo tendría uno si se preocupara por todos sus clamores!

Se afirma que mi señor ha hecho castigar en secreto a Nicodemus, el gran astrólogo de la corte, y a los otros barbudos, a causa de sus predicciones inmoderadamente favorables. No me parece imposible, porque su padre hizo un día lo mismo, pero esa vez fue porque las predicciones no fueron como el príncipe las deseaba.

No es fácil leer en las estrellas, y menos aún leer de modo que todos los hombres queden satisfechos con lo que en ellas está escrito.

La situación de la ciudad empeora de más en más. Forzoso es confesar que reina el hambre. Muchas personas mueren diariamente de hambre, o de hambre y de frío: no es fácil saber de qué. Las calles y las plazas están llenas de gentes que no tienen fuerzas ni para levantarse y parecen indiferentes a cuanto las rodea. Otras vagabundean buscando algo que pueda comerse o, por lo menos, calmar la sensación del hambre. Se cazan los gatos, los perros y las ratas, que ahora son considerados como platos costosos. Las ratas, de las que al principio del sitio se hablaba como de una plaga en los campamentos de los refugiados, adonde llegaban atraídas por los montones de basura, constituyen ahora un preciado manjar. Pero se dice que han comenzado a escasear y que cada vez es más difícil obtenerlas. Parece que han sido atacadas por alguna enfermedad porque se las encuentra muertas por todas partes, y así es como faltan cuando más se las necesita.

No me sorprende que las ratas no puedan seguir viviendo con gentes de este jaez.

Ha sucedido algo inconcebible. Trataré de referir serenamente las cosas siguiendo el orden de los acontecimientos. No es muy fácil, pues yo mismo he tomado una parte activa e importante y aún estoy dominado por la emoción. Puesto que ahora todo ha terminado, y puedo decir que ha terminado bien, dándome la razón para sentirme satisfecho tanto por mi participación como por el resultado obtenido, vaya dedicar una parte de la noche para narrar lo sucedido.

Quando anoche, ya muy tarde, estaba sentado a mi ventana del departamento de los enanos mirando las fogatas del campamento de Boccarossa, como acostumbro hacerlo antes de ir a acostarme, descubrí de improviso una figura que se deslizaba entre los árboles, por la orilla del río, y hacia el ala oriental del palacio. Me pareció raro que alguien tuviera algo que hacer por allí a esas horas y me pregunté si podría ser alguna persona de la corte. Había luna, pero mucha niebla, de modo que me fue difícil distinguir quién pudiera ser. Parecía envuelto en una ancha capa y, avanzando tan rápidamente como le era posible, desapareció a través de la pequeña puerta de entrada. Podía creerse que era algún habitante del palacio, dado que conocía tan bien el lugar. Pero algo había en él, algo que despertó mis sospechas tanto como lo hizo su forma de proceder. Decidí aclarar el misterio, y saliendo apresuradamente en la noche entré por la misma puerta que él. La escalera estaba sumida en la más completa oscuridad pero nada hay que conozca yo mejor por haber estado obligado a recorrerla un incalculable número de veces. Conduce, entre otras, a la cámara de Angélica, y ahora solamente a la suya puesto que todas las demás están desde hace tiempo deshabitadas.

Llegué a tientas hasta su puerta y tendí la oreja. Con gran asombro de mi parte, aun cuando mis conjeturas me preparaban para cualquier cosa, oí dos voces en el interior. ¡Y una de ellas era la de Giovanni!

Más que hablar, susurraban, pero mi excelente oído podía captar cuanto decían. Se trataba, evidentemente, de una infinita "felicidad"

de la que yo era invisible testigo. "¡Bienamadal", murmuraba una de ellas, y "¡Bienamado!", murmuraba en respuesta la otra. "¡Bienamadal!"; y, otra vez, "¡Bienamado!"; no se oía nada más que eso y tal conversación no tenía interés para un tercero. A no ser por la gravedad de la situación, hubiera encontrado monótona y ridícula la repetición de estas palabras, mas por el momento no podían ser tomadas así. Un frío glacial me corrió por el cuerpo mientras oía hacer de esos términos un uso tan tierno e imprudente, y, sin duda, habrían quedado horrorizados si hubieran pensado lo que tales voces significaban en sus labios. En seguida oí que los dos culpables se besaban varias veces, repitiéndose su amor de modo infantil y balbuceante. Era para dar escalofríos.

Me alejé apresuradamente. ¿Dónde podría encontrar al príncipe? ¿Estaría aún en el comedor, donde lo había dejado una hora antes con Fiammetta? Los había servido como de costumbre hasta el momento en que me dijo que ya no me necesitaba.

¡Que ya no me necesitaba! La expresión me pareció curiosa mientras, apoyando la mano contra el muro, me apresuraba a bajar la escalera a tientas en medio de las tinieblas. No hay quien no tenga siempre necesidad de su enano.

Atravesé el patio, corriendo hasta la bóveda que une la parte antigua del palacio con la nueva. Aquí también las escaleras y los pasillos estaban envueltos en la oscuridad. Continué, sin embargo, mi camino y, por fin, un tanto sofocado, me encontré ante la gran puerta doble. Escuché. No se oía nada. Pero bien podían hallarse dentro. Naturalmente, quise asegurarme. Con gran indignación mía me fue imposible abrir la puerta: el picaporte estaba demasiado alto para mí; escuché un minuto más, y después debí alejarme sin tener certeza alguna.

Me fui a buscar al príncipe en su cámara. Ésta no estaba lejos, pero se hallaba en el piso superior. Llegué hasta su puerta y me puse a escuchar. Mas tampoco oí ningún ruido, nada que indicara que pudiera encontrarse allí. ¿Estaría durmiendo? Eso no era completa-

mente imposible. ¿Me atrevería a despertarlo? No, eso era inconcebible; ni soñando me hubiera atrevido a hacerlo. Sin embargo, mi mensaje era de extremada importancia. Nunca había tenido nada de tal magnitud.

Me armé de coraje, y llamé. Nadie contestó. Volví a golpear de nuevo, con todas las fuerzas de mis puños cerrados. No hubo respuesta.

Indudablemente no estaba allí. Yo sé cuán liviano es su sueño. ¿Dónde estaba? Me ponía cada vez más nervioso. ¡Cuánto tiempo iba pasando! ¿Dónde podía estar?

¿Se hallaría, quizá, con Fiammetta? ¿Se habría ido con ella para que nadie los molestara? Era mi última esperanza.

Me precipité de nuevo escaleras abajo. Fiammetta habita una parte completamente separada del palacio, a fin de disimular sus relaciones con el príncipe. Para llegar allí hay que cruzar nuevamente el patio.

Llegué, después de atravesar la bóveda; pero como no conozco muy bien esa parte del castillo, me fue difícil encontrar el camino. Me equivoqué de escaleras; tuve que descender y empezar de nuevo. Era muy difícil orientarse a través de los pasillos y los corredores oscuros, y, cada vez más contrariado por el tiempo perdido, me apresuraba en vano de un lado para otro. Era como un topo errando por sus galerías subterráneas en busca de alguna presa. Felizmente, como el topo, puedo ver en la oscuridad; mis ojos parecen estar hechos para ello. Además, sabía hacia qué parte del castillo daba la ventana de Fiammetta y poco a poco pude orientarme y llegar hasta su puerta. Escuché. ¿Había alguien adentro? ¡Sí!

Lo primero que oí fue la risa fría de Fiammetta. Nunca la había oído reír antes, pero inmediatamente adiviné que debía ser su risa. Era algo dura, y tal vez un tanto forzada, pero atrayente a pesar de todo. Poco después oí también la risa del príncipe, breve y contenida. Lancé un suspiro de alivio.

En seguida percibí netamente sus voces, mas no lo que decían; debían encontrarse al fondo de la habitación. Era la de ellos una verdadera conversación y no un limitarse a repetir la misma palabra. No sé si hablaban de amor, difícilmente lo creo, no parecía ser así. De repente, se hizo un silencio total. Por más que agucé el oído no pude escuchar nada. Pero al cabo de un rato oí una especie de jadeo y comprendí que se entregaban a algo vergonzoso. Tuve una ligera náusea. Aunque estaba convencido de que el estado de sobreexcitación en que me hallaba me impediría enfermarme, me retiré a un corredor, no muy lejos para no correr el riesgo de perder al príncipe, y me puse a esperarlo. Aguardé el mayor tiempo posible para no oír de nuevo el repugnante ruido. Me pareció haber estado allí toda una eternidad.

Cuando me acerqué otra vez a la puerta, sentí que charlaban de no sé qué. Ese inesperado cambio me causó tanta sorpresa como placer y tuve la esperanza de poder cumplir pronto mi propósito. Ellos no parecían tener prisa alguna; continuaban indefinidamente acostados hablando siempre de cosas indudablemente insignificantes. El oírlos así y pensar en todo el tiempo que se perdía, me mortificaba en forma indecible. Pero no podía hacer nada. No me atrevía a revelar mi presencia y sorprenderlos en semejante situación.

Por fin sentí que el príncipe se levantaba y comenzaba a vestirse mientras continuaba discutiendo con su compañera algún asunto sobre el cual, evidentemente, no estaban de acuerdo. Me alejé otra vez de la puerta y quedé al acecho en las tinieblas.

Cuando salió vino directamente hacia mí, sin saberlo. .

-¡Vuestra Gracia! -murmuré manteniéndome prudentemente a cierta distancia.

Cuando notó mi presencia se puso furioso y me apostrofó de la manera más insultante:

-¿Qué haces tú aquí? ¿Qué estás espiando, miserable monstruo? ¡Serpiente viscosa! ¿Dónde estás? ¡Voy a aplastarte!

Y me buscaba en el corredor con las manos extendidas. Pero, naturalmente, no pudo atraparme en medio de las sombras.

-¡Dejadme hablar! ¡Dejadme que os dé cuenta de lo que se trata! - dije en el tono más tranquilo, aunque en el fondo me sentía perturbado. Y por fin dejó que me explicara.

Le lancé entonces en pleno rostro que su hija iba a ser violada por el hijo de Ludovico Montanza que se había deslizado en el castillo para vengar a su padre, arrojando un eterno deshonor sobre ella y sobre toda su casa.

-¡Es mentira! -gritó-. ¡Qué estúpida historia estás inventando! ¡Es mentira!

-No, ¡es la verdad! -protesté, acercándome audazmente hacia él-. Está ahora en su cámara y he oído con mis propios oídos los preparativos del crimen. Ahora llegaréis demasiado tarde, el acto ya debe haberse cumplido, pero tal vez lo encontraréis aun con ella.

Comprendí que al fin me creía, pues pareció como fulminado por un rayo.

-¡Eso es imposible! -dijo al mismo tiempo que se dirigía vivamente hacia la salida-. ¡Eso es imposible! -repetía-. ¡Cómo pudo haber entrado en la ciudad! ¡Y en el palacio, estando custodiado!

Corriendo con todas mis fuerzas para mantenerme a su lado le respondí que yo tampoco me explicaba semejante cosa, pero que yo había visto al príncipe cuando venía por la orilla del río y que debió de haber llegado en alguna barcaza o algo por el estilo; quién sabe qué ideas podía tener un joven tan temerario; y entonces habría podido deslizarse directamente hasta el patio de honor.

-¡Imposible! -insistía él-. Nadie puede entrar en la ciudad por el río, entre las fortalezas de ambas orillas, con bombarderos y arqueros que vigilan noche y día. Es absolutamente inconcebible.

-Es absolutamente inconcebible -admití yo-. No es posible imaginarlo siquiera. El mismo diablo no comprendería cómo ha llegado hasta

aquí, pero ha llegado. Estoy completamente seguro de que era su voz la que he oído.

Habíamos llegado al patio de honor. El príncipe se alejó prestamente en dirección de la entrada principal para ordenar a las guardias que ejercieran la más estricta vigilancia sobre todo el castillo a fin de que Giovanni no pudiera escapar. Su precaución me pareció inteligente y oportuna, ¡pero si el criminal hubiera escapado ya! ¡O si hubieran huído los dos! Esta duda terrible me hizo correr lo más ligero que me permitieron mis piernas a través del patio y por la escalera que llevaba hasta la puerta de Angélica.

Pegué la oreja a la puerta. ¡No se oía nada! ¿Habrían huído? Después de mi carrera, y ante la idea de que pudieran haberse escapado, mi corazón latía tan fuertemente que eso mismo quizá me impedía poder oír cualquier otro ruido. Traté de serenarme y de normalizar mi respiración, y escuché de nuevo. No, ningún ruido salía de la pieza. Me puse furioso. Creí enloquecer. Finalmente, no pudiendo soportar más esta incertidumbre, decidí entreabrir suavemente la puerta. Lo conseguí sin hacer el menor ruido. A través de la abertura pude ver que había luz en el interior, pero ningún ruido, nada que revelara la presencia de un ser humano. Me deslicé en la estancia y recobré inmediatamente mi tranquilidad de espíritu. A la luz de la pequeña lámpara de aceite que se habían olvidado de apagar vi, con gran alegría para mí, que estaban acostados el uno al lado del otro, descansando en el lecho de Angélica. Habían quedado dormidos como un par de niños extenuados después de su primera experiencia de la naturaleza bestial del amor.

Tomé la lámpara y me aproximé a ellos. Estaban acostados, con las caras vueltas una hacia otra y las bocas entreabiertas, todavía enrojecidos por la emoción del terrible crimen que acababan de cometer y del cual el sueño parecía borrar toda conciencia. Tenían las pestañas húmedas y unas pequeñas gotas de sudor sobre los labios superiores. Yo contemplaba el casi inocente sueño en su cándida in-

consciencia y su olvido del peligro y del mundo entero. ¿Es a esto que los hombres llaman felicidad?

Giovanni estaba acostado al borde del lecho, con un mechón de su negro cabello sobre la frente y una débil sonrisa en los labios, como si hubiera cumplido un acto hermoso. De su cuello colgaba la fina cadena de oro con el medallón que guardaba el retrato de su madre, de quien dicen que está en el paraíso.

Entonces oí al príncipe y sus hombres en la escalera, e inmediatamente después entró seguido por dos hombres de guardia, uno de los cuales llevaba una antorcha. La cámara quedó iluminada, pero nada interrumpió el profundo sueño de la dormida pareja. El príncipe casi tambaleaba cuando se aproximó al lecho y comprobó su inconcebible vergüenza. Y completamente pálido de rabia, tomó la espada de uno de sus centinelas, y, de un solo golpe, separó la cabeza de Giovanni de su cuerpo. Angélica se despertó sobresaltada, y sus ojos, dilatados por el terror, vieron cómo su ensangrentado amante era arrancado de su lecho para ser arrojado al montón de basuras al pie de la ventana. Se desmayó y no recobró el conocimiento mientras estuvimos allí.

El príncipe temblaba de emoción después de este acto tan rápidamente cumplido, y vi que se apoyaba en la puerta con una mano, mientras abandonaba la estancia. Yo también salí inmediatamente y me dirigí a mi departamento. Me fui caminando lentamente, pues no había ya razón alguna para ir de prisa. En el patio vi la antorcha que alumbraba el camino del príncipe; luego desaparecer bajo la bóveda, como si la hubieran apagado las tinieblas.

Angélica permanece en el lecho con una fiebre que el médico no se explica, y todavía no ha recobrado el conocimiento. Nadie siente compasión alguna por ella, y se admite que no opuso ninguna resistencia a la seducción, razón por la cual se considera que su deshonra cae sobre la casa principesca y sobre todo el reino. Es atendida por una vieja. Ningún miembro de la corte la visita.

El cuerpo de su culpable amante ha sido arrojado al río porque nadie quería seguir viéndolo al pie del palacio. Parece que no se hundió en los remolinos, sino que las olas lo arrastraron hacia el mar.

Una enfermedad muy rara ha hecho irrupción en la ciudad. Dicen que comienza con escalofríos y un espantoso dolor de cabeza, se hinchan los ojos y la lengua, y los enfermos no pueden hablar, el cuerpo se pone completamente rojo y exuda una sangre impura a través de la piel. Los médicos no saben qué hacer. (¿Acaso no es siempre así?) Casi todos los que hasta ahora se enfermaron han muerto. No sé cuántos pueden ser.

Aquí, en la corte, claro está que no se ha producido ningún caso. La epidemia se ha extendido entre los más pobres y los mal alimentados, particularmente entre los refugiados, debido, sin duda, a la increíble suciedad de sus campamentos y de toda la ciudad. No me asombra que mueran de la mugre que los rodea.

Angélica no puede ser víctima de esta enfermedad. Su fiebre es la misma que tuvo en su infancia, no recuerdo cuándo ni en qué circunstancia. Ella siempre ha tenido enfermedades raras por causas que nunca enferman a los demás. Sí, ahora me acuerdo que el mal comenzó el día en que le corté la cabeza a su gatito.

La enfermedad se extiende día a día. Ya no es solamente a los pobres a quienes ataca, sino a cualquiera. Las casas están llenas de lamentos, lo mismo que las calles y las plazas, pues tienen el mismo número de habitantes. Se puede ver a los enfermos retorciéndose sobre sus camastros de harapos y oírlos lanzar gritos desesperados. Los sufrimientos son tan crueles que enloquecen a algunos de esos desgraciados. Nada es más horrible que recorrer la ciudad, y las descripciones que se hacen están llenas de detalles repugnantes, verdaderamente intolerables. El aliento de los enfermos infecta el aire con un olor pestilente, sus cuerpos se cubren de abscesos que

al reventar arrojan su asqueroso contenido. Yo no puedo escuchar esos relatos sin descomponerme.

Pocos son los que vacilan en acusar a los refugiados como los culpables de esta espantosa peste y se los odia más que nunca. Pero hay quienes comienzan a decir que no es así, sino que se trata de un castigo de Dios por los grandes pecados de la humanidad. Afirman que este sufrimiento va a purificarla y a hacerla más sumisa a la voluntad del Señor.

A mí no me parece desacertado considerar la peste como un castigo. Pero no sé si es su Dios quien los flagela. Bien podría ser algún otro poder más tenebroso.

A veces me siento a mi ventana de enano y contemplo la ciudad.

La princesa lleva una vida extraña. Su cámara, que no abandona jamás, permanece en una continua penumbra porque ha hecho colgar espesas cortinas delante de las ventanas. Sostiene que no es digna de gozar de la luz del sol y que no tiene derecho a ello. Las paredes están desnudas, y no hay ni sillas ni mesa, sino tan sólo un reclinatorio y, encima de él, un crucifijo. Es como la celda de un convento. El lecho está siempre allí, pero siempre se acuesta en el suelo, sobre un montón de paja que, como no se cambia nunca, se pone cada vez más sucio y maloliente. Reina una atmósfera pesada y sofocante y me cuesta respirar ese aire encerrado. Cuando se entra en esa habitación no se distingue nada y es necesario acostumbrarse poco a poco a la falta de luz. Entonces se la descubre a medio vestir, los cabellos desordenados, completamente despreocupada por lo que lleva encima o por su aspecto físico. Tiene los ojos afiebrados y las mejillas flacas y sumidas porque, por mortificarse, se niega a comer. La estúpida campesina que tiene de camarera da vueltas alrededor de ella y no deja de gemir al verla rechazar cuanto manjar se le presenta. A veces acepta un poco de alimento pero sólo para que esa majadera deje de llorar. Esta muchacha, en cambio, está redonda y mofletuda y se atraca con cuanto está a su al-

cance. Sin parar sus lamentos, engulle de buen grado los platos escogidos que llevan a su señora.

La arrepentida pasa la mayor parte de su tiempo ante el crucifijo, repitiendo en vano sus oraciones. Sabe que eso es inútil y antes de comenzar dirige una súplica especial al Crucificado, pidiéndole que la perdone por su insistencia en dirigirse hacia Él. A veces, en su desesperación, abandona el rosario, y, fijando sus ojos ardientes en el Salvador, improvisa ella misma sus plegarias. Pero Él tampoco entonces la escucha, y ella está tan desesperada cuando se levanta como lo estaba al comenzar. A menudo carece de las fuerzas necesarias para incorporarse sin la ayuda de su doncella, y hasta suele suceder que se desvanezca de agotamiento y permanezca postrada en tierra hasta que la muchacha entre en el aposento y la arrastre hasta su montón de paja.

Ahora se considera responsable de todas las desgracias que sufrimos. Sus culpas son la causa de nuestras penas y de los acontecimientos terribles de que somos víctimas. No sé hasta qué punto se da cuenta de lo que pasa; más bien se creería que no tiene idea de nada. Pero, de todos modos, debe abrigar una especie de sombrío sentimiento de que cuanto la rodea está lleno de espanto. Asimismo me parece que, en realidad, se muestra indiferente a este mundo y considera que lo que aquí pasa carece completamente de importancia. Vive en un mundo muy particular en el que la preocupan otras inquietudes y otros problemas.

Ahora comprende que su amor por don Ricardo ha sido su mayor pecado porque la hacía ligarse demasiado estrechamente a la vida. Dice que lo amaba más que todo, que los sentimientos que él le inspiraba llenaban todo su ser y la hacían infinitamente feliz. No debe amarse tanto a un ser humano. Sólo a Dios debe amarse así.

No sé hasta qué punto su humillación puede deberse a cómo le he abierto los ojos sobre su vida culpable y sobre los castigos que la esperan en el infierno. Le he descrito los tormentos de los conde-

nados y ella ha escuchado humildemente mis explicaciones. Últimamente ha comenzado a flagelarse.

Me queda siempre muy agradecida cuando voy a verla. Me guardo de visitada a menudo.

Angélica está curada de su enfermedad y ya se levanta. Pero no se muestra en las comidas y menos aún en la corte. Sólo la he visto unas pocas veces en la rosaleda, o sentada junto al río con la mirada fija en el agua. Sus ojos se han agrandado todavía más y están vidriosos. Se diría que ya no ven.

He observado que lleva en el cuello el medallón de Giovanni y que hay sobre la joya una mancha de sangre. Ha debido encontrarlo en el lecho y lo guarda como un recuerdo del joven. Pero bien pudo haber empezado por limpiarlo.

Me pongo a pensar que la madre está en el paraíso mientras que su hijo, muerto en el profundo sueño del pecado, sin oraciones ni sacramentos, debe gemir en las llamas del infierno. Por consiguiente, no se encontrarán jamás. Tal vez Angélica ruegue por su alma. Pero sus oraciones serán, ciertamente, inútiles.

Nadie sabe en realidad lo que ella piensa. No ha pronunciado una palabra desde su despertar de aquella noche, o más bien después de las últimas palabras que dirigió a su bienamado. Lo que fueron esas palabras, yo puedo adivinarlo fácilmente conociendo el género de su conversación.

Vaga sola de acá para allá. Todo el mundo le huye.

Los que piensan que la peste y los otros males son un castigo divino y consideran que no debe uno tratar de substraerse, sino, por el contrario, agradecer al Todopoderoso, recorren las calles proclamando su fe y flagelándose para ayudar a Dios en la salvación de sus almas. Circulan en grupos, tan enflaquecidos por el hambre que no podrían mantenerse en pie si no fuera por el éxtasis que los sos-

tiene. La gente los sigue por todas partes y piensa que su actitud debe abrir la vía de un nuevo renacimiento religioso. Muchos abandonan, para reunírseles, sus ocupaciones, su hogar, su familia y hasta sus mismos parientes moribundos. De tiempo en tiempo hay quien lanza un impresionante grito de júbilo, se incorpora al grupo y comienza a flagelarse entre exclamaciones estridentes. Todos empiezan entonces a alabar al Señor mientras la gente cae de rodillas en la calle. Esta vida terrenal, de la que no ven más que su fealdad, carece para ellos de valor y de interés. No piensan más que en sus almas.

Los sacerdotes miran con desconfianza a esos fanáticos que alejan a los fieles de las iglesias y les impiden unirse a las procesiones solemnes en las que se llevan estatuas de santos mientras los coros infantiles balancean sus incensarios en las calles nauseabundas. Dicen que tales flagelantes no tienen bastante fe y que por sus excesos se privan de los consuelos de la religión. Eso no puede satisfacer a Dios. Pero yo creo que si hay gente verdaderamente religiosa, es precisamente ésa que toma su fe con tanta seriedad. Es como para pensar que a los sacerdotes no les agrada que se tomen muy en serio sus enseñanzas.

A mucha gente, sin embargo, una atmósfera de miedo no le produce otro efecto que el de hacerle amar la vida más que nada, y el temor de la muerte la lleva a aferrarse a la existencia a cualquier precio. En algunos palacios de la ciudad se realizan fiestas noche y día, y en ellas, según se dice, los invitados se entregan a las más salvajes orgías. También entre los más desgraciados se encuentran algunos que se conducen de la misma manera, entregándose al único vicio a disposición de los pobres. Se agarran desesperadamente a su vida miserable y no quieren perderla a ningún precio; y cuando aún se distribuye un poco de pan aquí, en las puertas del castillo, puede verse cómo esos pobres diablos se disputan las porciones como si fueran a despedazarse entre ellos.

Por otra parte, también hay quienes se sacrifican por sus semejantes cuidando a los enfermos, aunque eso no sirva para nada, como no sea para que se contagien a su vez de la peste. Indiferentes a la muerte y a todo lo demás, parecen no darse cuenta de los peligros que corren. Tienen una cierta semejanza con los histéricos de tipo religioso, aunque con manifestaciones diferentes.

En suma, si he de creer los relatos que llegan a mis oídos, la gente de la ciudad vive como antes, cada cual según su clase y su naturaleza, aunque de modo más exagerado, más histérico, y el resultado de todo esto me parece sin valor alguno a los ojos de su Dios. Por eso me pregunto si realmente es Él quien les ha enviado la peste y las otras pruebas.

Hoy he visto pasar a Fiammetta. Por cierto que no me consideró digno ni de una mirada. ¡Pero qué hermosa y perfecta es en su indiferencia por todo lo que la rodea! En medio de toda esta fealdad y esta agitación, hace el efecto de una brisa refrescante. Siempre hay algo fresco en su figura, y en su inaccesible y orgulloso ser algo que da una sensación de reposo y de seguridad. No se deja dominar por los horrores de la vida; es más bien ella quien los domina. Hasta sabe aprovecharlos. De modo imperceptible, en forma verdaderamente noble y natural, empieza a mostrarse en el lugar de la princesa, y ocupa su puesto como soberana de la corte. Los demás consideran que no hay nada que hacer contra tal estado de cosas, y se resignan. No es posible dejar de admirarla.

Si cualquier otra persona que no fuera ella pasara delante de mí sin concederme una mirada, me pondría furioso. Cuando es ella quien lo hace, lo encuentro perfectamente natural.

Comprendo muy bien que el príncipe esté enamorado de Fiammetta. Yo no podría amarla, pero eso es diferente. ¿Sería yo capaz de enamorarme de alguien? No sé. En todo caso, sería de la princesa. Pero, en cambio, la aborrezco.

Sin embargo, reconozco que es la única mujer a quien hubiera podido amar. Cómo puede ser eso, no lo comprendo, me es absolutamente inexplicable.

El amor es algo de lo que en verdad nadie sabe nada.

Angélica se ha ahogado en el río.

Debe haber sido anteanoche o anoche, porque nadie la vió, pero ha dejado tras de sí una carta que no deja ninguna duda sobre la forma en que ha perdido la vida. Se ha buscado su cadáver todo el día a lo largo del curso del río que atraviesa la ciudad sitiada, mas en vano. Ha debido ser arrastrada por las olas, como Giovanni.

Una intensa agitación reina en la corte. Todos están alterados y no pueden aceptar la idea de su muerte. A mí me parece muy sencillo. Su amante ha muerto, y ahora ella también está muerta. Hay quejas, lamentos y reproches. Y, sobre todo, se habla de la carta.

Se repiten unos a otros su contenido y se la relee sin cesar. El príncipe pareció muy emocionado cuando lo supo, pero está más emocionado por lo que sucedió. Y las damas de honor suspiran y sollozan, y se deshacen en lágrimas por las frases enternecedoras de la misiva: Para mí esta actitud es incomprensible. No veo qué hay de notable en ella. No cambia nada, ni atenúa el crimen cometido, y que todos recientemente estaban tan de acuerdo en condenar. No contiene nada nuevo.

He tenido que oír tantas veces que la sé casi de memoria. Dice así:

No quiero permanecer más tiempo entre vosotros. Habéis sido muy buenos para mí, pero yo no os comprendo. No comprendo cómo habéis podido arrebatarme a mi bienamado, el que había venido desde tan lejos, desde un país distante, para decirme que existe algo que se llama el amor.

Yo no sabía que existiera nada semejante. Desde que vi a Giovanni adiviné que el amor es lo único que realmente existe en este mundo,

y que todo lo demás es nada. En el mismo instante en que lo encontré comprendí por qué la vida hasta entonces me había parecido tan extrañamente triste.

Ahora ya no quiero quedarme aquí, donde él no está. Prefiero seguirlo. He rogado a Dios y Él me ha prometido que he de reunirme con Giovanni y que estaremos juntos para siempre. Pero dónde piensa conducirme, no me lo pudo decir. Serenamente me acostaré a descansar sobre las aguas del río y él me llevará adonde debo ir.

No habréis de creer por eso que he atentado contra mi vida, porque yo sólo he hecho lo que me ha sido ordenado. Y no muero, sino que voy simplemente a reunirme para toda la eternidad con mi bienamado.

Llevo conmigo el medallón, aunque no me pertenece, porque me ha sido dicho que así lo haga. Lo he abierto, y la imagen que guarda me ha infundido el deseo infinito de abandonar este mundo.

Ella me ha rogado deciros que os perdona. También yo os perdono con todo mi corazón.

ANGÉLICA

La princesa está convencida de que es la culpable de la muerte de Angélica. Es la primera vez que he notado en ella algún interés por su hija. Se flagela más cruelmente que antes para borrar ese pecado, y no come nada, y ruega al Crucificado que la perdone.

El Crucificado no contesta.

Esta mañana el príncipe me ha enviado con una carta para maese Bernardo al convento de Santa Croce, Hacía mucho que no aparecía por la corte y, con los sucesos de estos últimos tiempos, casi lo había olvidado.

Fue contra toda mi voluntad que me dirigí a la ciudad, donde no había estado desde que empezaron los estragos de la peste. No porque tuviese temor alguno de la enfermedad, sino porque ciertos

espectáculos me son tan desagradables que casi me asusta verlos. Mi repugnancia está justificada porque lo que yo estuve obligado a ver es verdaderamente horrible, pero a la vez me llena de una exaltación sombría y del sentimiento de la vanidad de todas las cosas, y de su caída. Enfermos y moribundos bordeaban mi camino, y los muertos eran recogidos por los Hermanos enterradores cuyos capuchones negros tienen unos agujeros impresionantes en el lugar de los ojos. Sus siluetas surgían por todas partes y daban a todo un aspecto fantasmal. Tenía la impresión de estar recorriendo el reino de la muerte.

Hasta los sanos estaban marcados por la muerte. Se deslizaban por las calles, descarnados, los ojos hundidos, como fantasmas de un tiempo en que la vida existía aún sobre la tierra. Era sobrecogedor comprobar la seguridad de sonámbulos con que evitaban caminar sobre los paquetes de andrajos que había por todas partes, y de los que frecuentemente no podía saberse cuáles estaban vivos y cuáles no. Es difícil poder imaginar nada más lamentable que esas víctimas de la peste; tanto, que a menudo me veía obligado a dar vuelta la cara para no descomponerme. Algunas veces sus cuerpos estaban cubiertos con míseros guiñapos a través de los cuales podía entreverse los más repugnantes abscesos o una piel azulada anunciando que el fin estaba próximo. Otros daban gritos salvajes para señalar que aún pertenecían a la vida, y los había que permanecían inconscientes, con continuos movimientos convulsivos en los miembros, de los que no eran ya dueños. Jamás había visto semejante degradación humana. En algunos brillaba la mirada sin fondo de la locura y, a pesar de su agotamiento, se lanzaban sobre los que habían ido a sacar agua de las fuentes, para los enfermos, y les arrancaban tan violentamente las escudillas de las manos que casi todo el líquido caía a tierra. Otros se arrastraban por las calles como animales, para llegar hasta las fuentes que buscaban, lo cual parecía ser la intención de todos esos desdichados. Los había también que por aferrarse a una existencia sin valor, dejaban de conducirse como seres humanos y habían perdido todo sentimiento de dignidad. De

su pestilencia, cuyo sólo recuerdo me provoca náuseas, prefiero no hablar.

Sobre la plaza del mercado se hablan levantado grandes hogueras en las que se quemaban pilas de cadáveres, y el olor acre que de ellos se desprendía se sentía por todas partes. En el blanco humo dormido sobre la ciudad, sonaban a muerte las campanas de las iglesias.

Encontré a maese Bernardo, lo mismo que tantas otras veces, sumido en la contemplación de su famosa Cena. Estaba sentado, con su encanecida cabeza algo inclinada, y parecía más viejo que antes. En la mesa del banquete, su Cristo partía el pan y lo distribuía entre sus discípulos. Sobre los cabellos y la frente había siempre una aureola de luz sobrenatural. El Cáliz con el vino circulaba alrededor de la mesa cubierta con un mantel blanco como la nieve. Aquí nadie padecía de hambre ni de sed. Pero el anciano tenía el aire pensativo y melancólico en medio de sus pinceles.

Nada me contestó cuando le dije que tenía una carta del príncipe para él y apenas si hizo un movimiento significando que podía dejarla en cualquier parte. No se dejaba arrancar de su mundo. ¿Qué mundo era ése, pues?

Abandoné Santa Croce lleno de reflexiones.

De regreso pasé por delante del campanil cuyas campanas debían levantarse por encima de todas las demás. Durante la guerra los trabajos habían sido suspendidos y fueron olvidados por completo. Allí estaba, a medio construir, con una camada de piedras desiguales y en desorden, porque los trabajos habían sido detenidos bruscamente. Parecía una ruina. Solamente los bajorrelieves en bronce, con escenas de la vida del Crucificado, están completamente terminados, y muy bien logrados.

Es exactamente como yo lo había previsto.

Todo el palacio está de duelo. Las paredes y los muebles han sido cubiertos de tapices negros, se camina sin hacer ruido y se habla en voz baja. Las jóvenes damas de honor llevan vestidos de satén negro y los cortesanos trajes de terciopelo negro y guantes del mismo color.

Todo esto se debe a la muerte de Angélica. Durante su vida no proporcionó ocasión alguna para nada. Pero aquí a los hombres les complacen las penas. La pena que sintieron por don Ricardo ha cedido ahora su lugar a la pena por Angélica, aunque él también está realmente muerto. No se habla de cómo era la difunta, porque nada especial había en ella, nada que pudiera despertar el menor interés, y, por ende, nadie sabía cómo era. La lloran, y nada más. No se oyen más que suspiros sobre el destino de esta joven princesa, y aun sobre el mismo Giovanni, aun cuando fuera un enemigo y miembro de una familia detestada. Se suspira por el amor de ambos, del que ahora nadie duda, y por la muerte que el amor ha ocasionado. El amor y la muerte son muy apreciados por esta gente que encuentra delicioso verter lágrimas por eso, y especialmente cuando ambas cosas están juntas.

El príncipe parece muy abatido. Por lo menos yo tengo esa impresión. Se encierra en sí mismo y no se confía a nadie. Por lo menos no se confiesa conmigo, a pesar de que otras veces me proporcionó el placer de sus confidencias. Pero eso era en circunstancias muy distintas. Se diría que ahora, al contrario, me evita, y no recurre a mis servicios con la frecuencia de antes. La carta para Bernardo, por ejemplo, me la hizo entregar por un cortesano y no me la dio personalmente.

En ciertos momentos empiezo a creer que casi me teme.

La rubicunda doncella de la princesa está enferma. ¡Al fin se ha puesto un poco pálida! Me pregunto qué es lo que tiene.

Es curioso, pero no siento el menor temor por la peste. Tengo la seguridad de que no la atraparé, que nada puede contra mí. ¿Por qué? Lo siento así, eso es todo.

Eso es para los seres humanos, para las criaturas que me rodean. No para mí.

La princesa declina de más en más. Es casi penoso asistir a su decadencia interior y ver la negligencia, la incuria y la suciedad que la circundan. De su cuna y de su antigua personalidad, no le quedan más que la obstinación y la fuerza de ánimo con que acepta su destino e impide a los que la rodean introducir en él el menor cambio.

Desde la enfermedad de su camarera a nadie le es permitido acercársele, y la suciedad de su cámara es mayor que nunca. No come absolutamente nada y la veo tan extenuada que me cuesta comprender cómo puede subsistir todavía.

Yo soy el único que la visita. Me suplica que venga a ayudarla en su desesperación y. que la deje que me confiese sus pecados.

Estoy muy agitado. Vengo directamente de su cámara y todavía estoy casi lleno de espanto por el poder que a veces ejerzo sobre los seres humanos: Voy a describir mi visita.

A mi llegada, y como de costumbre, no distinguí nada. Luego descubrí las ventanas que iluminaban una parte de los muros no obstante estar cubiertas por gruesos cortinados, y finalmente la vi postrada al pie del crucifijo, entregada a sus interminables plegarias. Estaba tan absorta que no me oyó abrir la puerta.

En la cámara, la atmósfera era tan pesada que apenas si yo podía respirar. Me producía náuseas. Todo me producía náuseas. El olor, la semioscuridad, el cuerpo postrado, la flaca e indecente desnudez de sus hombros, los músculos salientes del cuello, los cabellos alborotados como un viejo nido de urraca, todo, todo lo que un día había

sido digno de amor. Se apoderó de mí una especie de furia. Aunque detesto a los hombres, no me gusta empero verlos envilecidos.

De pronto, me sentí a mí mismo gritando en las tinieblas, aun antes que ella hubiera notado mi presencia:

-¿Qué es lo que imploras? ¿No te he dicho que no tienes que implorar? ¿Que no quería tus súplicas?

Ella se volvió sin espanto y calmadamente, con el dulce gemido de una perra azotada, y me miró con humildad. Semejante actitud no es para disminuir la cólera de un hombre, y continué despiadadamente:

-¿Crees tú que Él se preocupa de tus oraciones? ¿Que te perdona porque estás ahí orando y confesando tus pecados sin cesar? ¡Cosa fácil es reconocer sus pecados! ¿Crees que se deja engañar por eso? ¿Crees tú que él no penetra todo tu ser? "¡Es a don Ricardo a quien amas, no a Él! ¿Piensas, por ventura, que lo ignoro? ¿Crees que puedes engañarme con tus artificios diabólicos, tus mortificaciones, las flagelaciones de tu cuerpo lascivo? ¡Es a tu amante a quien deseas mientras pretendes estar buscando al que está colgado sobre el muro! ¡Es a él a quien amas!

La princesa me miró aterrada. Sus labios exangües temblaban. Se arrojó a mis pies sollozando:

-¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Sálvame! ¡Sálvame!

Me sentí violentamente emocionado al oír esta confesión.

-¡Prostituta licenciosa! -grité-. ¡Finges amar a tu salvador mientras secretamente compartes tu lecho con un libertino del infierno! ¡Engañas a tu Dios con el mismo que Él ha precipitado en las profundidades del infierno! ¡Mujer diabólica que con los ojos fijos sobre el Crucificado le aseguras tu amor ardiente, mientras te arrojas con toda el alma en el abrazo del otro! ¿No comprendes que te aborrece? ¿No lo comprendes?

-¡Sí!, ¡Sí! -gimió ella, retorciéndose a mis pies como un gusano que se acaba de pisar. Sentía repugnancia al verla arrastrarse así ante

mí, y en vez de producirme placer alguno, no hacía más que exasperarme.

Extendió luego las manos hacia mí:

-¡Castígame! ¡Tú, ira de Dios! -gimió.

Y recogiendo el látigo que estaba en el suelo me lo alcanzó Y se encogió como un perro. Lo tomé con una mezcla de repugnancia y de rabia y lo hice silbar sobre su cuerpo execrable mientras me oía a mí mismo gritar:

-¡Éste es el Crucificado! ¡El que ahora te castiga es ése que pende del muro, el mismo que tantas veces has besado con tus labios hipócritas Y ardientes, el mismo que pretendes amar! ¿Sabes tú lo que es el amor? ¿Sabes lo que el amor exige de ti? ¡Yo he sufrido por ti, pero a ti eso nunca te ha importado! ¡Ahora vas a saber lo que es el sufrimiento!

Estaba completamente fuera de mí. Apenas si sabía lo que hacía. ¿No lo sabía? ¡Sí! ¡Lo sabía! ¡Yo tomaba mi desquite, me cobraba mi deuda! ¡Hacía justicia! ¡Ejercía mi terrible poder sobre los hombres! Y, sin embargo, no sentía con ello gozo alguno.

No exhaló la menor queja durante el castigo. Al contrario, lo resistió tranquila Y calladamente. Y cuando todo terminó permaneció así, como si yo la hubiera liberado de su dolor Y de su tormento.

-¡Ojalá ardas eternamente en el fuego de la condenación! ¡Que las llamas puedan lamer eternamente tu vientre innoce que ha regocijado el horrible pecado del amor!

Pronunciada esta sentencia, la dejé tendida por tierra, como desmayada.

Regresé a mis habitaciones. Sintiendo cómo me golpeaba el corazón, subí las escaleras que conducen al departamento de los enanos y cerré la puerta.

Mientras escribo esto mi excitación ha desaparecido y sólo tengo un sentimiento de vacío y de cansancio infinitos. Ya no siento los lati-

dos de mi corazón. Fijo la mirada en el espacio y mi rostro solitario permanece sombrío y sin alegría.

Quizá tuvo razón al llamarme ira de Dios.

Sentado a mi ventana en la noche de este mismo día, contemplo la ciudad que se extiende a mis pies. El crepúsculo la envuelve, las campanas han terminado sus toques de agonía, y las cúpulas y las habitaciones humanas comienzan a borrarse. En el seno del crepúsculo veo serpentear el humo de la hoguera funeraria y su acre olor llega hasta mí. El crepúsculo se extiende como un espeso velo sobre las cosas y pronto quedará todo completamente a oscuras.

¡La vida! ¿Para qué existe? ¿Para qué sirve, qué sentido tiene? ¿Por qué se prolonga con su falta de fe y su completa vacuidad?

Vuelco las antorchas y las extingo sobre la tierra negra, y se hace la noche.

La campesina ha muerto. Sus enrojecidas mejillas no han podido evitarle esto. La peste la ha llevado, a pesar de que durante mucho tiempo nadie quería creerlo porque no la veían sufrir tanto como a los demás.

Fiammetta también ha muerto. Cayó enferma esta mañana y al cabo de algunas horas no existía ya. La vi cuando los fantasmas encapuchados vinieron a buscarla. Era horroroso verla. Tenía el rostro hinchado y deformado, y seguramente todo su cuerpo también lo estaba. Nada quedaba en ella que pudiera provocar la admiración. Era sólo un cadáver repugnante. Extendieron un velo sobre sus rasgos monstruosos y se la llevaron.

En la corte temen la peste, y apenas quisieron verla. Pero se ha anunciado que sería enterrada esta tarde con honores especiales. Eso no significa mucho ahora que está muerta.

Nadie la lamenta.

Quizá el príncipe la lamente. Así es. O tal vez se sienta aliviado. Posiblemente ambas cosas a la vez.

Nadie sabe nada porque él no habla con nadie. Pálido, y con los rasgos alterados, ya no es el mismo de antes. La frente está surcada de arrugas bajo sus negros cabellos y camina algo encorvado. La oscura mirada tiene un brillo singular y parece muy preocupado.

Hoy lo he visto un instante y he podido darme cuenta de todo eso. Lo veo raras veces este último tiempo. He dejado de servirle la mesa.

Desde aquel día no he vuelto a ver a la princesa. Parece que yace en una especie de sopor. Se dice que el príncipe la visita a menudo, que se sienta junto a su lecho y vela por ella... ahora que Fiammetta está muerta.

¡Los seres humanos son tan extravagantes! Jamás podré comprender sus amores.

El ejército enemigo ha levantado el sitio y se ha alejado desde que la peste comenzó a hacer estragos también entre ellos. Los mercenarios de Boccarossa carecen de entusiasmo para batirse con un adversario de esa clase.

La epidemia ha puesto así fin a la guerra como nada hubiera podido hacerla. Los dos países están actualmente devastados, principalmente el nuestro. Y ambos pueblos se hallan demasiado agotados después de las dos guerras para atreverse a continuarlas por más tiempo. Montanza no ha obtenido nada. Y posiblemente sus tropas llevan consigo la peste a sus hogares.

Aquí, en palacio, la gente muere más y más. Los oscuros cortinados que se colgaron en honor de Angélica aún penden de los muros, y no quedan mal en esta atmósfera sombría.

Estoy completamente excluido de los servicios de la corte. Ya nadie me llama, nadie me pide nada. Menos aún el príncipe, naturalmente. Ya no lo veo más. .

Noto en los demás que hay algo que ha cambiado. Pero no alcanzo a comprender qué puede ser.

¿Alguien habrá hablado mal de mí?

Me he retirado por completo al departamento de los enanos y aquí vivo exclusivamente para mí mismo. No desciendo ni siquiera para buscar algo que comer y me contento con un poco de pan viejo que aquí tenía. Es suficiente, pues nunca he tenido gran apetito. Aquí estoy, sentado debajo de este techo bajo, hundido en mis pensamientos. Cada vez me agrada más esta soledad total.

Hace mucho tiempo que no escribo nada en mi libro, debido a los acontecimientos que han afectado profundamente mi vida y me han impedido continuar mis notas. Estas mismas notas tampoco estaban a mi disposición. Acabo de recuperarlas.

Estoy encadenado a los muros de uno de los calabozos del castillo. No hace mucho que mis manos también estaban encadenadas, aunque eso era superfluo, puesto que no podía escaparme. No obstante, pensarían que ello bien podía aumentar mi castigo. Ahora, por fin, tengo las manos libres. Me han quitado los grillos, no sé por qué, ni lo he preguntado. Nunca pregunto nada. Aunque mi condición no ha cambiado, mi situación se ha vuelto un poco más tolerable. He convencido a Anselmo, mi carcelero, a que subiera al departamento de los enanos y me trajera mi recado de escribir y mis notas, a fin de poder distraerme con ellas de tiempo en tiempo. Quizás ha corrido cierto peligro porque aunque mis manos hayan sido liberadas no estoy seguro de que se me hubiera permitido este ligero placer y, como él lo ha dicho, no puede acordarme nada aunque tenga el

deseo de hacerlo. Pero es un hombre complaciente y muy simple, de modo que he llegado a convencerlo.

He releído mis notas, desde el comienzo, un poco cada día, y he experimentado una cierta satisfacción al revivir mi vida y las de muchos otros y al reflexionar largamente sobre ellas durante estas calladas horas. Ensayaré ahora proseguir mi relato desde el punto en que lo había interrumpido y trataré de introducir así un, poco de variedad en mi existencia indiscutiblemente monótona.

No sé exactamente cuánto tiempo hace que estoy aquí. Mis días de prisión están tan desprovistos de incidentes que cada uno se parece a los demás, y he dejado de contarlos, pues ya no me interesa el curso del tiempo. Pero recuerdo claramente las circunstancias que me condujeron a este calabozo subterráneo y por las que me encadenaron a este muro.

Una mañana, estaba tranquilamente sentado en mi cámara de enano, cuando uno de los ayudantes del verdugo cruzó mi puerta y me ordenó que lo siguiera. No me dio ninguna explicación y yo no le hice ninguna pregunta, considerando que me rebajaba al dirigirle la palabra. Me hizo descender hasta la cámara de torturas y allí estaba el verdugo, enorme y rubicundo, con el cuerpo desnudo hasta la cintura. También hallábase un notario y, después que me hubieron enseñado los instrumentos de suplicio, éste me exhortó vivamente a hacer la confesión completa de cuanto había sucedido durante mis visitas a la cámara de la princesa: y que la habían sumido en tan lamentable estado. Claro está que me negué a obedecerle. Dos veces me exhortó a hacerlo, pero en vano. Entonces el verdugo se apoderó de mí y me acostó sobre el caballete para torturarme. El instrumento no estaba hecho para los seres de mi estatura y tuve que descender otra vez y esperar a que lo adaptaran de modo que pudiera servir para un enano. Me vi obligado a escuchar sus bromas estúpidas y obscenas así como los juramentos con que aseguraban que harían de mí un hombre alto y hermoso. En seguida me volvieron a colocar sobre el caballete y allí soporté las más espantosas

torturas. A pesar del dolor no proferí una palabra y me contenté con mirarlos con desprecio mientras cumplían su innoble misión. El hombre de ley, inclinado sobre mí, trataba de arrancar mi secreto pero ni una palabra salió, de mis labios. Yo no traicioné a la princesa: No quería que su degradación fuera conocida.

¿Por qué obré así? Lo ignoro. Pero no tuve la menor idea de revelar lo que podía deshonrarla. Mordiéndome los labios me dejaba torturar a causa de esa misma mujer que me era execrable. ¿Por qué? Quizá me agradara sufrir por ella.

Finalmente tuvieron que dejarme y desatarme lanzando terribles maldiciones. Fuí conducido a un calabozo y encadenado con unos grillos, que habían sido hechos para mí cuando ofrecí el sacrificio de la misa, a mi pueblo oprimido, y que por fin servían para algo. Esa prisión era menos inhospitalaria que ésta donde estoy ahora. Un par de días después se me condujo de nuevo a la cámara de torturas, donde sufrí los mismos tormentos que la primera vez, pero siempre en vano. Nada podía forzarme a hablar. Seguí llevando su secreto en mi corazón.

Al cabo de algún tiempo comparecí ante una especie de tribunal que me hizo saber que estaba acusado de todos los delitos posibles, y, entre otros, el de haber causado la muerte de la princesa. Yo no sabía que había muerto, pero estoy seguro de que ninguna contracción de mi rostro traicionó la menor emoción ante esa noticia. La princesa había muerto sin que nada hubiera podido arrancarla a su sopor.

Se me preguntó si tenía algo que decir en mi defensa. No me digné responder una sola palabra. Entonces vino la sentencia. Por mis malas acciones, y por todas las desgracias que había provocado, estaba condenado a ser atado al muro del más sombrío calabozo de la fortaleza y a quedar allí encadenado a perpetuidad. Yo era una serpiente venenosa, el genio malo del príncipe, y éste deseaba expresamente que se me volviera inofensivo para siempre.

Escuché la sentencia sin pestañear. Mi viejo rostro de enano no expresaba más que desprecio y sarcasmo, y comprobaba que mis jueces me contemplaban con horror. Se me hizo salir del tribunal y desde entonces no he vuelto a ver a ninguno de esos seres despreciables, excepción hecha de Anselmo, que es demasiado insignificante para que pueda despreciarlo.

¡Serpiente venenosa!

Es verdad que preparé un veneno, pero ¿quién me ordenó hacerlo? Cierto es que di muerte a don Ricardo, pero ¿quién deseaba esa muerte? Es verdad que azoté a la princesa, pero ¿quién me rogó que lo hiciera?

Los seres humanos son demasiado débiles y demasiado exaltados para poder forjar su propio destino.

Se podría creer que por todos esos crímenes espantosos se me debía haber condenado a muerte, pero sólo los ignorantes y los que conocen mal a mi noble señor pueden sorprenderse de que no haya sido ésa la condena. Yo lo conozco demasiado bien para que alguien pueda temer algo semejante. A fin de cuentas, él no tiene tanto poder sobre mí.

¡Poder sobre mí! ¿Qué importa que yo esté sumido en un calabozo? ¿De qué sirve tenerme encadenado? ¡Con eso pertenezco aun más al castillo! Para demostrarlo mejor me han atado más a él. Yo estoy atado a él y él a mí. ¡No podemos separarnos uno de otro, mi señor y yo! ¡Si yo soy un prisionero, él también es un prisionero! Yo estoy ligado a él como él está ligado a mí.

Vivo aquí, en mi agujero, mi oscura vida de topo, mientras él se pasea por sus hermosos y magníficos salones. Pero mi vida es también la suya. Y la vida que él lleva allá arriba, rodeada de honores, también me pertenece a mí.

El relato de todo esto me ha tomado varios días. Solamente puedo escribir durante el corto tiempo en que un rayo de sol se filtra por el

estrecho tragaluz y cae sobre mis papeles, y entonces debo aprovecharlo de inmediato. El rayo de sol se pasea sobre el piso de la celda durante una hora, pero no puedo seguirlo por la cadena que me ata al muro. Apenas si puedo moverme un poquito. Por eso me es preciso tanto tiempo para leer lo que escribo, lo cual no deja de ser una ventaja, puesto que prolonga esta distracción.

Durante el resto del tiempo me siento como antes y no hago nada.

Aquí oscurece a eso de las quince, y debo pasar la mayor parte del día en las tinieblas. Con la oscuridad vienen las ratas y se deslizan, con sus ojos brillantes, por todas partes. Yo las descubro en seguida porque también puedo ver en la noche, como ellas; y como ellas me vuelvo cada vez más una especie de animal subterráneo. Detesto esos bichos sucios y feos y para cazarlas permanezco inmóvil y silencioso hasta que se aproximan lo bastante para poder aplastarlas con los pies. Ésta es una de las raras exteriorizaciones de vitalidad que aún puedo poner de manifiesto.. Por la mañana le ordeno a Anselmo que las saque. No sé de dónde vienen. Deben de entrar por la puerta, que no cierra herméticamente.

La humedad traspasa las paredes y la celda subterránea tiene un olor a moho que me molesta más que todo porque soy muy sensible a esas cosas. El piso es de tierra, apisonada por los pasos de los que han muerto de hambre y sed. Ellos no deben haber estado encadenados al muro como yo, no todos por lo menos, porque toda la superficie del piso parece de piedra. Por la noche descanso sobre un montón de paja... como lo hacía ella. Pero no es tan sucio como lo era el de ella porque le ordeno a Anselmo que cambie la paja una vez por semana. Yo no soy ningún penitente. Soy un hombre libre. Yo no me rebajo.

Tal es mi existencia en este agujero. Apretando los dientes cavilo sobre la vida y los hombres, como lo he hecho siempre, y no experimento ningún cambio.

¡Si creen poder dominarme, se engañan!

Tengo un ligero contacto con el mundo exterior por medio de este buen hombre que es mi carcelero. Cuando me trae los alimentos me cuenta ingenuamente cuanto pasa, agregando luego largos comentarios. Está muy interesado por lo que sucede y se complace en expresar sus reflexiones, que le han costado grandes esfuerzos. Todo se vuelve simple en sus labios, y se pregunta principalmente qué habrá querido significar Dios en talo cual caso, pero con mi gran conocimiento del mundo puedo trazarme una idea bastante exacta de lo que ha sucedido. Supe así, fuera de tiempo, cómo había sido el declinar y la muerte de la princesa, como otras cosas que pasaron después de mi arresto. El príncipe estaba constantemente sentado junto a su lecho, los días enteros, y veía cómo su rostro tornábase de más en más transparente, cómo se iba espiritualizando, como decían en la corte. Se puso tan hermosa como una madonna, afirma Anselmo, como si él mismo la hubiera visto. Yo, que realmente la he visto, sé a qué atenerme. Pero creo verdaderamente que el príncipe se consagró enteramente a la esposa que iba a abandonarlo. Tal vez sintió revivir su amor juvenil, aunque tuvo que revivirlo solo, porque ella estaba lejos ya de todos los vínculos terrenos. Yo que lo conozco sé que debió encontrar muy emocionante esta especie de alejamiento inmaterial. Al mismo tiempo debía sentirse desconcertado por una conversión en la cual no había tenido parte y hubiera deseado, sin duda, volverla nuevamente a la vida. Pero ella se le iba de entre las manos, imperceptiblemente, sin darle ninguna explicación, y es indudable que este silencio aumentaba su amor, como sucede siempre en semejantes casos.

Fue en ese estado de ánimo que me hizo arrestar y torturar. Él la amaba porque era inaccesible y al mismo tiempo me hacía sufrir porque ella era así. Eso no me sorprende, porque nada me sorprende.

Bernardo y muchos otros fueron a verla. El viejo maestro ha dicho que su rostro tenía un interés extraordinario y que ahora empezaba a comprenderlo. Y si lo comprendió, ¿por qué no le salió bien su retrato? No es precisamente que no le saliera bien, sino que ella

dejó de parecersele después y supongo que él lo advirtió, y que esta comprobación lo hizo reflexionar.

Los sacerdotes empezaron entonces a aparecer, entrando y saliendo por todas partes, y declararon que la entrada de la princesa en la vida eterna era un edificante y magnífico espectáculo. Seguramente su propio confesor estaría también allí, diciendo a quien quisiera oírlo que ella estaba sin pecado. Cuando el fin se aproximó, el arzobispo en persona vino a darle la comunión y la extremaunción, y la cámara se llenó de prelados y de dignatarios eclesiásticos de todos los rangos, vestidos con gran pompa. Pero ella murió completamente sola, sin saber siquiera si había alguien a su lado.

Después de su muerte se halló un trozo de papel ajado y sucio en el que había escrito que era su deseo que su despreciable cuerpo fuera quemado, como el de los pestíferos, y que las cenizas fuesen desparramadas por las calles para que todo el mundo pudiera pisotearlas. Esas palabras fueron consideradas como mera divagación, y esta su última voluntad no fue tenida en cuenta, aunque era seguramente muy sincera. Se eligió un término medio y se embalsamó su cuerpo, que se colocó luego en un sencillo ataúd de hierro que fue conducido sin pompa a través de la ciudad hasta el mausoleo principesco de la catedral. El cortejo fue también de lo menos imponente imaginable para una princesa. Las gentes sencillas, y los pobres diablos que aún sobrevivían al hambre, la siguieron devotamente, y Anselmo, que se había impresionado mucho, me describía el recorrido a través de la ciudad devastada por la peste. Es muy posible que fuera como él me lo contó.

La gente deseaba estar al tanto de todo lo referente a la princesa y sus últimos momentos; se apoderaba de ella como de su legítima propiedad, transformando, según su fantasía, como sucede siempre en casos semejantes, lo que había oído relatar.

Su imaginación estaba naturalmente excitada ante la vista del sencillo y feo ataúd de hierro en medio de los suntuosos féretros de plata y de mármoles artísticamente esculpidos del mausoleo de la familia

princesca. Les parece que ahora ella les pertenece un poco. Y sus mortificaciones y flagelaciones, que su camarera había concluído por referir a muchos de sus allegados, han hecho de ella una especie de elegida que había sufrido más que otros porque, no obstante su rebajamiento, era persona de muy alto rango, así como Jesús sufrió más que todos los otros porque era hijo de Dios, aunque muchos más fueron igualmente crucificados y algunos hasta con la cabeza para abajo, y otros soportaron torturas aun peores. Ella se ha convertido en una santa que ha renegado y despreciado la vida al punto de martirizar voluntariamente su cuerpo hasta darle muerte. De esta suerte, sin preocuparse para nada de la realidad, la gente ha terminado por crear su imagen según sus deseos. ¡Dios sabe si no han llegado a hacer producir milagros al lado de su negro ataúd de hierro que contenía sus restos! Por lo menos, Anselmo lo cree firmemente. Me ha asegurado que una irradiación luminosa rodea el ataúd durante la noche. Eso es posible. Como la catedral está cerrada a esas horas de la noche, nadie puede afirmar o negar el hecho. Y cuando los creyentes tienen que elegir entre lo que es verdadero y lo que no lo es, eligen siempre lo que no lo es. La mentira es más impresionante y más original que la verdad: por eso la prefieren.

Cuando oigo decir todo esto debo reconocer que, sin quererlo, he sido el creador de esta aureola o que, por lo menos, he contribuído ampliamente a su brillo. ¡Y pensar que con motivo de todo esto estoy encadenado a un muro, aquí abajo! Naturalmente que no se sabe nada de esto, y, aunque se supiera, nadie se interesaría por mi martirio. Por cierto que tampoco lo deseo. Pero lo que me sorprende mucho es que un profano como yo haya podido ser el instrumento de semejantes acontecimientos.

Un día, ya no me acuerdo cuándo, Anselmo se puso a contarme que Bernardo pintaba una madonna a la que le daba los rasgos de la princesa. El príncipe y toda la corte se interesaban mucho por esa

obra que les causaba un gran placer. El viejo maestro explicaba que trataba de reproducir la personalidad íntima de la princesa y todo cuanto pudo ver en ella sólo cuando estuvo muerta. No sé si consiguió su propósito porque nunca pude ver el resultado; sólo he oído hablar de ello como de una obra maestra, pero así se califica a todo cuanto él hace. Trabajó en ese cuadro bastante tiempo, pero lo ha terminado verdaderamente mientras que su Cena con el Cristo repartiéndolo el pan entre los que están sentados alrededor de la mesa permanecerá siempre inconcluso. Tal vez sea más fácil hacer una especie de retrato. Ha sido colgado en la catedral; cerca de un altar, a la izquierda de la nave, y Anselmo experimentó una admiración infantil al verlo. Me lo describió con su manera ingenua y me dijo que todo el mundo encuentra que nunca se ha pintado antes una madonna semejante, una madre de Cristo tan tierna y divina. La misteriosa sonrisa, un tanto enigmática, que descansa sobre sus labios, seduce particularmente a las gentes y les parece algo celestial, inexplicable y pleno de misticismo sobrehumano. Yo comprendí que el pintor había conservado la sonrisa del primer retrato, en el que parecía una mujer de malas costumbres.

No es fácil formarse una idea de esta obra de arte a través de las descripciones de un hombre tan cándido como Anselmo, pero comprendí que el maestro había conseguido crear algo capaz de ejercer una gran atracción sobre las almas devotas. A pesar de que apenas si cree él mismo en la madre de Dios, ha sido capaz de impregnar su rostro con un sincero sentimiento religioso y de inspirar al espectador una piadosa emoción. Han venido verdaderas multitudes a ver la nueva madonna celestial y no han tardado en arrodillarse ante ella con un cirio en la mano. Hay más genuflexiones allí que ante cualquier otro altar, y tantos candelabros encendidos delante del retrato de la difunta princesa que sus luces son las primeras que se advierten al entrar en la catedral. Los pobres, y en particular todos los desgraciados y los oprimidos, numerosos en estos tiempos difíciles, se juntan ante su imagen para rezar y pedir un consuelo para sus sufrimientos. Ella se convierte en la madonna favorita que escucha

pacientemente el relato de sus penas y de sus necesidades, que los ayuda y los alivia, a pesar de lo cual bien sé yo que a ella jamás le preocuparon las necesidades de los pobres. Lo mismo que yo, Bernardo, con su arte extraordinario, ha despertado un profundo sentimiento religioso entre estas gentes.

Todavía al relatar estas cosas no puedo dejar de reflexionar en lo extrañas que son. ¡Quién hubiera podido creer que esta mujer sería exhibida en la catedral como una dulce madonna consoladora, objeto de veneración popular, y que reinaría pura y supraterránea a la luz de los cirios ofrecidos a su bondad! Su otro retrato, en el que tiene el aire de una descocada, está en el palacio, porque el príncipe le ha hecho poner marcos y colgar en la pared, a pesar de que maese Bernardo no estaba contento con él. Fuera de su semejanza, las dos imágenes son quizá verdaderas, cada una a su manera, y las dos tienen esa misma sonrisa lejana que los fieles de la catedral encuentran tan celestial.

A la humanidad le agrada verse reflejada en espejos enturbiados.

Ahora que he escrito todo esto, es decir, todo cuanto ha pasado después de mi arresto, encuentro que ya no tengo nada más que anotar. Anselmo siempre viene y me cuenta todo lo que pasa en la ciudad y en la corte, pero no ha sucedido nada especial. La peste por fin ha desaparecido después de haberse llevado una gran parte de la población. Se fue por propia voluntad, tal como vino, y los casos fueron haciéndose cada vez más raros, hasta no repetirse más. La vida ha vuelto a recuperar poco a poco su antiguo curso habitual, y la ciudad, a pesar de todo, adquiere de nuevo su antigua fisonomía. Los paisanos han regresado a sus incendiadas granjas, construyéndolas de nuevo, y el país recupera lentamente sus pérdidas fuerzas, aunque ahora se ve completamente empobrecido. Las deudas de guerra son increíbles y los cofres del Estado están vacíos de modo que, como me lo ha explicado Anselmo, el pueblo se encuentra agobiado por los impuestos. "Sin embargo -añadió-, es la paz y

todo acabará por arreglarse. Todo el mundo está contento", agregó con su cándido rostro radiante de satisfacción.

Con su interminable charla me pone al corriente de todo lo imaginable y, naturalmente, lo escucho porque, aunque verdaderamente es a veces muy pesado, no tengo a nadie más con quien hablar. Hace unos días vino a decirme que la enorme deuda que se tenía con Venecia había sido saldada y que el país se encontraba libre de esa carga tan pesada. "El porvenir se aclara un poco y mejores tiempos seguirán a los tiempos crueles que hemos pasado", declaró. Se han recommenzado los trabajos del campanario, que habían sido abandonados durante tantos años, y se espera que estén terminados antes de mucho tiempo. Menciono este hecho aunque, en realidad, no sea digno de mención. No sucede nada particularmente interesante.

Aquí estoy sentado en mi celda después de haber esperado el rayo de sol durante un tiempo que me pareció interminable, y cuando por fin llegó, nada tenía para confiar a este papel que su luz iluminaba. La pluma permanece ociosa en mi mano.

Mi existencia es tan monótona que cada vez tengo menos deseos de escribir.

Mañana tendrá lugar la consagración solemne del campanario y sus campanas sonarán allá arriba por primera vez. Fueron fundidas con una porción de plata, resultado de una colecta efectuada en todo el país; Creen que por eso tendrán un timbre más hermoso.

Por cierto que el príncipe y toda la corte estarán presentes.

La ceremonia se ha realizado y Anselmo me ha contado un montón de cosas que ha oído a las personas que asistieron. Asegura que fue un acontecimiento inolvidable y que casi toda la población tomó parte en ella; El príncipe atravesó a pie la ciudad, a la cabeza de toda su corte, y las calles estaban bordeadas de gente que quería

verlo y participar del solemne acontecimiento. Parecía grave, pero se mantenía erguido y elástico como antes, y estaba visiblemente feliz por este gran día. Él y su séquito vestían trajes soberbios. Llegados a la plaza de la catedral, fue el primero en entrar en ella, hizo una genuflexión cerca del ataúd de la princesa y después ante el altar donde está su retrato, y todos se arrodillaron con él. Cumplido este acto, salieron nuevamente a la plaza y las campanas del campanario empezaron a sonar. Su timbre era tan hermoso que la muchedumbre, presa de emoción, escuchaba en silencio este indescriptible sonido que parecía venir del cielo. Éste se extendía sobre la ciudad y los hombres se sentían felices escuchándolo. En la plaza, el pueblo reunido en torno del príncipe se decía que jamás había vivido un momento semejante. Y Anselmo declaró que así era.

Con gran pesar no pudo él asistir a la ceremonia porque era la hora en que traía el alimento a los prisioneros, y debió contentarse con escuchar las campanas desde aquí. Cuando empezaron a repicar vino a anunciármelo corriendo. Estaba tan entusiasmado que dejó la puerta abierta para que yo las escuchara mejor. Creo que el buen hombre tenía lágrimas en los ojos, y afirmaba que jamás había oído cosa parecida. En realidad, suenan lo mismo que todas, las demás campanas y no tienen nada de particular. Me puse contento cuando volvió a cerrar la puerta tras de sí y me dejó tranquilo.

Aquí estoy sentado, encadenado en mi calabozo, y los días pasan sin que acontezca nada. Ésta es una vida vacía y sin alegrías, pero la acepto sin quejarme. Estoy esperando que cambien los tiempos, lo que ha de suceder, puesto que no tiene sentido el estarme aquí sentado para siempre. Ya tendré ocasión de continuar mi crónica a la luz del día como otras veces, y mis servicios serán de nuevo necesarios. Si conozco bien a mi señor, él no podrá pasar mucho tiempo sin su enano. Esto es lo que pienso en mi calabozo, y estoy de buen humor.

Pienso en el día en que vendrán a librarme de mis cadenas porque él ha enviado a buscarme.

FIN

